



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA

# **Novela regional: jardín, paisaje y territorio**

**Nicolás Sepúlveda Perdomo**

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura  
Bogotá, Colombia  
2022



# **Novela regional: jardín, paisaje y territorio**

**Nicolás Sepúlveda Perdomo**

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

**Magíster en Estudios Literarios**

Director:

Ph.D. Víctor Raúl Viviescas Monsalve

Línea de Investigación:

Historiografía de la literatura latinoamericana

Grupo de Investigación:

Historia y literatura

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura

Bogotá, Colombia

2023



*Serían las voces múltiples de las muchas  
memorias que se niegan al olvido*

*Antonio Cornejo Polar*



## **Declaración de obra original**

Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.

Nicolás Sepúlveda Perdomo

Fecha 31/01/2023

## **Agradecimientos**

Agradezco en especial a mi familia. Mis padres por su apoyo durante mi proceso de formación, a mi hermana por su disposición a poner en diálogo mis ideas. A la larga lista de amigos y compañeros que me escucharon exponer estas ideas.

Agradezco de igual manera al profesor Víctor Viviescas por su apoyo constante durante este proceso, su gran capacidad crítica con respecto a mis planteamientos, sus consejos, lecturas sugeridas e importancia en la formación de una visión crítica sobre la literatura latinoamericana.

Así mismo, agradezco a los profesores del Departamento de Literatura, a quienes debo mi formación literaria y nutrieron muchos de mis planteamientos, como al personal administrativo que siempre estuvo a disposición de mis inquietudes.



## Resumen

### **Novela regional: jardín, paisaje y territorio**

Esta tesis de investigación propone una forma de lectura de lo regional a partir de los conceptos de jardín, paisaje y territorio como actitudes que configuran lo regional en el espacio literario. Este tipo de lectura permite establecer un conjunto de relaciones entre las espacialidades y temporalidades que existen en el texto literario y las subjetividades que las constituyen. De este modo, se puede dar cuenta de la coexistencia de la multiplicidad, heterogeneidad y diferencia en la novela regional. La metodología de esta investigación consistió en una constelación alrededor de los conceptos propuestos (jardín, paisaje y territorio) con el fin de evitar una lectura que encasillara su objeto de estudio en categorías fijas, al contrario, se propuso un tipo de lectura relacional y especulativa que permitiera dar cuenta de las diferencias, multiplicidades y heterogeneidad del espacio literario. Las etapas del desarrollo de esta investigación fueron: primero, una caracterización de tres momentos específicos de la configuración espacial de América Latina como lo fueron la Conquista, el desarrollo del proyecto de nación en el siglo XIX y el reclamo por una autonomía epistémica en el siglo XX. Seguido de esto, se desarrolló una discusión teórica con la finalidad de proponer los conceptos de jardín, paisaje y territorio como formas de leer lo regional en el texto literario. Para comprobar esta propuesta, se pusieron a prueba los conceptos en una lectura de la novela *La vorágine*. Por último, en el epílogo se hizo una comparación de esta lectura con dos novelas más: *Cuatro años a bordo de mí mismo* y *Tierra mojada*.

**Palabras clave:** novela regional, literatura latinoamericana, literatura colombiana, espacio latinoamericano, territorio, paisaje, jardín.

## Abstract

### **Regional novel: garden, landscape, and territory**

This research thesis proposes a way of reading the regional from the concepts of garden, landscape, and territory as attitudes that configure the regional in the literary space. This type of reading allows to establish a set of relationships between the spatialities and temporalities that exist in the literary text and the subjectivities that constitute them. In this way, it is possible to account for the coexistence of multiplicity, heterogeneity, and difference in the regional novel. The methodology of this research consisted of a constellation around the proposed concepts (garden, landscape, and territory) in order to avoid a reading that pigeonholed its object of study in fixed categories, on the contrary, a relational and speculative type of reading was proposed. That would allow to account for the differences, multiplicities, and heterogeneity of the literary space. The development stages of this research were: first, a characterization of three specific moments in the spatial configuration of Latin America, such as the Conquest, the development of the nation project in the 19th century, and the claim for epistemic autonomy in the 20th century. Following this, a theoretical discussion was developed in order to propose the concepts of garden, landscape, and territory as ways of reading the regional in the literary text. To verify this proposal, the concepts were tested in a reading of the novel *La vorágine*. Finally, in the epilogue a comparison of this reading was made with two other novels: *Cuatro años abordo de mí mismo* and *Tierra mojada*.

**Keywords:** regional novel, Latin American literature, Colombian literature, Latin American space, territory, landscape, garden.

# Contenido

	Pág.
<b>Resumen</b> .....	<b>IX</b>
<b>Introducción</b> .....	<b>1</b>
<b>Construcción espacial de América Latina como región a partir de la literatura</b> .....	<b>13</b>
Configuración del espacio latinoamericano en la Conquista .....	14
Construcción de la nación y surgimiento de la región en el siglo XIX y XX .....	17
América Latina como territorio autónomo desde el pensamiento sobre su literatura ...	24
Construcción espacial de América Latina hacia el jardín, el paisaje y el territorio .....	30
<b>Consideraciones para una crítica literaria latinoamericana desde su espacialidad</b> <b>31</b>	
Modernidades plurales más allá de lo tradicional y lo contemporáneo .....	32
Hacia una apertura del espacio y el territorio .....	34
Jardín, paisaje y territorio: tejidos del espacio latinoamericano .....	37
El jardín: utopía de la interioridad .....	41
El paisaje: la contemplación de lo otro .....	44
Territorio: habitar la diferencia .....	48
Leer el espacio literario como múltiple, plural y heterogéneo .....	52
<b><i>La vorágine: movilidad entre jardín, paisaje y territorio en el rescate de la diferencia</i></b>	<b>55</b>
Arturo Cova: un nacionalismo cinético .....	56
Imaginario del progreso en los llanos .....	60
Mirada desde lo moderno a lo atrasado .....	63
Configuración del espacio en la novela: el tránsito entre jardín, paisaje y territorio .....	65
Jardín: amor y armonía de la naturaleza .....	66
Paisaje: horizonte del progreso y ascenso del individuo .....	68
Territorio: habitar la selva en la voz de los otros .....	72
Novela regional: el rescate de la diferencia .....	75
Espacio en relación: transformación de los modos de vida .....	76
Soberanías en cuestión: movilidad de las fronteras .....	80
El tránsito hacia el reclamo de la diferencia .....	86
<b>Epílogo: aproximación a <i>Cuatro años a bordo de mí mismo</i> y <i>Tierra mojada</i></b> .....	<b>87</b>
<i>Cuatro años a bordo de mí mismo</i> : jardín interior de una subjetividad capitalista .....	88
<i>Tierra mojada</i> : subjetividad comunitaria y territorio .....	93
<b>Conclusiones</b> .....	<b>101</b>
<b>Bibliografía</b> .....	<b>107</b>



# Introducción

La presente investigación se desarrolla en un campo fronterizo para los Estudios Literarios y, de paso, para las Ciencias Humanas, pues los conceptos que componen su título son compartidos entre disciplinas y suponen un reto para cada investigador a causa de la diversidad de definiciones que pueden tener. Quizá esta característica sea señal de la importancia que el jardín, el paisaje y el territorio ocupan en los fenómenos que componen la realidad social del ser humano. Aunque no son conceptos de uso diario en la vida para las personas, el desarrollo del conjunto de disciplinas que componen las ciencias humanas e, incluso, allegadas como la arquitectura, la biología, entre otras, suelen traer estos conceptos a colación como formas de responder y proponer soluciones a una pregunta difícil como podría ser ¿qué significa habitar el mundo para el ser humano? Ante esta complejidad, esta investigación renuncia a dar respuesta a un interrogante tan grande, pero sí pretende nutrirse de la principal característica de estos conceptos: la diversidad. Si el jardín, el paisaje y el territorio se caracterizan por su multiplicidad de acepciones, se debe especialmente por su capacidad para acercarse a fenómenos complejos como la diferencia, la multiplicidad y la indeterminación, características propias del enorme espacio que compartimos o cohabitamos como seres humanos.

La literatura, entendida a simple modo como el arte de los mundos posibles, no es ajena a estas problemáticas. Los Estudios Literarios, en las últimas décadas, han desarrollado una perspectiva interesada en comprender cómo la literatura es capaz de habitar esa diversidad de mundos. Específicamente, el estudio de la literatura latinoamericana, caracterizado por tener como objeto de estudio la producción literaria del llamado “otro mundo”, ha desarrollado concepciones teóricas y críticas capaces de valorar la particularidad de nuestro contexto y hacerle frente, de este modo, a las políticas globales encaminadas a la construcción de un único mundo a partir de un proceso de colonización y mercantilización llamado globalización. Este contexto justifica la defensa de la particularidad y de la

diferencia a partir de formas de lecturas que comprendan esa dinámica entre los procesos globales, encaminados a la identificación de todos los mundos, y las resistencias de lo singular como formas de habitar lo diferente.

Dicho esto, esta investigación comparte esa preocupación epistemológica por el rescate de la diferencia y la particularidad. El título de esta tesis, *Novela regional: jardín, paisaje y territorio*, sería más honesto para el lector de la siguiente manera: “Propuesta de lectura de una novela colombiana a partir de los conceptos de jardín, paisaje y territorio como guías para la comprensión de lo regional”. De este modo, se evitaría la confusión de adentrarse en su lectura con la confianza de encontrar la descripción de un tipo de novela específico con una temática, técnicas, normas y motivos establecidos. Al contrario, esta propuesta de investigación aspira a ser extrapolada a otros tipos de novelas con diferentes formas de composición, técnicas narrativas, fechas de publicación y espacios donde ocurren. El adjetivo regional que acompaña a “novela” hace referencia a que no se trata de novelas sobre lo que sucede en la ciudad, sino su exterior para, así, reconocer las dinámicas de poder y confrontación entre la región y la nación, que corresponde igualmente a la dinámica entre la unidad (homogéneo) y lo particular (heterogéneo). Por el otro lado, “novela” alude al género literario y su importancia en el siglo XX para la mayoría de los sectores de la sociedad colombiana como medio de representación de las transformaciones históricas y particularidades regionales, al igual que como herramienta para disputar el poder y la hegemonía al centro. A modo de resumen, *Novela regional: jardín, paisaje y territorio* es una propuesta de lectura a partir de una constelación de conceptos relacionados con el habitar un espacio en específico a partir de la literatura.

El objetivo principal de esta investigación es proponer una forma de lectura que permita comprender la relación entre la literatura y el espacio habitado a partir de un estudio de caso específico de la literatura colombiana del siglo XX. Como objetivos específicos están: 1) exponer el papel de la literatura en la configuración de la región, es decir, en la construcción y cuestionamiento de identidades, imaginarios y fronteras; 2) crear una constelación alrededor de los conceptos de jardín, paisaje y territorio para comprender las dinámicas entre lo regional y lo nacional en la representación literaria sobre el espacio; 3) presentar la forma

en que una subjetividad en específico configura la representación del espacio y de lo regional a partir de las categorías de jardín, paisaje y territorio.

El caso de estudio de esta tesis es la novela *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera. No obstante, se hace mención, a manera de epílogo, a dos novelas más: *Cuatro años a bordo de mí mismo* (1931) de Eduardo Zalamea Borda y *Tierra mojada* (1947) de Manuel Zapata Olivella, las cuales ilustran la extrapolación de este tipo de lectura a otras obras. Vale la pena aclarar que la intención de esta tesis no es una explicación histórica de los cambios en la novela. La concepción de historia literaria que acompaña esta tesis no supone una diacronía, ni sucesión de etapas, periodos o corrientes literarias, generalmente pensadas como una teleología de la “literatura universal”, en realidad europea. Al contrario, uno de los ejes conceptuales de esta investigación es una comprensión sincrónica de los fenómenos literarios, posible gracias a una noción de literatura como múltiple, plural y diversa. Es decir, no se trata de un solo proceso literario nacional, sino de una multiplicidad de fenómenos literarios regionales discontinuos, yuxtapuestos y sincrónicos que no corresponde a una lógica única y tampoco comparte una misma dirección o teleología.

Esta pluralidad de literatura es resultado de comprender su estrecha relación con el espacio, es decir, su participación en la configuración de la región a través de procesos culturales e identitarios que incluyen la valoración del territorio, la construcción de imaginarios, la delimitación de fronteras y, a su vez, la modificación, expansión o quiebre de estas, así mismo es una herramienta para cuestionar o adoptar la posición hegemónica del centro. Las literaturas, como una forma de la escritura, son igualmente un mecanismo de poder como una herramienta de emancipación. Ángel Rama en *La ciudad letrada* (2004) detalla esta afirmación de la siguiente manera:

Todo intento de rebatir, desafiar o vencer la imposición de la escritura, pasa obligadamente por ella. Podría decirse que la escritura concluye absorbiendo toda la libertad humana, porque sólo en su campo se tiende la batalla de nuevos sectores que disputan posiciones de poder. (p. 50)

Lo que entendemos aquí es una compleja interacción entre literaturas, las cuales están en una constante disputa por la posición de la hegemonía. Una dinámica que es resultado igualmente de los procesos sociales y políticos que ocurren entre los niveles nacional y

regional. Así, la pluralidad literaria es resultado de esa confrontación y búsqueda de reconocimiento por parte de las literaturas.

A esta concepción plural de la literatura la acompaña una igual del espacio y el tiempo. Para Doreen Massey (2005) el espacio es el resultado de las interacciones entre las otredades que lo ocupan, por lo cual es lugar de la multiplicidad y, así mismo, es incompleto, es decir, está en un proceso de constante construcción. Estas características le permiten a Massey (2005) señalar tres aspectos políticos relacionados a estas. El primero consiste en una política del antiesencialismo, es decir, un pensamiento que concibe a las identidades no como constituidas e inmutables, sino en un proceso de desarrollo continuo, en una transformación a causa de las múltiples relaciones que establecen entre otras identidades. El segundo aspecto consiste en una política de la diferencia, resultado de pensar el espacio como lugar de la multiplicidad y de la reunión de la otredad. Esta política pretende valorar todas las perspectivas y visiones de mundo, generalmente opacadas por la occidental. Por último, una política sobre la multiplicidad de la historia, la cual va en contra de suponer una única trayectoria y devenir, cuando el espacio es el resultado del cruce de múltiples historias, trayectorias y proyectos. Esto busca librar al espacio de los grandes relatos que buscan desarrollarse por igual en los espacios y establecerse como único camino posible.

La conceptualización de Massey (2005) sobre un espacio plural se desarrolla igualmente hacia el tiempo y sus formas de temporalidad. La autora no los piensa como opuestos, sino en constante relación. Así, los distintos modos de temporalizar el espacio deben pensarse en su multiplicidad y evitar caer en la suposición de una única historia. La noción de modernidad plural de Eduardo Restrepo (2014) complementa esta idea al desarrollar una concepción plural sobre el tiempo y la historia, pero particularizando el proceso de colonialismo y colonialidad<sup>1</sup> sufrido por América Latina y el Caribe. Para el autor “no hay

---

<sup>1</sup> Eduardo Restrepo (2014) establece una diferenciación entre estos dos conceptos como fundamental para comprender la pervivencia de las actitudes colonialistas en nuestra sociedad actual: “El colonialismo ha sido una de las experiencias históricas constitutivas de la colonialidad, pero la colonialidad no se agota en el colonialismo sino que incluye muchas otras experiencias y



modernidad sin colonialidad y, a su vez, la colonialidad supone a la modernidad” (p. 306), es decir, el proyecto de modernidad y sus agregados como civilización, cultura, ciencia, tecnología y demás van de la mano del colonialismo como sistema de dominación occidental, el cual continúa hoy en día a partir de procesos y discursos como la “globalización” y el “desarrollo”. El concepto de modernidades plurales hace frente al señalar que no existe una sola modernidad y que esta nunca ha sido única. La identidad de la modernidad no es equiparable solo al proceso europeo, pues en Europa la modernidad ha sido igualmente heterogénea, sino que existen múltiples formas de modernidad que no son copias de una modernidad “verdadera”. Las modernidades plurales superan una noción diacrónica del desarrollo histórico, según la cual lo moderno sucede a lo tradicional, y supone una espacialización de las temporalidades, es decir, la posibilidad de desarrollar múltiples procesos históricos diferentes.

Para el desarrollo de esta investigación, pensar el espacio y el tiempo de esta forma permite comprender la multiplicidad de perspectivas, relatos y relaciones que ocurren en el texto literario y, a su vez, cómo las novelas son artefactos que relacionan espacios. Así mismo, es útil para desarrollar una lectura crítica sobre la representación de los grandes relatos, sobre las otredades ocultas en la narración y las perspectivas privilegiadas, como también sobre las múltiples identidades representadas y sus transformaciones a causa de los textos literarios.

En línea con esta concepción plural sobre el espacio, la literatura y la modernidad, esta investigación apuesta por una metodología diferente, la cual supere la relación de dominio del sujeto sobre el objeto de estudio; es decir, una perspectiva de estudio alejada de un pensamiento racional occidental, caracterizado por su optimismo en la posibilidad de definir y clasificar los fenómenos sociales. Por este motivo, la propuesta de lectura toma la forma

---

articulaciones que operan incluso en nuestro presente. Una vez concluye el proceso de colonización, la colonialidad permanece vigente como esquema de pensamiento que legitima las diferencias entre sociedades, sujetos y conocimientos” (p. 306).

de una constelación<sup>2</sup> alrededor del jardín, el paisaje y el territorio como una forma de ordenamiento de los fenómenos particulares (las representaciones del espacio literario) en miras de comprender su relación con las problemáticas generales (lo regional, lo nacional y lo global).

Esta metodología se nutre, así mismo, de dos concepciones relacionadas con esta forma de pensar lo otro. Primero, un pensamiento del indicio, el cual es presentado por Glissant (2016) como “no el pensamiento de la esencia, sino la divagación acerca de la existencia” (p. 72). Con lo que refiere un pensamiento diferente del occidental, caracterizado por comprender la historia como una totalidad de raíz única y desplegar una razón absoluta sobre la existencia, al contrario, el pensamiento del indicio supone una concepción rizomática del mundo, como múltiples orígenes que se extienden sobre el espacio y su objetivo en imaginar esas posibilidades, otra forma de conocer y de ser. Para Glissant (2016), en una metáfora tanto histórica como espacial, no se trata de descubrir las partes en blanco del mapa que sería la totalidad del mundo, sino el gesto mismo de divagar sobre lo no dicho, lo no explorado. “El pensamiento del indicio anuncia una alianza ajena a los sistemas, rehúsa la posesión” (p. 74).

La otra concepción es la noción de especulación<sup>3</sup> de Josefina Ludmer (2010). La autora propone a la literatura como un mecanismo para comprender la realidad, los imaginarios sobre esta construidos, las temporalidades y las espacialidades representadas:

---

<sup>2</sup> El concepto de “constelación” es definido por Walter Benjamín en *El origen del drama barroco alemán* de la siguiente manera: “Las ideas son constelaciones eternas y, al captarse los elementos como puntos de tales constelaciones, los fenómenos quedan divididos y salvados al mismo tiempo. Y esos elementos que el concepto se encarga de redimir de los fenómenos se manifiestan más claramente en los extremos. La idea puede ser descrita como la configuración de la correlación de lo extremo y único con su semejante. [...] Lo general es la idea. La realidad empírica, en cambio, cuanto más claramente se puede ver en ella algo extremo, tanto mejor se consigue penetrarla” (p. 17).

<sup>3</sup> Ludmer define el término a partir de sus acepciones en latín para así trasladarlo a su relación con la literatura y la realidad: “Como adjetivo (del latín *speculáris*) con el espejo y sus imágenes, dobles,

Usar la literatura como lente, máquina, pantalla, mazo de tarot, vehículo y estaciones para poder ver algo de la fábrica de realidad, implica leer sin autores ni obras: la especulación es expropiadora. No lee literariamente (con categorías literarias como obra, autor, texto, estilo, escritura y sentido) sino a través de la literatura, en realidadficción y en ambivalencia. Usa la literatura para entrar en la fábrica de realidad. (p. 12)

De este modo, la literatura se concibe es en su relación con la realidad, en su participación en la construcción de esta a partir de regímenes temporales y territoriales. De nuevo, tiempo y espacio son pensados en relación con la literatura como formas de conocer la realidad, pero dándole importancia a cómo son fabricados en la ficción.

Estas dos concepciones apoyan nuestra constelación, pues esta propuesta de lectura se caracteriza por ese pensamiento del indicio, un pensamiento otro que no pretende capturar y dilucidar la totalidad del fenómeno literario o señalar una totalidad sobre la novela regional, sino resaltar su propia metodología encaminada al establecimiento de relaciones, de divagar sobre esas temporalidades y espacialidades presentes en los textos literarios y que han conformado nuestra realidad sobre lo regional. Lo que aquí se presenta es una especulación en cada novela sobre el jardín, el paisaje y el territorio, entendidos estos como regímenes espaciales y temporales que se han construido por medio de la ficción literaria.

La necesidad de pensar la particularidad de nuestros espacios y temporalidades es la principal motivación de esta investigación. Rescatar la diferencia, la pluralidad y lo heterogéneo se vuelve imprescindible en un contexto globalizado y mercantilizado, en el cual se nos asigna, como sociedad, el lugar de ser consumidores al tiempo que nuestras regiones son el recinto de las materias primas del primer mundo. La escisión de la relación entre el Estado y la nación ha permitido, igualmente, que nuestras identidades y diferencias sean homogeneizadas a causa de los procesos económicos globales a partir de la adopción

---

simetrías, transparencias y reflejos. Y especulas como verbo (del latín *speculári*): pensar y teorizar (con y sin base real, todo podría ser una pura especulación). Y a la vez maquinan y calcular ganancias. Tiene un sentido moral ambivalente. En este libro especular sería pensar con imágenes y perseguir un fin secreto” (p. 9-10).

de políticas internacionales y la injerencia de otros Estados en nuestras políticas públicas. Así mismo, el discurso del desarrollo, por el cual hemos adoptado la denominación de tercer mundo, ha construido un imaginario y una proyección de lo que deberían ser nuestras sociedades como un calco de los modelos estadounidenses o europeos. Un discurso que disfraza una nueva ontología de los espacios al consolidar como modelo para Latinoamérica a las naciones con un desarrollo económico en el sector tecnológico.

Esta situación refuerza la intención de investigar nuestros espacios, las relaciones que allí se establecen y sus resistencias, además de comprender las formas de poder que los centros globales dirigen hacia Latinoamérica como periferia y las cuales replicamos desde nuestras ciudades hacia las regiones. Comprender esta dinámica es un punto de partida para la caracterización de nuestros procesos de modernidad, por comprender qué hemos realizado históricamente en nombre de este objetivo mayor e, igualmente, los procesos de resistencia que las comunidades han llevado a cabo en las regiones.

El primer capítulo de esta tesis pretende dar cuenta de la función de la literatura en la construcción de América Latina como región a partir de tres momentos históricos de su configuración espacial. Primero, al leer en la Conquista la configuración del espacio latinoamericano como un lugar representado a partir de un acervo cultural occidental que buscaba ordenar su realidad. Segundo, en el proceso de construcción de las naciones, cuando el espacio latinoamericano, gracias a la dicotomía entre lo nacional y lo regional, se configuraba como un lugar de la confrontación de las diferencias ante un proceso de homogeneización. Tercero, en el contexto de reclamo de una autonomía latinoamericana, en medio de un contexto de reordenamiento global, que configuró el espacio latinoamericano como múltiple y heterogéneo gracias al desarrollo de un pensamiento propio que habitara el espacio al comprender sus particularidades. Tres momentos de la configuración espacial de América Latina de los cuales la literatura fue partícipe y que, a su vez, pueden ser vistos cada uno en relación con los conceptos de jardín, paisaje y territorio.

El segundo capítulo presenta un conjunto de concepciones teóricas las cuales reconfiguran los regímenes temporales, al señalar una concepción múltiple de la modernidad, y espaciales, al configurar una imagen de América Latina como relacional, heterogénea y diversa. La utilidad de esta reconfiguración espacial y temporal permite leer el espacio

literario latinoamericano desde lo múltiple y relacional. Seguido a esto, se proponen los conceptos de jardín, paisaje y territorio como actitudes dirigidas hacia el espacio rastreables en los textos literarios. Es decir, cada una es una forma de ver lo regional, una forma de habitar el espacio, pero también una aspiración, un deseo o proyecto a desarrollar. Son formas de vincularse con el espacio representadas en el texto literario las cuales dan cuenta de los deseos, proyectos y aspiraciones de los sujetos sobre el espacio que habitan. Cada elemento de esta constelación es resultado de la dinámica entre lo regional y lo nacional, así mismo, son resquicios de nuestro proceso de colonización que permanecen y se adaptan a contextos particulares. Algunas veces se solapan, mezclan o confunden, pero es esa misma indeterminación la que demuestra el vínculo estrecho de estas formas con la construcción de lo regional y el intento por acercarse a cada uno en particular demuestra la red de procesos sociales y culturales entre los que se mueven.

Dicho esto, el jardín es una actitud de idealización que se proyecta sobre la región, que rememora un pasado mítico, paradisiaco, edénico. Es el conjunto de aspectos culturales provenientes de una tradición católica-occidental, el cual se compone de discursos como la naturaleza domesticada y fértil, el idilio amoroso, el lugar de descanso, la ausencia de trabajo y conflicto, el disfrute sensorial y demás características proyectadas sobre las regiones a causa de los procesos de colonización, pero que corresponden a un espacio irreal e imaginario impuesto como un deber ser sobre lo regional, es decir, lo exterior al centro colonial. Imaginar jardines es una actitud utópica, sin embargo, no está libre de aspectos ideológicos e imposiciones sobre las diferencias que componen la realidad.

El paisaje, en cierto modo, es resultado de la búsqueda del jardín, de la exploración del territorio y su ordenamiento a partir de la mirada, de recorrerlo y reconocer sus límites, de la contemplación de la naturaleza en relación con diversas categorías de belleza. En ese sentido, es una búsqueda de lo otro, aquello que no se posee y se anhela; pero, al mismo tiempo, el paisaje es una forma de ordenamiento y gobernanza. Es una territorialización o apropiación por medio de la representación, de traducir a sus propios cánones estéticos lo desconocido. En resumen, el paisaje confronta la imagen del jardín ante la otredad desconocida con el propósito de incorporarlo a su mundo.

El territorio es habitar el espacio, no solo en su representación, sino en especial a partir de procesos sociales, culturales y políticos que permiten su apropiación. Es un reclamo por la diferencia y su reconocimiento. Así, la actitud territorial se caracteriza en la resistencia de los habitantes ante los procesos e imposiciones exteriores. Reclama la propiedad del espacio habitado y su diferenciación a partir del reconocimiento de una lógica diferente a aquella moderna y occidental, que se ha caracterizado por el individualismo,

El tercer capítulo se encarga del estudio de caso de esta investigación. Se presenta, entonces, una lectura de *La vorágine* de José Eustasio Rivera a partir de estos conceptos como formas de explorar las relaciones que construyen lo regional, en este caso los llanos orientales, la Amazonía y la Orinoquía. La principal hipótesis de esta lectura es que la novela, como dispositivo de escritura, recorre la región para hacerla objeto de una “soberanía” nacional, es decir, aquí el texto literario funciona como forma de territorialización de parte del centro hacia la periferia al hacer un reclamo por la falta de instituciones. En este recorrido, se representa la transformación de la concepción del espacio a medida que Arturo Cova, entendido como una subjetividad proveniente del centro, conoce la realidad de los llanos y la Amazonía. Esta transformación consiste en el paso del jardín, al paisaje y al territorio. En un inicio se trata de una representación del conjunto de idealizaciones que Arturo Cova hace de la vida en los llanos; luego de la valoración del espacio a partir de los paisajes que representan un sentido del progreso; y, por último, se llega a una concepción del espacio como un conjunto de relaciones al reconocer las múltiples voces que conforman la realidad de la selva. Así, *La vorágine* presenta el quiebre de esa visión idílica y cuestiona la irrealización de ese proyecto nacional en la no pertenencia de la región a este y en la falta de soberanía, de instituciones y leyes sobre las regiones periféricas.

Tras este estudio de caso, se presenta un epílogo en el cual se hace una aproximación a dos novelas *Cuatro años a bordo de mí mismo* (1934) y *Tierra mojada* (1947) con las cuales se pretende extrapolar esta propuesta de lectura y poner a prueba los conceptos de jardín, paisaje y territorio para dar cuenta de la diferencia de la realidad regional. En *Cuatro años a bordo de mí mismo*, de Eduardo Zalamea Borda, se presentará una subjetividad constituida en el albor del capitalismo en Colombia, caracterizada por un fuerte deseo sexual, un modo de vida basado en la velocidad y un anhelo de contemporaneidad, la cual se proyecta sobre

La Guajira en las representaciones sexualizadas del territorio. Esto pondrá en juego el concepto de jardín, entendido como espacio cerrado, sin relación, pero en especial subjetivo donde se puede desarrollar el disfrute sensorial. La lectura de *Tierra mojada*, de Manuel Zapata Olivella, narra la conformación de una subjetividad comunitaria por parte de un grupo de campesinos arroceros en la desembocadura del río Sinú, quienes se organizan para hacer de su nuevo espacio habitado una utopía donde pueden ser libres y no sufran los abusos de los gamonales. En esta lectura, se relaciona el territorio con la construcción de una comunión entre los campesinos y el mundo que habitan; además de la apropiación de este espacio por medio del trabajo agrícola y la organización política.

El resultado de esta investigación es un tipo de lectura que tiene en cuenta la relación entre una subjetividad en particular con las particularidades de un espacio a partir de tres diferentes actitudes como lo son el jardín (idealización), el paisaje (contemplar) y el territorio (habitar). Leer la región, a través de su desglose en estos términos, descubre la multiplicidad de trayectorias temporales y relaciones espaciales que la configuran. Este proceso crítico realiza una apertura del espacio que resalta la multiplicidad, la diferencia, la diversidad y las posibilidades de cada región. Se trata de una visión más allá de las identidades esencialistas y clausuradas, de los proyectos políticos que determinan las realidades regionales y ocultan las diferencias.





## **Construcción espacial de América Latina como región a partir de la literatura**

El proceso histórico de América Latina ha estado acompañado por la literatura como mecanismo para la construcción de identidades, imaginarios, fronteras que constantemente están en redefinición y transformación. Así mismo, la literatura latinoamericana como discurso se ha caracterizado por ser un conjunto de posiciones frente a lo “universal” en búsqueda del reconocimiento de su diferencia. Dicho esto, entender cómo se ha configurado el espacio latinoamericano a través de su historia y con atención al rol de la literatura es fundamental para proponer un tipo de crítica literaria que logre dar cuenta de la configuración de lo regional dentro del texto literario. En este capítulo se trata de presentar tres momentos históricos en la configuración de América Latina como espacio los cuales son: 1) la Conquista como un momento en que el espacio latinoamericano fue representado a partir del acervo cultural de Occidente para incluir su diferencia en el ordenamiento europeo del mundo; 2) el surgimiento de las naciones, que corresponde al momento en el que los procesos nacionales de homogeneización intentan construir un espacio unitario, al mismo tiempo en que buscan diferenciarse de Europa y Norteamérica, lo cual trajo unas dinámicas entre lo nacional y lo regional que hicieron del espacio latinoamericano un lugar de confrontación de las diferencias; 3) el proceso posterior a la Revolución cubana y el desarrollo de la globalización que trajo un reclamo por la autonomía epistémica de América Latina y, entre eso, un conjunto de posturas críticas que hicieron del pensamiento una forma de habitar y apropiarse del espacio, con lo cual América Latina se configuró como un espacio heterogéneo, múltiple y plural. Se plantea con esto señalar que estos tres momentos de la configuración del espacio latinoamericano corresponden, en cierta medida, a los conceptos de jardín, paisaje y territorio, entendidos como la construcción del espacio desde la trasposición de imaginarios (idealización), la construcción del espacio desde la

confrontación de las diferencias (contemplación) y la construcción del espacio desde la autonomía de pensarlo (habitar). De modo tal que comprender el desarrollo histórico de la construcción del espacio latinoamericano permitirá, más adelante, leer estos mismos procesos en la construcción de lo regional en la novela.

## **Configuración del espacio latinoamericano en la Conquista**

América Latina ha sido un espacio geográfico representado, desde su “invención”,<sup>4</sup> de una manera hiperbólica, mayormente en las descripciones de su naturaleza y con un objetivo político, económico y cultural de dominio del espacio. El proyecto de conquista conllevó una administración del espacio desarrollada a partir de mecanismos de representación (cartografías, cartas de relación, diarios, entre otros) y otros de control (leyes, ciencia y prácticas de domesticación como la agricultura). De este modo, comprender la complejidad y los matices de nuestro proceso de colonización nos permite entender la forma en que se desarrollan nuestros procesos identitarios, culturales y sociales hoy en día.

Como punto de partida, leer las representaciones de la naturaleza a lo largo de la historia latinoamericana nos permite comprender su función a favor de un discurso colonizador y cómo aún son parte de un sistema de colonialidad.<sup>5</sup> Se trata, entonces, de comprender estas

---

<sup>4</sup> El término se usa en el sentido que da Edmundo O’Gorman para señalar y cuestionar la idea del “descubrimiento” de América Latina.

<sup>5</sup> Eduardo Restrepo (2014) distingue “colonialismo” de “colonialidad” al postular el segundo término como el sistema de pensamiento que permanece luego de ser colonia: “el colonialismo ha sido una de las experiencias históricas constitutivas de la colonialidad, pero la colonialidad no se agota en el colonialismo sino que incluye muchas otras experiencias y articulaciones que operan incluso en nuestro presente. Una vez concluye el proceso de colonización, la colonialidad permanece vigente como esquema de pensamiento que legitima las diferencias entre sociedades, sujetos y conocimientos” (p. 306). Esta distinción es útil para evitar la creencia de una superación de etapas entre colonialismo y modernidad, además que permite pensar la colonialidad como simultánea a las problemáticas actuales de identidad, dominación, explotación, subordinación, entre otras.

remanencias coloniales como ocultas bajo modelos estéticos, normas y tendencias. Dicho esto, el lugar que ocupa la naturaleza en la literatura latinoamericana es un eje central para la comprensión de nuestros procesos. Por esto, se señala el proceso de creación de un sistema de lugares literarios (Aínsa), es decir, un conjunto de representaciones sobre las diferencias de América Latina, el cual ayuda a entender la relación entre los procesos literarios y su influencia en la construcción de espacios, territorios y topos.

En un inicio, el gran proyecto occidental de modernidad desplegó sus mecanismos sobre América Latina al verla como una hoja en blanco, es decir, un espacio sin historia sobre el cual podían comenzar a recrear un conjunto de imaginarios que les serían de utilidad para traducir y dar a comprender a los europeos la diversidad de la geografía y naturaleza latinoamericana. Así lo señala Fernando Aínsa (2006) para quien “la realidad del Nuevo Mundo apareció, desde el momento de su incorporación a la historia occidental, como un conjunto de ‘lugares posibles’ para el despliegue de un prodigioso imaginario geográfico” (p. 9). La posibilidad que veía Occidente en nuestro espacio suponía un corte, una elipsis o un tachón sobre la historia de las poblaciones que habitaban América para ese entonces.

En las primeras representaciones de América se entrelazó “el mito clásico y la nueva utopía” (Ainsa, 2006, p. 10), motivo por el cual la flora y la fauna fueron comparados con antiguos bestiarios, fábulas y libros de plantas mágicas que resultaron en una literatura hiperbólica. De este modo, la palabra comenzó a apropiarse de la geografía americana (la selva, los ríos, la cordillera, los llanos) y construir un sistema de lugares literarios (Ainsa). La escritura, como un mecanismo de poder, en la medida en que representa, se desplegó desde la ciudad hacia las periferias: “Desde la seguridad urbana y la centralidad administrativa se midieron distancias y fijaron los límites y fronteras con que se reconoce hoy la cartografía literaria del continente” (Aínsa, 2006, p. 10). De este modo, esta se instauraba como un mecanismo de gobierno al permitir el establecimiento de límites, la apropiación de lo diferente al transcribirla a unos códigos propios y excluir aquello que no pertenecía a ese mundo.

Sumado a esto, durante la Conquista, la relación del hombre con el espacio fue de dominación, de ordenar lo desconocido que se presenta como caótico y amenazante. Toda representación respondía a este temor y organizaba la realidad; la literatura delimitaba y

embellecía la naturaleza, la domesticaba y la transformaba en paisaje. Así, se trataba de un proceso que no es neutro, sino cargado de intenciones; la apropiación por medio de la representación esconde una exclusión de aquello que conformará el exterior, lo otro:

el espacio no es nunca neutro. Inscripciones sociales asignan, identifican y clasifican todo asentamiento. Relaciones de poder y presiones sociales se ejercen sobre todo espacio configurado. El territorio se mide, divide y delimita para mejor controlarlo, a partir de nociones como horizonte, límite, frontera o confín, y el espacio vital se abre a nuevas relaciones de dominio o de transgresión, y a formas de diferenciación espacial que pueden ser tanto naturales y espontáneas como artificiales o de dominación. (Aínsa, 2006, p. 26)

Dicho esto, el proceso de conquista del espacio latinoamericano se desarrolló bajo los principios de agrupamiento, reconocimiento y diferenciación. Del caos de las primeras impresiones del encuentro de América, se pasó a un ordenamiento estético dotado de sentido por el “sistema de lugares literarios”. La realidad americana debía hacerse inteligible e integrarse al orden universal:

Viajar y descubrir consiste no sólo en la expansión de los límites del mundo conocido, sino en hacer retroceder el caos y las brumas de lo ignorado, empresa de conocimiento que supone un reconocimiento de la existencia del otro. La alteridad es arrancada al caos y a la ignorancia y permite —gracias a la razón— fundar una nueva naturaleza completa. (Aínsa, 2006, p. 41)

Este proceso epistemológico, a pesar de reconocer lo otro, oculta su diferencia bajo los preceptos que ordenaban el mundo occidental, así a lo indígena y a la naturaleza se les asignaban una utilidad para el mundo europeo. El conocimiento de la nueva realidad suponía entonces su dominación y ordenamiento.

La naturaleza latinoamericana, entonces, debía ser domeñada e incorporada a la función y orden de un único creador (Dios). Se trataba de un proceso sustentado bajo la configuración de un pensamiento dualista<sup>6</sup> que buscaba a partir del pensamiento (la mente-hombre) ejercer

---

<sup>6</sup> Según Gudynas, esta visión se inició en el Renacimiento europeo con las ideas de Bacon y Descartes, quienes separaron la Naturaleza de la sociedad humana al instalar una postura dualista,

un control sobre el espacio (cuerpo-naturaleza). Así el concepto de naturaleza que se formó en América Latina era resultado de esta forma de pensamiento europeo, para la cual se trataba de un ambiente repleto de recursos que debían ser controlados y manipulados, resultado de una perspectiva utilitarista y antropocéntrica. Esta idea, históricamente, tomó diferentes formas y se desarrolló en diversos discursos cuya finalidad era la explotación y aprovechamiento económico de los ambientes naturales. En un inicio,

Los colonizadores se vuelcan decididamente a controlar esos ambientes salvajes, promoviéndose la minería, el cultivo de la tierra, la desecación de humedales, la construcción de canales, la caza intensiva, la tala de bosques, la introducción de especies productivas o la domesticación de aquellas salvajes que fueran de utilidad. (Gudynas, 2011, p. 271)

El proceso de dominación del espacio latinoamericano, entonces, inició con la trasposición de los mitos clásicos sobre un espacio que se veía en blanco. América Latina se abrió a los ojos de Europa como el espacio de la posibilidad, así toda su novedad y diferencia debía ser traducida a sus símbolos, imágenes y creencias para asignarle un lugar en el orden occidental del mundo. Este lugar correspondía a la figura de un jardín, es decir, un espacio donde se desarrollaría la utopía construida a la imagen de un acervo de representaciones griegas, romanas y católicas. Tras esto, la subjetividad europea desarrollaría una visión utilitarista que ordenaría, desde la figura del hombre, la naturaleza como un contrario que se debía domesticar. El espacio latinoamericano para la época de la Conquista era un conjunto de idealizaciones occidentales que se superponían a una realidad inédita y sobre todo diferente.

## **Construcción de la nación y surgimiento de la región en el siglo XIX y XX**

El proceso de construcción de las naciones se desarrolló durante el siglo XIX, en América Latina, bajo la idea de construir una cultura nacional como un instrumento que amalgamara las diferencias existentes dentro de sus territorios y permitiera un reconocimiento y

---

diferente a la tradición medieval que veía a la Naturaleza en forma organicista de la que el hombre hacia parte (2011, p. 269).

diferenciación de la cultura española que acababan de rechazar. La literatura, como un medio de representación, fue útil a esta causa y, desde el centro, hizo un recorrido hacia lo regional para desarrollar unos modelos estéticos por medio de los cuales se hiciera una higiene de los rasgos menos provechosos para la nación como raza, religión, lengua y costumbres. No obstante, estos modelos fueron cuestionados por la misma literatura en un momento en el que el proyecto de nación y su ideal de unidad se develaban como irrealizables. De este modo las diferencias ocultas bajo el modelo de nación, las cuales habitaban en las zonas apartadas del centro (la región), desarrollan una dinámica de confrontación entre lo nacional y lo regional en la búsqueda de su reconocimiento y hacen uso de la literatura como una herramienta para esto. América Latina, para este momento, se configura como un espacio diferente para el resto del mundo, pero el cual en su interior contiene una gran diversidad de regiones geográficas, diferencias raciales, religiones, lenguas, entre otras. Así, su caracterización como espacio se da en la confrontación entre lo nacional y lo regional, entre lo unitario y lo diverso. El proceso de conocer las diferencias que componen el territorio nacional para así homogeneizarlo es confrontado de parte de las regiones en el reclamo de su diferencia.

La época de la consolidación de las repúblicas trajo consigo diversos mecanismos de homogenización utilizados para el desarrollo de un proyecto político y cultural como la configuración de un Estado moderno y una nación por parte de la cultura dominante, es decir, aquella ubicada en el centro de la nación. Las consecuencias que esto suponía eran la eliminación de las diferencias, el olvido de las tradiciones autóctonas de los pueblos indígenas, la regulación de la lengua y la mestización de las diversas razas. En palabras de Víctor Viviescas, “la modernidad, a partir del siglo XIX, impone un proceso de construcción de nación que no considera las diferencias regionales, sino que busca homogeneizarlas” (2018, p. 147).

La literatura, bajo el calificativo de nacional, fue un dispositivo determinado por la modernidad para la construcción de una unidad nacional. Al mismo tiempo, esto supuso la sujeción de las iniciativas de diferenciación regionales al modelo civilizador que el centro representaba. La ciudad y los modos de vida urbanos se erigieron como el paradigma de la civilización al cual debían aspirar las regiones. Así se estableció un orden simbólico en la

representación el cual asociaba lo regional con lo salvaje, bárbaro e incivilizado.<sup>7</sup> Lo regional se presentaba como problemático para la literatura y el nuevo Estado nación, por su diferencia a la cultura escritural y católica que se gesta en la ciudad; sumado a su composición geográfica y su naturaleza agreste, las cuales eran un obstáculo para el desarrollo de la nación, específicamente en términos económicos. Llevar instituciones a los lugares apartados del país y ejercer un control era la tarea del aparato político. En términos culturales, la literatura tuvo que apropiarse de la oralidad y de la cultura del campo y apaciguarla, crear en la representación una domesticación del campesino y de su modo de vida que permitiera incluirlo en el proyecto de nación. La literatura y el centro reproducían los mecanismos de colonización que España había usado con ellos.

En este orden de ideas, se trataba de un proceso que, desde la “ciudad letrada” (Rama, 1998), desplegaba un mecanismo escritural sobre el territorio nacional en pro de la unificación de las diferencias políticas, culturales y raciales resultado de las batallas de independencia. Ángel Rama (1998) detalla el proceso de la siguiente manera:

La constitución de la literatura, como un discurso sobre la formación, composición y definición de la nación, habría de permitir la incorporación de múltiples materiales ajenos al circuito anterior de las bellas letras que emanaban de las élites cultas, pero implicaba asimismo una previa homogeneización e higienización del campo, el cual sólo podía realizar

---

<sup>7</sup> Esta conflictiva dualidad, Rama (2006) la presenta como una constante que ha adoptado distintos nombres a lo largo del proceso latinoamericano: “Fue inicialmente el de religión y moral católica vs. paganismo y salvajismo indígenas. Después tomó otros nombres: libertad de comercio contra monopolio colonial; emancipación republicana contra colonización imperial; principio europeo contra principio americano (Sarmiento); liberalismo contra conservadurismo; progreso positivo contra oscurantismo religioso y atraso indígena; pensamiento social revolucionario contra pensamiento retrógrado oligárquico. Desde hace dos décadas, es el conflicto de la modernización y el tradicionalismo, pero también del centro y la periferia, de la dependencia y la autonomía” (pp. 83-84).

la escritura. La constitución de las literaturas nacionales que se cumple a fines del siglo XIX es un triunfo de la *ciudad letrada*, la cual por primera vez en su larga historia comienza a dominar a su contorno. (p. 119)

La representación de la realidad regional comienza a ser un proceso de dominación simbólico sobre las diferencias que la caracterizaban como la oralidad, los modos de vida campesino, las tradiciones indígenas y afroamericanas, pero así mismo sobre la naturaleza. Una naturaleza que se resistía a la dominación y se mostraba agreste ante los nuevos colonizadores. De este modo, la literatura nacional del siglo XIX se relacionaba con los espacios desconocidos como una forma de cartografía que permitía al centro conocer su exterior, ordenarlo en las categorías de civilización y barbarie, y otorgarle un valor y una función en un sentido de productividad económica. Graciela Montaldo (1994) señala al respecto:

En la [literatura] latinoamericana, el espacio natural —siempre ligado a la propiedad— se vuelve centro de la construcción de la escritura y de la reflexión política pues sobre él se asentaban los proyectos de organización de las repúblicas recién independizadas. El pasado, el presente y el futuro de los países de América encuentran en la tierra aspectos que condensan los problemas, identidades y planes futuros; por ello están cargados de “significados”, sentidos desde los cuales se hará el diagnóstico de un estado de cosas o se proyectará el porvenir. (pp. 4-5)

La naturaleza latinoamericana cargaba con la productividad de las nuevas naciones y era la garantía de su realización económica. En el plano simbólico, la representación de la naturaleza era un mecanismo de diferenciación en un nivel macro-regional de las naciones europeas y Estados Unidos. Por esto mismo, el interés de la literatura en representar lo regional, su naturaleza, así sea a través de una transformación por los modelos estéticos, corresponde a un diferenciamiento y apropiación del territorio anteriormente dominado:

Escribir el territorio, por tanto, era hacerse de un cuerpo orgánico demarcando su geografía y su funcionamiento para poner en marcha las instituciones. Por ello se comenzó por trazar su mapa, un mapa que permitiera establecer límites y fronteras que integran el territorio a un mundo que desde las revoluciones europeas empieza a reclamar desde su hegemonía una globalización de las relaciones. Se trata de ocupar un lugar, de escribir una cartografía en la que se diseñe el espacio vacío donde insertarse. (Montaldo, 1994, p. 4)



Los escritores adoptan la función de darle un valor simbólico, cultural y económico a su espacio como un proceso de apropiamiento, de habitar; aunque los paisajes y la naturaleza eran aspectos altamente contruidos según las retóricas, cánones y estilos de la época. En medio de este contexto de independencia y diferenciación la naturaleza se opone a la cultura para fundamentar la consolidación de una nueva sociedad en una única identidad. Bien señala Montaldo: “Naturaleza culturizada y cultura natural son los polos sobre los que se asienta un problema cultural y político: la gobernabilidad de América Latina, la constitución de los Estados” (Montaldo, 199, p. 7). Los tópicos y retórica clásica pastoril son parte de la continuidad de estas nuevas naciones con España y son adecuados para valorar la naturaleza latinoamericana y ponerla al mismo nivel que los imaginarios europeos. Así, los escritores encuentran en la naturaleza y el paisaje una forma de diferenciarse de su relación con la Corona española, aunque replican sus mismos mecanismos de representación.

No obstante, es gracias a este proceso de diferenciación y al énfasis en las particularidades de nuestra naturaleza que se inicia un cambio en la configuración del espacio latinoamericano, pues el interés por representar nuestras particularidades lleva a los escritores a explorar las regiones; se comienza a recorrer el territorio nacional y el paisaje toma relevancia en nuestra literatura al ser una forma de valoración de la naturaleza, de establecer las fronteras que componen las diferencias internas de la nación y afirmar las diferencias.

La literatura latinoamericana, en la segunda mitad del siglo XIX, logra desarrollar un sistema de lugares literarios como la pampa, la selva, la sierra y la ciudad, al mismo tiempo que crea unos arquetipos para cada espacio (Ainsa, 2006). De esta forma, representa y comprende la compenetración de los sujetos con el espacio que habitan y en el que se forjan: “El indio, el cholo, el gaucho y el emigrante entran a la narrativa como grupos sociales homogéneos, más que como individuales” (Aínsa, 2006, p. 46). Comienzan a aparecer así, de manera preliminar, las subjetividades que en la época de la Conquista no eran tenidas en cuenta ni representadas, pues no ocupaban un lugar relevante en el proyecto de la colonia.

Esta narrativa inicia el proceso de autoafirmación americanista, una narrativa que representa un mundo en espera de su validación. Así, entonces, este sistema de lugares literarios

permitió la construcción de diferencias e identidades heterogéneas que conformaron un gran todo latinoamericano. Las fronteras entre estos espacios son las encargadas de resguardar esas diferencias y ser las zonas de contacto entre las mismas. Aínsa (2006) entiende así su explicación del sistema de lugares literarios, como un conjunto de diferencias que se relacionan a la vez que se reafirman:

La frontera invita a pasar del otro lado, a su transgresión, a borrar aquellos límites que se sospechan creados artificialmente. Por eso la frontera genera expresiones culturales y relaciones de intercambio basadas en la disponibilidad recíproca de los espacios que separa, porque la noción de frontera contiene en sí misma sus límites y sus errancias: permite soñar con el más allá, el *ailleur* poético ensalzado por Baudelaire, con el “más allá” de las fronteras existentes, con la liberación de los encierros mal conocidos. En este caso no es inútil preguntarse cuál es, en definitiva, la vocación esencial de la frontera. ¿La de ser división o la de ser pasaje? (p. 230)

Se trata entonces de la configuración del espacio latinoamericano como un sistema de lugares literarios diferenciados, los cuales mantienen una relación conjunta a través de las fronteras que configuran sus diferencias al tiempo que son su zona de contacto. Si bien el proceso de conquista consistió en la transposición de imaginarios a un espacio considerado como vacío, una página en blanco, nuestros procesos de independencia llevaron al reconocimiento de las particularidades de nuestro espacio y a un establecimiento de las relaciones entre los diferentes espacios que conformaron las nuevas naciones.

Para explicar este proceso, Ángel Rama (2006) señala que la diversidad latinoamericana, a pesar de las fuerzas unificadoras que suponen las naciones, se ha organizado en “áreas culturales” que exceden las fronteras de algunas naciones y reconfiguran el mapa latinoamericano en espacios culturalmente compartidos por diversos países. Esta complejidad la explica al postular los distintos niveles en los que la identidad latinoamericana se construye, primero como macro-región en su proceso de diferenciación de Europa y Norteamérica, lo cual le otorga una unidad; luego, al nivel de micro-región, es decir, a partir de los procesos de diferenciación y reproducción de las identidades que ocurren dentro de las mismas naciones. Lo cual se constituye en una fuerza heterogénea y diversificadora de las imágenes y concepciones sobre lo regional.

En el proceso de configuración del espacio latinoamericano a partir de la literatura, en la primera mitad del siglo XX, la postura regional se reafirma en la búsqueda de independencia, originalidad y representatividad (Rama, 2006). Según Ángel Rama (2006), la literatura de entonces se debatía entre una corriente cosmopolita, caracterizada por un realismo crítico y una estética vanguardista, y un regionalismo proveniente del naturalismo y el costumbrismo. La confrontación entre nación y región, o centro y periferia, se dio en el terreno literario y se evidenció en las críticas hacia novelas como *La vorágine*, *Doña Barbara*, en la literatura de Horacio Quiroga, el *Manifiesto regionalista* en Brasil, las conceptualizaciones de José Carlos Mariátegui, la narrativa indigenista, entre otras conceptualizaciones vanguardistas y cosmopolitas que se hacían desde las ciudades latinoamericanas. Para Rama (2006):

el regionalismo acentuaba las particularidades culturales que se habían forjado en áreas internas, contribuyendo a definir su perfil diferente y a la vez a reinsertarlo en el seno de la cultura nacional que cada vez más respondía a normas urbanas. (p. 32)

La pluralidad regional se encontraba en la encrucijada de aceptar los procesos de modernización llevados a cabo por el centro, lo que suponía renunciar a sus valores autóctonos o resistirse ante este proceso y desaparecer lentamente. La solución a esta problemática parece ser adoptar los aspectos positivos que la modernidad traía consigo y a la luz de esto revisar las particularidades regionales para construir un híbrido a partir de estas.

Después de su autoexamen valorativo y la selección de sus componentes válidos, se asiste a un redescubrimiento de rasgos que, aunque pertenecientes al acervo tradicional, no estaban vistos o no habían sido utilizados en forma sistemática, y cuyas posibilidades expresivas se evidencian en la perspectiva modernizadora. (Rama, 2006, p. 37)

El proceso de homogeneización que había iniciado con la literatura nacional ahora se matiza y complejiza en los procesos internos de reproducción de las diferencias, de la construcción de diferentes identidades y fronteras, pero sobre todo en el rol de la modernidad como fuerza unificadora de los modos de vida, una forma de relación de lo nacional a lo regional. Sin embargo, Rama (2006) es consciente de que “La modernidad no es renunciable y negarse a ella es suicida; lo es también renunciar a sí mismo para aceptarla” (p. 83). Por lo tanto, lo

aspectos culturales tradicionales de las regiones pasan por procesos de “transculturación” en los cuales se resiste, se transforma y se adoptan los aspectos culturales “modernos”.

A modo de conclusión, las dinámicas entre lo nacional y lo regional fueron claves en la configuración del espacio latinoamericano como un lugar de confrontación de lo diferente ante lo homogéneo. La literatura, entendida como un mecanismo escritural, es decir, cargado de poder por su capacidad de representación, valoración y selección de la realidad, tuvo un rol fundamental en la construcción de los cánones, identidades e imaginarios de la nación, pero, así mismo, fue una herramienta para su cuestionamiento y reconfiguración. Bien señalaba Rama (1996): “Todo intento de rebatir, desafiar o vencer la imposición de la escritura pasa obligadamente por ella” (p. 82). Este largo proceso de cuestionamiento del proyecto de literatura nacional, quizá no su fracaso, sino la realidad de su imposibilidad, permitió rescatar las diferencias regionales de América Latina y superar la imagen pastoril que se había configurado en la Conquista. Por último, es válido señalar el lugar del paisaje en este momento de la configuración del espacio latinoamericano, entendido este como una mirada panorámica que permite el establecimiento de los límites entre lo propio y lo ajeno del territorio nacional, al mismo tiempo, que su recorrido lleva al establecimiento de relaciones con las diferencias que lo configuran. Se trata, entonces, de una actitud de reconocimiento, delimitación y gobierno desarrollada en un momento histórico tan político como la consolidación de las naciones.

## **América Latina como territorio autónomo desde el pensamiento sobre su literatura**

El proceso de diferenciación de América Latina ante Occidente, más allá del conjunto de imaginarios y representaciones en que resultó, produjo un pensamiento crítico alrededor de los fenómenos literarios, culturales e identitarios. Estos eran resultado de los procesos políticos desarrollados en la segunda mitad del siglo XX, los cuales reconfiguraban el orden mundial y asignaban a América Latina el rol de ser el proveedor de materias primas para el sistema global. Así, era necesaria la adopción de una postura que cuestionara esto y se preocupara por el reconocimiento de nuestra autonomía como región a partir de pensar las problemáticas económicas, sociales y políticas junto con nuestros propios procesos

históricos. Para este momento, la configuración del espacio latinoamericano se dio más allá del campo de la representación artística para redefinirse en la consolidación de un pensamiento capaz de apropiarse del territorio y tomar una postura de confrontación y defensa de su diferencia y autonomía. El conjunto de disciplinas agrupadas alrededor de la literatura, como la historia, la teoría y la crítica, fueron entonces las encargadas de reconfigurar el espacio latinoamericano al conformar un pensamiento que habitara a América Latina como si se tratara de un espacio-cuerpo. América Latina buscaría consolidarse como región autónoma y crítica sobre su proceso histórico y cultural en medio de un contexto de globalización, de políticas neoliberales y de reducción de las identidades a la figura del consumidor.

Este recorrido parte de la situación sociopolítica que representó la Revolución cubana para los sectores culturales de América Latina quienes se interesaron por la búsqueda de una independencia epistemológica, junto a un cambio artístico a partir de una nueva narrativa, poesía y teatro que pensara en los sectores populares de la sociedad latinoamericana. Para la década de los setenta en América Latina, de esta necesidad de cambio, surgió el debate con respecto a la necesidad de una teoría literaria latinoamericana, en vista de la insuficiencia de los postulados teóricos europeos para dar cuenta de la particularidad de la literatura latinoamericana. Roberto Fernández Retamar (1995) inauguró el debate al dar cuenta del rezago colonial que representaba la adopción de los modelos teóricos europeos sin tener en cuenta nuestra particularidad:

Las teorías de la literatura hispanoamericana, pues, no podrían forjarse trasladándole e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación con otras literaturas, las literaturas metropolitanas. Tales criterios, como sabemos, han sido propuestos —e introyectados por nosotros— como de validez universal. Pero también sabemos que ello, en conjunto, es falso, y no representa sino otra manifestación del colonialismo cultural que hemos sufrido, y no hemos dejado enteramente de sufrir, como secuela del colonialismo político y económico. Frente a esa seudouniversalidad, tenemos que proclamar la simple y necesaria verdad de que *una teoría de la literatura es la teoría de una literatura*. (p. 82)

La búsqueda de esa autonomía epistémica, entonces, cuestionaba la idea occidental de una universalidad del pensamiento, a partir de la reflexión sobre la teoría literaria. De este modo,

se abría la puerta a pensar la pluralidad de las literaturas, más allá de la concepción de una literatura universal e, incluso, nacional, al mismo tiempo que esa multiplicidad de literaturas rescataban formas oprimidas y olvidadas bajo el modelo occidental de considerar todo lo escrito como literatura. Se comenzaba a configurar, entonces, un discurso que reclamaba el reconocimiento de la pluralidad de América Latina y un conjunto de herramientas que lograran dar cuenta de esto.

En sintonía con este auge del pensamiento identitario latinoamericano, en los ochenta, de la mano de la Unesco y la Asociación Internacional de Literatura Comparada, se propuso el proyecto de elaborar una historia literaria y cultural de la región. Ana Pizarro fue quien reunió los resultados de este proyecto y encabezó la reflexión alrededor de la historia literaria latinoamericana como un objeto de estudio.<sup>8</sup> En rasgos generales, los puntos neurálgicos de estas discusiones se desprenden de la problemática definición del objeto de estudio, es decir, la literatura latinoamericana. Como una especie de oxímoron, la pluralidad de lo latinoamericano, tanto en sus lenguas (español, portugués, indígenas, creoles, etc.), sus razas (afros, indígenas, mestizos, hispanos), su diversidad geográfica (selva, costa, montaña), los distintos procesos históricos de sus naciones, dificulta, pero, aun así, invita a la suposición de América Latina como una totalidad. Ahora bien, la noción de literatura debía responder a esta particularidad de lo latinoamericano y se volvía inasible al considerar la diversidad de lenguajes que superaban a lo escrito (pictografías, oralidad, ritualidad, intermedialidad, etc.).

---

<sup>8</sup> Como resultado de este proyecto se publicaron dos obras *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* (Universidad Simón Bolívar, 1987), resultado de las conversaciones de 1982 en Caracas, y *La literatura latinoamericana como proceso* (CEAL, 1985), que reúne los planteamientos de la segunda reunión en 1983 en Campinas. Los dos libros cuentan con la participación de figuras como Ángel Rama, Cornejo Pola, Rafael Gutiérrez Girardot, Antonio Cándido, Roberto Schwarz, Beatriz Sarlo, Carlos Pacheco, Domingo Miliani, entre otros.

El desarrollo de un proyecto de historiografía literaria<sup>9</sup> que tome como punto de partida la particularidad de la literatura latinoamericana se convertía, entonces, en un reto pues debía actuar con cautela al momento de ordenar, dividir y clasificar su material en espacios y periodos históricos, tratando de no ejercer un tipo de exclusión como había sucedido en las épocas anteriores. Así, la reflexión sobre la dimensión temporal (la historia literaria latinoamericana) se convertía en algo esencial para la configuración de una epistemología latinoamericana capaz de dar cuenta de sus propios procesos históricos de manera autónoma. América Latina se reconfiguraba entonces no solo desde lo espacial, sino sobre lo temporal, un aspecto que ponía en el debate la realización de un propio devenir histórico.

La búsqueda de mecanismos para dar cuenta de la particularidad latinoamericana y definir su autonomía frente al orden global llevó a la reconfiguración de la construcción epistemológica de la literatura como objeto de estudio, por uno más complejo, heterogéneo y contradictorio. El reconocimiento de Antonio Cornejo Polar (2001), en la década de los noventa, del fracaso de la construcción de una teoría literaria latinoamericana llevaría a este proceso; primero, por el desarrollo abstracto que tuvo, al plantearse en el terreno de la teoría literaria, lo que entraba en conflicto con la urgencia de una crítica literaria capaz de explicar su momento; segundo, por la suposición de una literatura latinoamericana como única y coherente, lo cual se demostró erróneo al reconocer su condición múltiple, heterogénea, plural, híbrida y transcultural.

Esta reconfiguración de la literatura latinoamericana como objeto de investigación llevó a Cornejo Polar al planteamiento de dos conceptos claves para reconocer las otras literaturas y subjetividades relegadas por la modernidad, estos son los de “totalidad contradictoria”

---

<sup>9</sup> El camino que Ana Pizarro marcó con respecto a la historiografía literaria latinoamericana dejó posiciones importantes como las de Rolena Adorno (1994), Fraçoise Perus (1997) y, en nuestro caso colombiano, los desarrollos del grupo Historia y Literatura de la Universidad Nacional de Colombia. El punto en común de estas posturas radica en la búsqueda de alternativas a la manera excluyente en la que la literatura nacional relegó al olvido otras formas de literatura pertenecientes a diferentes subjetividades, comunidades afros, indígenas, campesinas, mujeres, entre otras.

(1983) y “heterogeneidad no dialéctica” (1996). El primer concepto representa la coexistencia de sistemas literarios incongruentes en lo que se consideraría una literatura, sea nacional, regional, indígena o cualquier otra que pueda pretenderse como una totalidad coherente. El concepto de “heterogeneidad” señala una realidad olvidada en la literatura latinoamericana, que “pese a sus propios procesos internos de intercambio y contacto, algunas culturas difieren radicalmente de otras al oponerse en momentos históricos como el de la colonización” (Mazzotti, 2021, p. 231), esto quiere decir que América Latina por su condición colonial nunca llegó a ser una sociedad homogénea, y puede que no lo sea, tampoco se pide serlo, pues “la heterogeneidad es la condición esencial de América Latina” (Cornejo Polar, citado en Mazzotti, 2021, pp. 233).

La redefinición de la noción de literatura se da al comprender la particularidad de América Latina como fruto del proceso de colonización y de una omisión sobre las diferencias que la componen. Reconocer esto también implica cuestionar los modelos literarios e historiográficos que provienen de una concepción europea de la literatura, de sus prácticas y sus sociedades. Entonces, el pensamiento latinoamericano se define sobre todo por la comprensión de su propio proceso histórico como etapa primaria para la reafirmación de su diferencia a partir de la literatura. Esta mirada al pasado colonial, además, da lugar al rescate de las subjetividades marginales que fueron relegadas en los procesos de Conquista y en la construcción de las naciones.

El proceso de reconfiguración del espacio latinoamericano a partir de un pensamiento sobre sus procesos literarios, entonces, había sumado el reclamo por una autonomía epistémica junto a la reflexión sobre sus propios procesos histórico-culturales. No obstante, hacía falta rescatar las voces de las subjetividades olvidadas por la modernidad y construir un pensamiento capaz de dar cuenta de su particularidad.

Para este fin, Cornejo Polar (1993) discutía la imagen de sujeto moderno occidental, considerado como un sujeto autónomo y autoreflexivo, para así dar cuenta de las contradicciones de esta concepción y de su configuración a partir de las relaciones que establece con el mundo y otros sujetos. El resultado de su planteamiento era la postulación de múltiples modernidades, en las cuales el sujeto se relaciona y nutre de distintos mundos histórico-culturales. La modernidad estaría conformada entonces de múltiples



subjetividades, antes consideradas “premodernas” o “posmodernas”, cuya relación no es armónica, ni unitaria y su identidad no será estática. Como complemento a esto, la categoría de “sujeto migrante” (Cornejo-Polar, 1996) ejemplifica el modo en que las subjetividades latinoamericanas son en sí mismas heterogéneas<sup>10</sup> al poder enunciarse desde los múltiples espacios socioculturales que se articulan en ellas. El discurso del migrante se desarrolla alrededor de concepciones asimétricas, incompatibles y contradictorias que no se intentan sintetizar en una resolución armónica, sino que buscan ser rescatadas del olvido.

A manera de síntesis, podemos comprender que este momento de la configuración espacial de América Latina fue desarrollado por un pensamiento crítico latinoamericano interesado en comprender sus particularidades como región ante el mundo. Así, alrededor de este se articuló, primero, un reclamo por la autonomía epistémica, que suponía el descentramiento de la razón moderna a favor del reconocimiento de una forma de pensamiento propia; segundo, un interés por visitar nuestros procesos histórico-literarios para rescatar las particularidades olvidadas, las otras formas de literaturas y, así mismo, permitirnos construir nuestros propios procesos históricos sin ser excluyentes; tercero, la importancia de los sujetos latinoamericanos como categoría para comprendernos como región, pues se superaba la concepción del hombre moderno como único modelo, al tiempo que se convierte en una actitud política de rescate de las diferencias de comunidades como los afro, indígenas, campesinos y mujeres, en un contexto del desarrollo de una modernidad global. El conjunto de posturas críticas presentadas son la punta del *iceberg* de toda una corriente de pensamiento que, como si fuera una mente, permitió habitar el espacio latinoamericano como un cuerpo. Con esta metáfora se enfatiza sobre todo que este momento de la

---

<sup>10</sup> En la misma línea de Cornejo Polar y con el mismo interés sobre la heterogeneidad del sujeto, Rolena Adorno (1988; 1995) estudiaba al “sujeto colonial” no como una entidad completamente coherente, sino como una simultaneidad de posiciones que adoptaba según la circunstancia y en medio de un contexto heterogéneo como la época colonial, en el sentido en que convivían remanencias del mundo indígena (creencias, estructuras sociales, costumbres) y el aparato legislativo del Imperio español. Este estudio ejemplifica el interés en común que había en la crítica literaria por pensar las particularidades de unas subjetividades latinoamericanas.

configuración del espacio latinoamericano no se desarrolló a partir de la representación, sino desde la apropiación desde el pensamiento y de la adopción de una posición política de reclamo de una autonomía.

## **Construcción espacial de América Latina hacia el jardín, el paisaje y el territorio**

El recorrido presentado ha dado cuenta del lugar que la literatura ha jugado en la construcción espacial de América Latina. En la Conquista, se desarrolló un proceso de ordenamiento y dominación del espacio latinoamericano a partir de la trasposición de los mitos clásicos sobre su realidad diferente, de modo tal que se incluyera al orden occidental del mundo. En la época de las repúblicas, la literatura cartografió el territorio nacional para la construcción del proyecto de nación, comprendido como una unidad en términos raciales, religiosos y lingüísticos. Sin embargo, el interés por encontrar rasgos propios que permitieran diferenciarse de Europa y Norteamérica llevó a reconocer las particularidades de los contextos regionales, en especial su naturaleza y tradiciones. De este modo, América Latina era un espacio de confrontación entre lo nacional (lo homogéneo) y lo regional (heterogéneo). Ya en una etapa del desarrollo de la modernidad como sistema global, América Latina reclamaba su autonomía a partir de un pensamiento propio capaz de diferenciarse epistémicamente de Occidente y operar bajo una lógica otra que no excluyera las diferencias que la conforman. El objetivo de la presentación de estos momentos espaciales es situar en un contexto específico a los conceptos de jardín, paisaje y territorio, ya que se permite trazar relaciones entre esto las cuales lleven a la idea de que las diferentes configuraciones espaciales de América Latina no se han dado como un proceso histórico de superación de las etapas, sino que es posible encontrar estas configuraciones espaciales en simultáneo. La propuesta de lectura de la novela regional dará cuenta de la posibilidad de coexistencia de estas configuraciones espaciales.

## **Consideraciones para una crítica literaria latinoamericana desde su espacialidad**

La literatura forma parte fundamental de los procesos culturales e identitarios de América Latina, es participe de su toma de posición frente Occidente y del cuestionamiento de su posición hegemónica. La escritura en América Latina ha sido una práctica de habitar el territorio y, al mismo tiempo, parte del proceso cultural de su configuración. De tal modo, el estudio de la literatura debe considerar su relación con el espacio y su complejidad, pues literatura y espacio no comprenden solo el lugar desde el cual se produce una literatura en particular, sino que involucran su lectura y su influencia en dicho espacio; así mismo, el lugar que proyecta esa literatura, pues las literaturas crean imaginarios y proyectos sobre el espacio, además de modificar, expandir o quebrar las fronteras que establecen.

Tras constatar esto en la definición de tres momentos específicos de la construcción espacial de América Latina, se debe señalar, así mismo, que la reflexión en torno a la crítica, historia y teoría literaria latinoamericana también configura su espacialidad como heterogénea, múltiple y plural. De este modo, el presente capítulo busca participar de esta configuración espacial de América Latina al tener presente que el pensamiento literario construye una realidad latinoamericana diferente a partir de las categorías con que lee las problemáticas históricas, sociales y culturales en el texto literario. Así, primero, se busca modificar los regímenes temporales y espaciales que configuran la realidad latinoamericana por una concepción de la modernidad como múltiple, diferente y sincrónica de los procesos globales, así mismo, una concepción de la espacialidad latinoamericana como relacional, heterogénea y múltiple. Seguido a esto, se proponen los conceptos de jardín, paisaje y territorio como herramientas útiles para leer la configuración del espacio literario en el texto y así rescatar la diferencia de lo regional. El objetivo de este tipo de crítica es poner a prueba la triada literatura-espacio-modernidad para así desarrollar una perspectiva plural y diversa que

permita dar cuenta de la heterogeneidad existente bajo lo que llamamos literatura latinoamericana.

## **Modernidades plurales más allá de lo tradicional y lo contemporáneo**

Comprender la temporalidad de América Latina parte del reconocimiento de que la modernidad se ha instaurado en el imaginario como un único destino histórico transitable a causa del proceso de colonización que enalteció a la razón occidental y su conjunto de instituciones. Así, las imágenes del subdesarrollo, atraso y premodernidad han sido asignadas a América Latina como un rasgo identitario. No obstante, debemos repensar lo que entendemos por modernidad, el lugar que ocupa en nuestros procesos identitarios, así como el calificativo “moderno” que valora nuestra realidad y nuestra literatura.

A partir del enfoque decolonial, problematizar la modernidad permite cuestionar los discursos, las prácticas y tecnologías resultado de un sistema colonial. Se trata de reconocer que “no hay modernidad sin colonialidad y, a su vez, que la colonialidad supone a la modernidad” (Restrepo, p. 306), es decir, el proyecto de modernidad y sus derivados como civilización, cultura, ciencia, tecnología y demás van de la mano del colonialismo como sistema. Pero el colonialismo no termina en la experiencia histórica de la ocupación por parte de las potencias europeas, sino que se extiende en la colonialidad que “permanece vigente como un sistema de pensamiento que legitima las diferencias entre sociedades, sujetos y conocimientos” (Restrepo, 2014, p. 306). El proceso de dominación occidental continúa históricamente en procesos civilizatorios a partir de discursos y tecnologías como el concepto de “desarrollo” y el de “globalización”. Una solución a esto es la propuesta de Eduardo Restrepo (2014) sobre una concepción plural de la modernidad, pues no existe una sola modernidad y esta nunca ha sido una única. Lo moderno, entonces, no es equiparable al proceso europeo, ya que este tampoco ha sido unitario e, incluso, no ha sido moderno. Hablar de modernidades “plantea que hay diferentes formas de articulación de la modernidad, no simplemente copias de una ‘modernidad verdadera’” (Restrepo, 2014, p. 312).

De este modo se cuestiona el convencionalismo sobre la modernidad, pero más importante, aquella concepción dualista que construye lo moderno a partir de la distinción con lo tradicional. Pensar la modernidad como una superación de etapas conlleva un entendimiento histórico lineal e instituye una única temporalidad como una teleología de lo que debe ser lo moderno. Hablar de modernidades plurales es más que esa concepción, pues la pluralidad implica una espacialización de las temporalidades, es decir, la existencia de múltiples proyectos históricos. La modernidad no posee una esencia determinada, no tiene una clara definición, tampoco es una categoría que diferencia de manera exacta aquello que no es moderno, su anterior o su exterior. Ante esta indefinición de lo moderno, Restrepo da una vuelta a la problemática al señalar la importancia no en qué es o no la modernidad, sino en preguntarse por “qué se ha enunciado y hecho histórica y etnográficamente en nombre de la modernidad (o en su contra)” (p. 319). Esta concepción plural de la modernidad lleva entonces a una comprensión crítica de las situaciones históricas, los proyectos políticos, estéticos, culturales y los valores éticos y morales que fueron enunciados a favor de un único proyecto histórico.

Para traer la discusión al contexto colombiano, Marín Colorado (2010) discute cómo se ha pensado nuestra modernidad y cómo se ha desarrollado como proyecto. Argumentos como que nuestra modernidad ha sido “postergada”, “híbrida” o que aún no hemos entrado a la modernidad son debatidos por la autora al especificar nuestro proceso de “modernización”. Primero, señala que sí hubo un proceso ilustrado llevado a cabo por una élite letrada y a través de un ideario de la “limpieza de sangre”. Segundo, que la “simultaneidad de temporalidades es una característica del proyecto de la modernidad no sólo en América Latina y Colombia, sino también en Europa” (p. 186). Tercero, los procesos de modernización cambian las estructuras de pensamiento, las prácticas “modernas” y el uso de las tecnologías; en nuestro caso, “estos procesos propenden hacia la reproducción de prácticas colonizadoras por parte de los países ‘desarrollados’, las cuales consistirían en darnos la impresión de participar en los ‘beneficios’ de la modernidad” (Marín Colorado, 2010, p. 186). Por último, los procesos de modernización no fueron recibidos de forma pasiva, sino que se dieron procesos de resistencia, apropiación y “transculturación”. Estos

cuatro rasgos caracterizan nuestro proceso como heterogéneo y marcado por las resistencias de las comunidades diferentes a este. Este conjunto de rasgos enfatiza la coexistencia de la colonialidad como temporalidad persistente a la par de la modernidad y de los procesos de resistencia a esta. Así, la temporalidad latinoamericana pasa a ser múltiple y heterogénea por las diferentes líneas que la intersecan.

Estas dos lecturas de la modernidad superan la lectura colonizada que acepta una posición de inferioridad o de atraso con respecto a su propia cultura y posicionan la modernidad europea como un *telos* para las culturas llamadas subdesarrolladas o del tercer mundo. Al contrario, su perspectiva es aguda al particularizar la modernidad según el contexto y señalar la heterogeneidad misma de la modernidad europea. Así, se abren caminos al reconocimiento de diferentes tipos de modernidad, desarrollos y procesos históricos que superen los modelos de dependencia.

## **Hacia una apertura del espacio y el territorio**

La configuración de la espacialidad latinoamericana se ha desarrollado mayormente en la construcción de fronteras, límites, y las relaciones que se desarrollan en escalas tanto micro como macro (región, nación, metrópoli, Occidente). Para entender esta, al igual que su temporalidad, como múltiple, heterogénea y diversa es necesaria una conceptualización sobre qué es el espacio. Doreen Massey (2005) apunta en esta dirección, pues para ella el espacio es producto de las relaciones que se establecen en este y ocurren “desde lo inmenso de lo global hasta lo ínfimo de la intimidad” (p. 104). Esta relacionalidad del espacio se produce gracias a la existencia de la multiplicidad de perspectivas, historias, comunidades, etc., las cuales, como consecuencia, hacen del espacio un sistema abierto, es decir, nunca concluido, sino en desarrollo. Imaginar el espacio como producto de las interrelaciones supone una política del antiesencialismo, es decir, asumir que las identidades no son constituidas e inmutables, sino en construcción a partir del relacionamiento. De este modo, el mundo se concibe como un espacio relacional y todo lo que es parte de él es constituido, igualmente, por la relación. Sumado a esto, una concepción del espacio como la posibilidad de la multiplicidad es un acento en la diferencia, es valorar la otredad y narrar la historia desde una perspectiva diferente a la del hombre blanco occidental. Por último, pensar el

espacio abierto como un constante devenir, es decir, en constante proceso, busca escapar de los grandes relatos, que suponen una única trayectoria, al contrario, demuestra que se trata de una multiplicidad de estas.

Esta concepción relacional del espacio es compartida por Eduard Glissant (2016), quien, desde una mirada situada en el Caribe, valora lo diverso y la relación al señalar la constitución del mundo a partir del contacto entre las culturas. Para Glissant (2016), la “criollización del mundo” supone abandonar la idea de una identidad única para comprender los intercambios, choques, conflictos que transforman mutuamente a las culturas del mundo. Ser consciente del otro supone conocer esa otredad y el poder mutuo de alterar nuestras identidades. Glissant (2016) está a favor de un mundo de relaciones, de entender que no somos entidades absolutas, sino cambiantes. Con lo cual se opone a una concepción occidental de identidades absolutas:

Las culturas occidentales sostienen que el absoluto es el absoluto del ser y que la condición de existencia del ser es su carácter absoluto. [...] Lo que yo digo es que la noción de ser y de ser absoluto está vinculada con la noción de identidad de ‘raíz única’ y de identidad exclusiva, y que si somos capaces de concebir una identidad rizoma, radical, sí, pero a la búsqueda de otras raíces, entonces, lo que cobra relevancia no es tanto el pretendido absolutismo de cada raíz, sino el modo, la manera en que entra en contacto con otras raíces, esto es, la Relación. (Glissant, 2016, p. 32)

La imagen de las raíces y su figura rizomática da cuenta de la relacionalidad del espacio latinoamericano entre una multiplicidad de espacios, culturas, lenguas y razas que desembocan igualmente en identidades múltiples. Este conjunto de diferencias se multiplica en los diversos espacios que se configuran en la relación. Para comprender esto, Arturo Escobar (2014) plantea el concepto de ontologías políticas para exponer la forma particular en que cada comunidad construye su mundo, su realidad y su vida, es decir, su ontología o visión de mundo; el aspecto político de esto se refiere a los conflictos, discernimientos y relaciones que estas ontologías establecen. Se habla de ontologías para enfatizar esa pluralidad de mundos que se establecen, igualmente, por la relación:

Los mundos relacionales, para resumir de forma algo abstracta, no están fundamentados en la misma “constitución” moderna con sus grandes dualismos, incluyendo aquel que postula la existencia de Un Mundo que todos compartimos (una naturaleza), y muchas “culturas” que constituyen ese mundo de modo particular. Por el contrario, hay muchas ontologías o mundos que aunque ineluctablemente relacionados, mantienen su diferencia como mundos. (Escobar, 2014, p. 59)

Su propuesta se diferencia de las demás gracias al concepto de territorio, que se suma al de ontología política y reafirma el interés por vincular las visiones de mundo con el espacio. Es gracias a la apropiación sociocultural, gracias al habitar el territorio que se constituye la diferencia y desde esta se efectúa una defensa de la pluralidad, lo comunitario y relacional. Estas concepciones sobre el espacio comparten una preocupación por rescatar esa otredad que ha quedado olvidada del proceso de modernidad y que se ve amenazada por la globalización y la idea de desarrollo. El espacio no es pensado separado de lo temporal, pues lo histórico es parte de su configuración, al contrario, estas propuestas proponen el espacio como el lugar de la sincronía, la multiplicidad de temporalidades.

Todas las anteriores concepciones sobre modernidad, espacio y literatura permiten una comprensión más compleja sobre el proceso literario latinoamericano y colombiano. Se da valor a la existencia de la multiplicidad y su realización a partir de la relación de lo diferente. Se trata de posturas en contra de todo absolutismo, esencialismo y concepción definitiva de la realidad. Para un contexto reconocido como multicultural y pluriétnico, es necesario una perspectiva crítica con las herramientas conceptuales adecuadas para dar cuenta de la heterogénea configuración de esta realidad. Así, estudiar una literatura regional no es un proceso de definición, clasificación e institución de unas características específicas que asegurarían el nombre de regional a un texto literario. Al contrario, se trata de señalar su configuración por medio de la relación, de la convergencia de procesos históricos, ontología y espacios.



## **Jardín, paisaje y territorio: tejidos del espacio latinoamericano**

El proceso de identificación de América Latina, su desarrollo como una “totalidad contradictoria” (Cornejo, 1983), es el resultado de la espacialización de sus literaturas, sus corrientes de pensamiento, las textualidades que lo conforman, las historias que entrecruzan este espacio y lo extienden en proyecciones identitarias que amplían su pluralidad, multiplicidad y diferencias. El recorrido que inició con la mirada excluyente europea sobre un espacio en el cual proyectar sus ideales llegó a buen puerto en el reclamo de sus habitantes de la autonomía y reconocimiento de sus propias proyecciones. Se trata de una mirada optimista que históricamente se consolidó bajo el concepto de utopía, el cual desplegó la posibilidad de su desarrollo sobre el territorio y construyó, más que una identidad, una voluntad en conjunto por la realización de un proyecto propio. Esta actitud utópica ha sido la encargada de mantener a América Latina como un proyecto común fundido en la heterogeneidad. Teglia en “La utopía de América” (2021) hace un recuento de las enunciaciones de América Latina como utopía desde los inicios del siglo XX, primero señalando que ensayistas como José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes postulan el concepto a partir de su lectura de la conquista. El repaso señala los puntos álgidos frente a los que se discute esta noción de utopía, por ejemplo, el reconocimiento de las múltiples razas de América Latina y el cambio de discurso en el binomio civilización-barbarie por desarrollo-subdesarrollo. De este recuento, sobresale el concepto de “pensamiento utópico” de Beatriz Pastor, el cual describe el proceso de conocimiento y representación en la Conquista, una estructura de pensamiento que proyectaba un mundo imaginado y deseado de tradiciones literarias. Beatriz Pastor desarrolla este concepto en su libro *Cartografías utópicas de la emancipación* (2015), en el cual no pretende hacer un recuento de las utopías latinoamericanas, sino expresar la trayectoria del pensamiento utópico en el periodo de la Ilustración en Hispanoamérica. Para la autora, lo utópico en América Latina debe entenderse como un “relámpago” que fluye a través de sus narrativas, ideas, discursos y proyectos:

los elementos que articulan la dinámica utópica son, como la electricidad de Bloch, movimiento, transformación y cambio incesante. No se trata de hacer un inventario de novelas utópicas del período, excavando objetos enterrados en el tiempo. No es arqueología de la utopía. Se trata más bien de caminar los caminos que va delineando el pensamiento utópico, buscando las huellas de un horizonte dinámico y múltiple de configuraciones y transformaciones de visiones, proyectos, propuestas. (p. 17)

Este “pensamiento utópico” impulsa la emancipación de las colonias hispanoamericanas al llevar esta proyección ficcional de la utopía a un desarrollo en el plano de lo real-histórico. De este concepto nos queda la reflexión sobre cómo los procesos de idealización, enmarcados en el imaginario occidental con que España interpretaba la realidad americana, se transforman en las manos de los habitantes del Nuevo Mundo como una forma de territorialización, de habitar el espacio, establecer fronteras y construir un proyecto histórico.

Los conceptos de jardín, paisaje y territorio son, entonces, resultado de este “pensamiento utópico” que ronda entre los procesos de idealización, es decir, la proyección de una imagen o discurso como modelo, y los procesos de habitar, como ocupación y apropiación de un espacio en el cual la subjetividad se construye por las relaciones que establece con su entorno (naturaleza, otros seres, otras subjetividades). Lo moderno de América Latina, es decir, su lucha por su independencia y realización histórica, parte de estos conceptos y se mueve a través de ellos. Considerando lo planteado por Restrepo (2014) y Marín Colorado (2010), estos tres términos pueden ser entendido como formas de la pluralidad de la modernidad y a la vez, invitan a pensar las representaciones del espacio americano en medio de las particularidades de nuestro proceso de modernidad, como lo son las formas de resistencia a este, la reproducción de la lógica colonizadora por parte del centro hacia la periferia, la simultaneidad de temporalidades y los resquicios del pensamiento colonial. Desde un punto más práctico, la lectura de las actitudes del jardín, el paisaje y el territorio en las novelas es una puesta en escena de la “no simultaneidad de lo simultáneo”<sup>11</sup> (Rincón, 1995): se trata

---

<sup>11</sup> Carlos Rincón invierte la proposición de Ernest Bloch: “la simultaneidad de lo no simultáneo” usada para explicar la coexistencia de procesos disimiles en el desarrollo de la modernidad en

de leer el cruce de actitudes hacia el espacio, las cuales están ancladas a subjetividades construidas históricamente y, por ende, son formas de expandir el espacio de una manera temporal.

Jardín, paisaje y territorio no son la sucesión de formas como se han acercado los escritores hacia la naturaleza y el espacio americano, no corresponde cada una a un periodo de la historia del arte o la literatura. Así entonces, no se propone leer estos términos en referencia a formas composicionales de otras literaturas que sirvieran de tradición a cada concepto.<sup>12</sup> La postulación de estos conceptos debe entenderse como formas de nombrar **la actitud** en la que se representa la región. Para ser preciso, en este apartado se entenderá de manera general<sup>13</sup> que **el jardín corresponde a una actitud de idealización, el paisaje es una actitud de contemplación y el territorio una actitud de la habitación**. El desarrollo de estos conceptos por parte de las ciencias humanas, la historia del arte, la historia cultural, los estudios literarios, la geografía, la antropología, entre otras, hace necesario que sean abordados desde la distancia, ya que como fenómenos insertos en el centro de los procesos

---

Alemania, los cuales llevan al ascenso del nacionalismo. Esta proposición es usada por el crítico colombiano para reconocer esta simultaneidad de procesos históricos, que caracterizan a América Latina, en el marco de un contexto de globalización. En sus palabras: “Lo simultáneo es la necesidad del debate sobre la contemporaneidad, articulada en el debate mismo sobre lo postmoderno, que internacionalmente ya se planteó en términos de diferencia global. Lo no simultáneo son las diversas respuestas a esa necesidad, dentro de la heterogeneidad y diversidad de las sociedades latinoamericanas” (1995, p. 226).

<sup>12</sup> Vale aclarar que este tipo de lecturas no se consideran erradas e, incluso, son de utilidad para argumentar el cruce de temporalidades, historias y literaturas que componen la literatura latinoamericana.

<sup>13</sup> Esta generalidad corresponde a una concepción metodológica que quiere evitar la categorización de aspectos formales que permitan dividir las obras literarias según sus recursos. Al contrario, se trata de un tipo de lectura que por su visión general logre captar las zonas borrosas donde no se distinguen las actitudes de idealización, contemplación y apropiación.

históricos, sociales y culturales han formado parte del desarrollo de las subjetividades de aquellos que dirigen su mirada hacia la región. Jardín, paisaje y territorio forman una constelación (Benjamín)<sup>14</sup> alrededor de lo regional, que no es más que lo considerado como Otro a través de las dinámicas entre civilización-barbarie, nación-región, centro-periferia o desarrollo-subdesarrollo.

La puesta en escena de estos conceptos sucede en medio de la “novela regional”, la cual no se define a partir de sus características formales, ni por su tradición o por el periodo histórico al que se inscribe, sino por el entramado de relaciones que la tejen. Como resultado de las relaciones, la novela regional es plural en las perspectivas que la habitan y recorren. En ella se expresa lo diferente al ser un punto de contraste entre dos espacios disímiles como la ciudad y el campo. El escenario común de la novela regional se ubica en “el pueblo”, que es la frontera entre lo nacional y lo regional, es decir, es el espacio en el que se cuestiona la soberanía del Estado, la concepción de una identidad nacional; en general, cualquier sentido de totalidad y unidad. Para Stacy Hunt (2006), “el pueblo” es un espacio simbólico ubicado en los márgenes del Estado, aguardando por su protección y control, sin embargo, su construcción simbólica es diferente a la de la ciudad-Estado, lo cual lo ubica fuera de esta. Esta caracterización del “pueblo” da principal atención al papel que juega la violencia en sus relaciones espaciales y su construcción simbólica. Para la autora, la disputa por el control del monopolio de la violencia entre el Estado y los “shadow states” busca establecer su autoridad gracias a la institucionalización de la violencia como forma legitimadora de su poder. No obstante, la población víctima de esta violencia redefine el concepto de ciudadanía al proponer alternativas no violentas como el reclamo por una participación democrática y una autonomía regional. Es así como, aunque el “pueblo” esté ubicado en el margen del Estado, en su centro se ubica la Nación, en la medida que cuestiona y configura nuevas ciudadanías e identidades. Esta caracterización del espacio simbólico de la novela regional señala la apertura política y su capacidad para cuestionar los imaginarios de la nación y la hegemonía narrativa del centro. La narrativa de la “novela regional” gira alrededor de la

---

<sup>14</sup> La figura de la constelación ejemplifica a la perfección la necesaria distancia entre los elementos (jardín, paisaje, territorio) que constituyen la figura central de lo regional.

confrontación de esta violencia institucionalizada con la mirada de sus personajes y sus luchas por la realización utópica, ya sea desde alguna de las tres actitudes propuestas (jardín, paisaje y territorio).

### **El jardín: utopía de la interioridad**

La construcción cultural del espacio, ciertamente, pasa por un proceso de delimitación de fronteras entre lo conocido y lo desconocido, lo que nos pertenece frente a lo que nos hace falta, o el hogar que habitamos con tranquilidad y su exterior donde habita el peligro. La larga tradición occidental nos dejó un repositorio de símbolos y mitos con los cuales representar y apropiarnos de los lugares que habitamos y hacer frente a lo otro o desconocido. El imaginario del jardín tiene sus raíces en espacios como el paraíso,<sup>15</sup> el edén, la arcadia, etc. Todos son términos de un mismo fenómeno como es la proyección de mejores espacios. Es de aclarar que por jardín se entiende, entonces, un fenómeno cultural, es decir, un significante general que agrupa tradiciones, formas de representación e imaginarios que se proyectan hacia la construcción de un mejor mundo. Un aspecto utópico para resaltar del jardín, el cual es su axiología como concepto. Así entonces, al hablar del jardín no lo abordo como una forma de la arquitectura o como écfrasis literaria, sino como un fenómeno general, una actitud que se proyecta sobre el espacio a partir de múltiples formas artísticas y estéticas.

Mario Satz (2017) es consciente de esta confusión de términos y entiende al jardín como una proyección de la imagen del Paraíso, como un anhelo de los hombres por construir un espacio que los proteja:

---

<sup>15</sup> Mario Satz (2017) señala el proceso de desarrollo de esos diferentes términos así: “Confundido, a veces, con la Edad de Oro, y por ello situado atrás en el tiempo, con los siglos la imagen del Paraíso se proyectó, por influencia del mesianismo bíblico, hacia delante, transformándose en un valle de maravillas en el que reposan los muertos o en un huerto en el que aguardan las huríes, aunque también en simples jardines de paz que con su gentil vegetación protegen al hombre del peor de los corrosivos que conoce: el tiempo” (p. 10).

El que este recuerdo mítico, este florido y agradable símbolo, haya persistido a través del tiempo en la mente de los poetas y filósofos indica algo muy profundo ligado en parte a una posible beatitud como también a una suerte de realización espiritual cuya característica básica fuese el *disfrute de lo mejor del mundo*. Fuera del Paraíso hay dolor, muerte, guerra, hambre; dentro del Paraíso, placer, vida, paz, saciedad y ante todo armonía. (p. 12)

Como espacio, el jardín adquiere unas características encaminadas a la preservación del individuo, a su aislamiento en un lugar que permita su permanencia sin alteraciones. En esencia, el jardín corresponde a resguardar las aspiraciones, deseos o proyecciones que Occidente ha erigido en el centro de su cultura (amor, naturaleza, vida, placer, libertad), sin que se vea afectada la permanencia de su esencia por el establecimiento de relaciones. Se trata de un espacio sin relación con otros espacios, por consecuencia no se caracteriza por la existencia de la pluralidad de visiones o diferencias. Mario Satz (2017) lo explica de esta manera:

Pero aquello que es libre por dentro, aquello que es delicia y fresca, aparece con frecuencia cerrado, herméticamente tapiado por fuera, rodeado de murallas muchas veces altísimas, de donde podemos inferir que sus secretos deben guardarse y protegerse con el fin de no agotar ni extinguir sus virtudes. El Paraíso es, al parecer, cosa de pocos. La dificultad de acceder a él está en relación directa con los fantásticos bienes que encierra su perímetro. (p. 15)

El jardín es un espacio hermético que contiene los anhelos de Occidente. Que haya permanecido como símbolo a lo largo del tiempo solo da cuenta de que representar jardines ya es en sí un modo de protección, de construcción de espacios seguros, cerrados, donde habite lo máspreciado para una cultura. Su tradición parte del término persa *gan eden* usado en el Génesis para referirse al ‘huerto o jardín delicioso’, pero traducido por los griegos como *pardés*, que pasa al latín como *paradiso*. Desde allí, podría decir, inicia su forma como mecanismo de clasificación espacial. Como un conjunto de características que permiten un ordenamiento de los espacios entre lo propio y lo ajeno, lo ideal y lo real. Por esto, en el plano literario, *topois* como el *locus amoenus* y *locus terribilis* fueran un conjunto de aspectos retóricos para la descripción espacial en la poesía (Curtius, 1955). Para Fernando Ainsa (2006), se trata incluso de un ordenamiento del mundo, una construcción artificial del mundo vegetal:

El *topos*, el *locus* del jardín se identifica tradicionalmente con un espacio de preservación, cuando no de protección frente al mundo exterior, ámbito donde la naturaleza aparece sometida, seleccionada, ordenada y cercada. Como imagen de representación del mundo, el jardín se contrasta al caos (simbolizado en el inconsciente por el bosque o la selva), en ensalzamiento del reino vegetal domesticado en desmedro del salvaje, escenario que brinda seguridad por lo conocido. Pero el jardín es también una creación del hombre, operando exclusivamente a su medida aunque utilice elementos vivos de la naturaleza, árboles y plantas que nacen, viven y mueren según las leyes de las ciencias naturales. (p. 179)

Reconocer el papel que juega el hombre en la representación de jardines da cuenta de la arbitrariedad del proceso de clasificación de los espacios, al tiempo, que señala el sentido utópico de los jardines. Para Tito Rojo (2011), crear un lugar ameno artificial es un acto de rebeldía en contra de la realidad, es una posición frente a lo que ocurre por fuera de los muros del jardín. No obstante, el jardín es un espacio no democrático, no todo el mundo tiene acceso a él. Todo proceso de categorización espacial es en sí arbitrario. Así, el jardín es una actitud sobre el espacio compleja pues promueve la construcción de un mundo mejor, pero cerrado, definido y concluido, en el cual no puede existir una multiplicidad o diferencia. En cierto modo, se trata de un espacio ideal modelo, el cual se proyecta como deber ser del mundo real al cual se opone. En el plano literario, el jardín se interpreta en ese impulso de cambio y creación de otra realidad, en el contraste que generan los sueños de utopía frente a la realidad, y que se imponen como formas de evasión de esta, como clausuras de un espacio en el que se resguarda el individuo en oposición al mundo. Mario Satz (2017) concluye el tema al señalar la constante búsqueda del hombre de este lugar ameno e inalcanzable:

Trátese o no de una amable expresión de nostalgia, de una añoranza del vientre materno, como insinúan los psicólogos, o del claustro religioso que abarca el silencio de Dios entre sus piedras, lo cierto es que no renunciaremos jamás, como individuos y como especie, a imitar en nuestros hermosos jardines o huertos floridos—pequeños paraísos—las condiciones de aquéllos lejanos, sublimes y casi siempre inhallables. (p. 17)

## El paisaje: la contemplación de lo otro

La relación de América Latina con la naturaleza ha caracterizado el discurso con el cual nos referimos a nuestro territorio a tal punto que nuestras identidades se han construido a partir de la relación que establecemos con el ambiente que nos rodea. Nuestra literatura construyó una imagen de comunidad no solo entre las multiplicidades que habitan el territorio, sino también con su naturaleza, que es entendida como una otredad del conjunto. Así, cuando hablamos de paisaje en América Latina, tenemos en cuenta que es una amalgama entre una subjetividad y la extensión de su mirada sobre el territorio. El paisaje no existe sin observador. Luis Alberto Sánchez (1940) nos denomina “el continente del paisaje triunfante” (p. 389); una afirmación que hace parte de las múltiples que valoran y construyen nuestra identidad gracias al mayor elemento diferenciador que poseemos como lo es la naturaleza. Sánchez (1940) insiste en esta idea y habla del paisaje no como un escenario, sino como un protagonista en nuestra literatura. Su texto da cuenta de cómo el paisaje se compenetra con los poetas y escritores a tal punto que estos se vuelven demiurgos, en un sentido místico, que construyen la naturaleza misma. En sus palabras: “a diferencia del escritor europeo, el indoamericano no sabe conducir al paisaje sino que se deja determinar por él” (p. 398). Es difícil contrariar esta afirmación, más cuando la gran producción de nuestra literatura latinoamericana, desde la formación de las naciones, encontró en la naturaleza una cualidad para diferenciarse de la literatura occidental.

Ángela Pérez (2017), en “El paisaje un relato inconcluso”, continúa esta relación entre América Latina y paisaje a partir de la afirmación de José Celestino Mutis sobre la naturaleza americana como “paisaje inconcluso”; hecha por el botánico luego de iniciar la titánica tarea de clasificar, dibujar y describir nuestra naturaleza. La autora corrige esta afirmación con el término *relato*, pues el paisaje se trata más de una narrativa, de una subjetividad o punto de vista que observa y recuenta el territorio. En sus palabras: “El paisaje será siempre una historia inconclusa porque es una creación humana y como tal transformable” (p. 24). En otras palabras, el paisaje es una historia, una temporalidad que se proyecta sobre el territorio a partir de la narrativa. Esta narrativa constituye unos límites, fijados por el horizonte y por la distancia que se crea ante lo exterior a la mirada, es decir, lo otro. Si el jardín es una actitud dirigida hacia el interior para su protección, para su clausura; el paisaje, al contrario,



pone a prueba los límites del espacio, busca su expansión. El horizonte como límite de la mirada es el establecimiento de una frontera.

En esta exploración del territorio y sus límites surge el origen del paisaje. Raffaele Milani (2006) ubica el inicio del paisaje en siglo XIV en dos obras *Subida al Mont Ventoux* (1336) de Petrarca y *Efectos del buen gobierno del campo* (1338-1340) de Ambrosio Lorenzetti. Según Milani, estas dos obras reúnen los intereses que llevarían a un cambio en la mirada: primero, la representación de un placer estético en la vista y en la acción de pasear, o recorrer un espacio; segundo, la representación iconográfica del territorio (p. 56). Así, el paisaje combina una apreciación estética, al tiempo que es una forma de establecer una soberanía, unas fronteras, una forma de la contemplación relacionada con el acto de gobernar. Fernández Christlieb (2017) también encuentra el inicio del paisaje en la acción de pasear, en caminar un territorio y descubrir sus características, establecer límites y contemplar. Aunque su argumento es más reflexivo en el sentido que no lo liga a una obra o periodo histórico concreto, el autor señala cinco arquetipos que por su oficio recorren el territorio: el comerciante, el religioso, el guerrero, el explorador y el expatriado. Cada uno se aventura a tierras desconocidas con una intención como puede ser establecer nuevas rutas de comercio, conquistar el nuevo espacio, difundir una forma de pensar, acercarse a lo desconocido o valorar en el recuerdo el lugar de origen; sin embargo, cada uno se enfrenta al nuevo territorio a partir de las acciones de caminar, observar, representar, describir y regresar. Este argumento nos lleva de nuevo a la afirmación: “No hay paisaje sin observador” (p. 55). Pensar en el observador es lo que permite entender que el paisaje es más una extensión de una subjetividad en contacto con lo otro, antes que la misma representación artística. El paisaje depende de la mirada, la naturaleza no es paisaje por sí mismo. Por esto el paisaje está cargado de emociones, sentimientos, valores e ideologías.

A esta caracterización del paisaje vale la pena sumar la reflexión de Claudio Guillén (1992), resumida en la pregunta “¿buscan los hombres, a través del paisaje, aquello que no son?” (p. 77). El paisaje, así, es también una promesa de realización, de utopía, nuevamente, una proyección de nuestros deseos, anhelos e incluso proyectos históricos. Sin embargo, la afirmación también debe leerse como la búsqueda de lo “otro”, la diferencia. Desde la

posición de Guillén, aquello que no es el hombre corresponde a la Naturaleza; una postura ciertamente dualista y occidental que no reconocería la indiferenciación entre hombre y ambiente como podría suceder en una cultura otra. Sin embargo, esto sucede porque el paisaje, en su relación con la modernidad como proyecto, existe en la medida en que establece distancias, establece límites entre lo propio y lo ajeno. Bien señala Guillén (1992), “el paisaje es a la vez omisión y conquista del hombre” (p. 78). Una conquista que es sinónimo de una forma de gobierno, de un tipo de soberanía que se establece con la representación y, así mismo, en un aspecto cultural, es una forma de territorialización.

Es precisamente la mirada humana lo que convierte cierto espacio en paisaje, consiguiendo que una porción de tierra adquiera por medio del arte calidad de signo de cultura, no aceptando lo natural en su estado bruto sino convirtiéndolo también en cultural. (Guillén, 1992, p. 78)

El paisaje está ligado a una mirada de gobierno e, históricamente, relacionado con el punto de vista de quienes no habitan el territorio. Este aspecto estético y político lo ha situado más como una mirada producida desde lo nacional sobre lo regional. Aunque esto no supone que desde las regiones no pueda existir una mirada paisajista. Alain Roger (2007) expone esta conjunción entre estética y política al enfatizar en los términos *país* y *paisaje*, una aliteración que enfatiza la relación entre lo que es anterior al paisaje y el paisaje mismo luego de un proceso de “arteficialización”. Según Roger (2007) nuestra percepción de la realidad y, en este caso, la naturaleza está permeada por las artes, modelos, cánones y formas estéticas que nos han influido; este proceso es el que convierte a un “país” en paisaje: “La naturaleza es indeterminada y sólo el arte la determina; un país no se convierte en paisaje más que bajo la condición de un paisaje” (p. 23). A este argumento se suma la distinción entre dos sujetos, el paisano [campesino] y el “paisajano”,<sup>16</sup> el primero es el hombre del campo, cuyo ambiente le resulta familiar y no percibe el paisaje, contrario al segundo, el hombre de la ciudad cuya distancia le permite acceder a la percepción estética del territorio.

---

<sup>16</sup> Roger usa el término francés *paysan*, ‘campesino’, para continuar su juego de aliteraciones alrededor de *paysage*, paisaje.

En conclusión, el paisaje es una extensión de un tipo de subjetividad que se proyecta sobre lo diferente, lo extranjero, a través de lo estético. En este juega un gran papel la distancia, la cual ya es en sí misma una forma de reconocimiento de la otredad, así la finalidad sea su conquista. Fernando Ainsa señala al respecto:

Hay en el hombre un deseo insaciable de ocupar el espacio desconocido, tanto el geográfico como el cognoscitivo, el afán de apropiarse de tierras y de hombres, de la cultura y de los conceptos de los otros, deseo y afán que están en la base de toda conquista, pero también de toda emigración. (Aínsa, 2006, p. 240-241)

El paisaje es una actitud de proyección, de contemplación de lo diferente y su conquista inicia en el simple acto de caminar. El desplazamiento juega un papel muy importante en la configuración del paisaje, ya que el acto de transitar un nuevo espacio es lo que permite crear una diferenciación entre los espacios que nos pertenecen y aquello que es ajeno a nosotros. Así, cuando hablamos de desplazamiento no se trata solo de los ciudadanos que se dirigen a la región, o los arquetipos propuestos por Fernández Christlieb (2017), sino también de los migrantes, quienes se desplazan de las regiones al centro en búsqueda de mejores condiciones de vida. Todos los desplazamientos están guiados por el anhelo de un lugar mejor, por la añoranza de esa tierra prometida. En sí, los procesos de migración ayudan en la configuración del espacio a partir de la valoración de lo que dejamos atrás frente a lo nuevo; además, son un fenómeno particular de nuestro proceso histórico que permite el relacionamiento entre espacios y su permanente redefinición. No obstante, no todas las migraciones suponen la configuración de paisaje, pues la dimensión estética de este solo se permite gracias a la distancia, una distancia que se configura por unos modelos artísticos en sí que permiten la percepción estética. El paisaje como una actitud que ejecuta una subjetividad sobre el espacio debe ser leído en el texto literario como una pregunta sobre ¿qué proyecta su mirada sobre el territorio?, ¿cuál es el horizonte, el porvenir que busca extender esa mirada como un proyecto histórico?, así mismo, es una pregunta por los límites de esa mirada, ¿cuál es la frontera que establece y qué existe en su exterior?

## **Territorio: habitar la diferencia**

La comprensión del espacio como un cruce de múltiples temporalidades, trayectorias, espacialidades y como un lugar donde confluyen las diferencias supone la permanente confrontación de formas de habitarlo a partir de identidades, afectos y proyectos. Esta dinámica permite la constante reconfiguración del espacio y da garantía de su apertura, relacionalidad y diversidad. Sustentado en esta idea, el territorio como concepto se ubica en un plano más concreto de las problemáticas geográficas, políticas, sociales y culturales, ya que busca el reconocimiento de las diversas formas de habitar el espacio, pero también de dar cuenta del conjunto de intereses globales, nacionales y locales que cruzan un espacio en específico.

Víctor Viviescas (2016) llega a este concepto a partir de la pregunta por lo “regional” y encuentra el vínculo entre estos dos conceptos para nombrar la relación de una comunidad con un espacio físico (ambiente) y consigo misma como mecanismo de identificación a través de procesos valorativos en los planos cultural y social. En un diálogo con otros autores, para Víctor Viviescas (2016) el territorio es

el resultado de la apropiación y valorización del espacio mediante la representación y el trabajo. El territorio no es pues simplemente el espacio, sino este espacio apropiado mediante la habitación, el trabajo y la representación o asignación de valor simbólico. (p. 143)

Esta definición del territorio, creado a partir de la representación y el trabajo, supone más que una proyección en el plano simbólico. El trabajo, como forma de habitar, configura una complementariedad entre la comunidad y el espacio, ya que juntos se constituyen y se transforman por medio de labores como la agricultura, el cuidado del medio ambiente, el aprovechamiento de sus recursos, entre otras. A esto se suman las dinámicas económicas resultado del trabajo y las relaciones que se establezcan con otras comunidades por medio del intercambio, las cuales pueden llamarse así mismo cuestiones políticas. La cohesión de estas comunidades se reafirma a partir de las prácticas simbólicas que desarrollen, que en resumidas cuentas incluyen formas artísticas, estéticas, posturas sociales, culturales e históricas. De tal modo, el territorio, como una categoría de las ciencias sociales, permite comprender la complejidad que supone habitar un espacio y tratar de diferenciar los distintos actores, dinámicas y prácticas que confluyen en estos.

Hernández-Ávila (2011) presenta una reflexión más detallada alrededor del concepto de territorio, pues lo pone en discusión con otros conceptos como territorialidad, multiculturalismo, etnicidad e identidad. Para el autor, que la categoría de territorio permita comprender los conflictos étnicos y culturales consiste en que “remite a formas diferenciadas de concebir el espacio, de conquistarlo y constituirse a través de las relaciones con el entorno” (p. 296). Esta postura comparte la concepción epistemológica relacional que hemos estado presentando en el capítulo, es decir, la idea de que el espacio y sus fenómenos son resultado de las relaciones que se establecen en sí mismo, causadas por procesos de diferenciación. El principal argumento de Hernández-Ávila (2011) radica en una concepción del territorio desligada del espacio físico geográfico, para señalar que la espacialidad del territorio radica es en las formas diferenciadas de comprender y construir el espacio que confluyen en este. De este modo, la “territorialidad” es las relaciones que se establecen desde una particular concepción del espacio ante el entorno y otras concepciones espaciales. En palabras de Hernández-Ávila (2011): “la territorialidad es portable: es una dimensión de la existencia. Y el territorio una producción incesante de espacio propio en el transitar individual y colectivo” (p. 302).

Con esto, el autor busca abrir su planteamiento a pensar un tipo de territorialidad constituida por los movimientos generados por conflictos sociales, étnicos, culturales, etc. Una concepción de territorio y territorialidad desligada de algo estático como el espacio físico geográfico por una concepción móvil y relacional del espacio. Como complemento, el concepto de “eticidad” acompaña igualmente las dinámicas sociales y las relaciones que constituyen el territorio, es la otra cara de la territorialidad con respecto a los procesos de identificación y diferenciación. Todos tenemos una etnicidad pues todos compartimos una tradición cultural y un contexto histórico que nos asimila o diferencia, así como todos llevamos una territorialidad que es la forma de ser en el lugar, entendida como una propia concepción del espacio (Hernández-Ávila, 2011, p. 303).

El territorio es un tejido de espacialidades construidas a partir de diferencias y mismidades que los sujetos establecen desde su territorialidad y etnicidad. La lectura de Hernández-Ávila (2011) extiende el panorama teórico para permitir pensar las subjetividades mismas y su rol

en la construcción del territorio con los conceptos de etnicidad y territorialidad casi como formas existenciales: “La etnicidad refiere al ser, la territorialidad al estar” (p. 303). Leer el territorio en el plano literario consiste en comprender las distintas espacialidades que confluyen en el espacio literario, así mismo, en cómo las subjetividades mismas configuran esta red de relaciones desde sus etnicidades y territorialidades.

Una perspectiva más práctica es la de Ulloa (2012), pues pone en escena el concepto de territorio en el contexto de los pueblos indígenas colombianos, en medio de una red de relaciones locales, nacionales y transnacionales. De este estudio se rescata el sentido comunitario de los pueblos en la búsqueda de la “autonomía territorial”, una dimensión más política que reconoce en el territorio un sentido de confrontación de intereses. Ya no se trata de una mirada pasiva de la relación entre concepciones diferentes del espacio, sino que los actores que confluyen en ese entramado de relaciones toman forma y dejan ver los intereses económicos que hay en sus formas de relacionarse con el espacio. Aunque en el texto de Ulloa (2011) las espacialidades están definidas como lo local, nacional o global —una mirada teóricamente no tan relacional—, sirve para dimensionar los procesos socioterritoriales que se viven en las zonas apartadas donde las fronteras no están establecidas claramente. Así, la autora rescata la “autonomía relacional indígena” como

la capacidad de los pueblos indígenas para ejercer autodeterminación y gobernabilidad en sus territorios a partir de las relaciones, negociaciones, confrontación y participación que tienen que establecer con el Estado y diversos actores locales, nacionales y transnacionales en la búsqueda de reconocimiento e implementación de su autonomía política y territorial. (Ulloa, 2012, p 4)

La autonomía territorial lleva la reflexión sobre las relaciones espaciales al plano de la confrontación política e histórica de los pueblos que han sido olvidados u oprimidos; así mismo, enmarca la discusión en una relación espacial que va desde lo micro (local) hacia lo macro (global), pasando por el intermediario que establece las reglas de relacionamiento (lo nacional). De este modo, el reconocimiento de la diferencia, como característica que articula toda la red de relaciones que confluyen en el territorio, pasa a ser el eje articulador de una dinámica relacional conflictiva donde no solo está en juego la capacidad de representación, sino la supervivencia de una forma particular de habitar el espacio. De modo tal que el

territorio es una forma de comprender el espacio que abarca más de lo puramente estético de la representación, donde las luchas por el reconocimiento son las que mantienen en movimiento su estructura de relacionalidad, indeterminación y apertura histórica.

En esta misma línea Arturo Escobar (2014) plantea el problema del territorio. Para él el territorio se desarrolla en una lógica diferente a la lógica binaria moderna y se caracteriza en la resistencia que la periferia hace de los procesos de modernización. Esta diferencia del territorio, Escobar la señala en tres aspectos: las formas de organización comunitaria contrarias al individualismo moderno; una concepción del mundo relacional, que quiere decir que todos los seres (humanos y no-humanos) que componen el entorno no existen por su propia voluntad, sino que las prácticas que los vinculan son lo que los constituyen; y, por último, una concepción del mundo pluriversal, que quiere señalar que no existe Un Mundo, como lo plantea la lógica moderna y la globalización, sino que existen múltiples mundos, que si bien se relacionan mantienen su diferencia como mundos.

La concepción de Arturo Escobar (2014) se enmarca en lo que el llama “ontologías políticas”, un concepto con el cual argumenta la pluriversalidad del mundo, su relacionalidad y diferencia. Para él, la ontología son las diversas premisas que las comunidades mantienen sobre lo que es el mundo; de modo tal que de las diversas comunidades surgen diversos mundos. Así mismo, toda ontología crea una forma de hacer política particular y todo conflicto político refiere a concepciones diferentes de lo que es el mundo, lo real o la vida.

En conclusión, para leer el territorio en la literatura se debe partir de una postura relacional la cual comprenda el espacio como una confluencia de concepciones espaciales, de “ontologías políticas”, es decir, de mundos que se enactúan a partir de las prácticas del habitar, tanto simbólicas como materiales. Estas prácticas no son neutrales, ni mucho menos pasivas, al contrario, hacen del territorio un espacio de confrontación, negociación y conflicto. La confluencia de subjetividades, con sus formas de territorialidad y etnicidad, son quienes configuran el espacio en sí a partir de estas confrontaciones. Aunque el espacio esté constituido por dinámicas de identificación y diferenciación, no se debe olvidar el

sentido político detrás de las confrontaciones y de los reclamos de las comunidades marginales por su autonomía. Ya en un contexto como el colombiano, se debe reconocer la sobreposición de una concepción del espacio como único, proveniente del centro, sobre las formas como las comunidades que habitan las zonas periféricas del país conciben el habitar y su mundo. Así, el territorio se descubre en la literatura como una actitud hacia el habitar, entendido en una dimensión amplia en la que significa preservar un mundo, la visión de este mundo y la vida que ocupa este mundo.

### **Leer el espacio literario como múltiple, plural y heterogéneo**

Como consecuencia de un largo proceso histórico que inició en la ocupación del espacio por los conquistadores y en la proyección de su visión, el pensamiento latinoamericano contemporáneo modificó los regímenes temporales y espaciales para hacer de América Latina un lugar de la multiplicidad, pluralidad y heterogeneidad. Los conceptos de “modernidades plurales” (Restrepo), “mundo relacional” (Glissant) y “ontologías políticas” (Escobar) comparten una postura epistémica relacional, contraria al esencialismo que entiende las identidades como estáticas y definitivas. Así mismo, estos autores tienen una visión dinámica del espacio, como el cruce de otras espacialidades, temporalidades. Una forma de entender el espacio similar a la propuesta por Doreen Massey, para quien el espacio siempre es resultado de las relaciones, un lugar para la pluralidad y abierto, es decir, siempre en desarrollo. Este conjunto de conceptos y formas de pensar invitan a concebir el espacio latinoamericano como abierto, en contra de todo determinismo, de un único proyecto histórico o político que se proponga como teleología. América Latina se concibe entonces como un territorio construido por las relaciones entre diversas concepciones del espacio, de historias y subjetividades.

En línea con esta concepción abierta del espacio, se proponen los conceptos de jardín, paisaje y territorio como distintos tipos de espacialidades y temporalidades que cruzan un espacio mayor entendido como lo regional para la literatura. Pensar de manera autónoma la configuración de nuestro espacio comparte el sentido utópico de la larga tradición de escritores y pensadores que intentaron representar y comprender nuestra particular realidad.



De este modo, los tres conceptos propuestos son más que todo actitudes con las cuales una subjetividad particular se dirige hacia el espacio: el jardín es una actitud de idealización, el paisaje una actitud de la contemplación y el territorio una actitud de habitación. Cuando hablamos de jardín se relaciona con un imaginario de mejores lugares, caracterizados por la armonía, el placer, la naturaleza y la ausencia de preocupaciones; sin embargo, se trata de un espacio sin relación, no apto para todo el mundo, esto por la razón de conservar su perfección inalterable. Hablar de paisaje remite a la acción de caminar, de recorrer un lugar y conocer sus características y límites. El lugar donde se posa la mirada es lo que va a delimitar el interior del exterior y construirá una frontera; en síntesis, el paisaje establece la relación con lo otro, al fijar mis límites se desarrolla un proceso de identificación y diferenciación. Así mismo, expandir mi mirada, recorrer un nuevo territorio es una conquista de mi espacio personal. Por este motivo el paisaje comparte una relación con la Nación, pues operan del mismo modo sobre lo regional (lo otro). Por último, hablar de territorio supone un concepto de las ciencias sociales para comprender el desarrollo espacial de los fenómenos socioculturales, sin embargo, el territorio es sobre todo una actitud de habitar el espacio teniendo en cuenta sus implicaciones. Se trata de entenderse en una red de relaciones e intereses, de proyectos históricos, políticos y económicos para, de ese modo, defender mi autonomía, lo que me hace diferente y que constituye el espacio que habito. De este modo, una actitud territorial la desarrollan sobre todo las comunidades excluidas quienes hacen defensa de sus territorios en las zonas donde confluyen intereses nacionales y transnacionales.

Los tres conceptos forman una constelación alrededor de lo regional, se trata de tres formas de entender el espacio que cruzan en distinto nivel el tejido de la región en el texto literario. El siguiente análisis de *La vorágine* junto al epílogo sobre *Cuatro años a bordo de mí mismo* y *Tierra mojada* va presentar la puesta a prueba de estos conceptos y su utilidad para leer la diferencia de lo regional, las posiciones arbitrarias en las formas de representación, valoración y ordenamiento del espacio y el papel de las subjetividades en su configuración.



## ***La vorágine*: movilidad entre jardín, paisaje y territorio en el rescate de la diferencia**

El estudio de caso de *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera, permite leer la construcción de lo regional al determinar las actitudes del jardín, paisaje y territorio en medio de un contexto complejo como fueron las caucherías entre la Amazonía y la Orinoquía. En esta novela, la configuración del espacio literario se da a partir del recorrido que Arturo Cova, personaje principal y narrador, hace sobre el territorio nacional. El desplazamiento desde la ciudad hacia el campo y luego la selva, más que una cartografía de los territorios, es una silueta, un croquis o, siguiendo la metáfora gráfica, se trata de una línea que se extiende desde el centro, gracias a la escritura como dispositivo de gobierno, hasta la periferia. La acción de recorrer y narrar consiste en una forma de territorialidad, al tiempo que se trata de un modo de soberanía por el cuestionamiento político que la novela hace sobre las instituciones y formas de gobierno de la nación. Según Fernández Christlieb (2017), el desplazamiento origina al paisaje pues permite el reconocimiento de lo otro y su traducción a los códigos propios;<sup>17</sup> en el caso de *La vorágine*, se trata de una novela cuya particularidad radica en la preminencia del paisaje en el inicio de su recorrido hasta una realidad incierta para la cual no se cuenta con los modelos literarios que la domestiquen.

La presente lectura parte de esta premisa: en *La vorágine* el espacio literario se construye por el desplazamiento de Arturo Cova como narrador, pero no como una única voz, sino que

---

<sup>17</sup> Para Fernández Christlieb “El concepto de paisaje está, así, relacionado con el viaje y con el posicionamiento de una mirada en un lugar que no es el suyo. Hacer paisaje es ver lo nuevo, lo ajeno. Desplazarse es la primera condición para hacerse observador; observar es la siguiente condición para que exista el paisaje y, finalmente, representarlo es una acción que permite apoderarse psicológicamente de él” (2017, p. 55-56).

descubrimos un territorio donde confluyen múltiples historias, puntos de vista y dinámicas que hacen de los llanos y la selva espacios inacabados, es decir, en una constante transformación al oponerse a las dinámicas económicas y sociales que las caucherías impusieron. Así, primero se caracterizará el tipo de subjetividad que construye la mirada sobre el espacio. Se entenderá, entonces a Arturo Cova como una subjetividad caracterizada por su capacidad de desear (construir una idealización sobre el espacio), de movilizarse (recorrer el territorio) y su sentido nacionalista crítico (cuestionar la irrealización de un proyecto de nación). Luego, se busca leer las representaciones del espacio en medio de la confluencia del jardín, en la idealización de una vida pastoril; en el paisaje, como la representación de los valores del progreso sobre el espacio; y en el territorio a partir de la presencia de múltiples voces que dan cuenta de un espacio constituido por las relaciones. Por último, se mostrará cómo *La vorágine* rescata la diferencia del territorio al representar las dinámicas sociales que transformó la industria de las caucherías, es decir, un estilo de vida desterritorializado a causa de las redes de comercio que los ríos de la Orinoquía constituyeron. Así mismo, la novela se relaciona con una actitud nacionalista crítica, cuya finalidad es ser un dispositivo de territorialización y una forma de repercutir en la efectividad de las instituciones del Gobierno para garantizar el bienestar de la población.

### **Arturo Cova: un nacionalismo cinético**

La comprensión de un paisaje<sup>18</sup> requiere de la caracterización del tipo de observador que dirige su mirada hacia el espacio. Por este motivo, se debe entender el contexto social del

---

<sup>18</sup> Carlos Rincón (2014) relaciona la aparición del paisaje como género pictórico en Europa con la consolidación de una cultura visual a causa del nuevo modo de vida moderno que se daba en las ciudades: nuevas formas de desplazamiento, nuevas tecnologías para la reproducción de imágenes y nuevos modos de vida. Así, a finales del siglo XVIII e inicios del XIX se consolidó el paisaje en relación con el nacionalismo al ser comprendido como una forma estética que permitía valorar lo propio. En Colombia, Manuel Dositeo y Jesús María Zamora dieron inicio al paisaje como forma de valoración de lo propio en una época donde la “modernización” de la nación creaba nuevos modos de vida mientras intentaba consolidar una identidad homogénea. Los paisajes que encontramos en

cual surge Arturo Cova, como un bogotano y ciudadano construido por un proceso de industrialización y de redefinición de los modos de construcción de la nación. Así, se busca en este apartado considerarlo como una subjetividad nacionalista, la cual es consciente de la necesidad de construir una unidad nacional sobre la población, pero a partir de garantizar las condiciones sociales y políticas para el bienestar y desarrollo de esta unidad. Sumado a esto, Arturo Cova debe ser visto así mismo como una subjetividad cinética (Castro-Gómez, 2009), es decir, un individuo que gracias a los procesos de desarrollo del capitalismo se ha permitido la capacidad de movilizarse en búsqueda de sus aspiraciones. Estas dos características, nacionalismo y movilidad, permiten la mirada paisajística particular de Arturo Cova que consiste en la confrontación de un modo de vida idealizado y una crítica a las formas de gobierno en la periferia.

Para iniciar esta contextualización, Marín Colorado (2010) caracteriza las décadas del veinte y el treinta como un momento de transición entre dos tipos de modernidad. Primero una modernidad en formación que iría desde la conquista española hasta el arraigo del sistema capitalista en Colombia hacia 1925 con el proceso de industrialización; segundo, una modernidad eufórica, que inicia con el desarrollo de los imaginarios capitalistas de progreso e industrialización a causa de la inversión extranjera en la primera década del siglo XX. De este primer tipo de modernidad, Marín Colorado reconoce tres tipos de individuos, colonizado, criollo y nacionalista, resultado de una economía y estilo de vida colonial y constituidos por dos formas del proyecto de modernidad: la razón colonizadora que buscaba eliminar la barbarie y la razón criolla que buscaba ordenar la realidad. La etapa del individuo nacionalista, que Marín Colorado ubica desde la mitad del siglo XIX hasta la década del treinta, se caracteriza por tener el objetivo de construir la nación como un proyecto incluyente hacia el exterior, pero excluyente de aquellos que no se consideraban material

---

*La vorágine* están enmarcados en este desarrollo del género pictórico y comparten el interés de valoración de lo propio, con la diferencia de una postura crítica ante el desarrollo de la nación.

para la nación. Es decir, los aspectos coloniales que continúan para este periodo de tiempo consisten en la remanente mirada binaria entre civilización/barbarie, pero enfocada a la constitución de una unidad nacional. Del segundo tipo de modernidad, Marín Colorado reconoce un tipo de individuo capitalista, caracterizado por considerarse autosuficiente y guiarse por las ideas del esfuerzo personal y el éxito social; además de esto, la comprensión binaria de la realidad pasa ahora a ordenar la realidad en los términos de moderno/tradicional. Este contexto de transformaciones deja ver la complejidad de las subjetividades que se enfrentaban al proceso de industrialización al iniciar a preocuparse por la gestión de su autonomía y así mismo la gestión del proyecto de nación.

Se desarrolló así un debate sobre la forma de gobernabilidad de la población a favor de esta construcción de nación y del proceso de industrialización. La concepción de que el problema del desarrollo industrial de Colombia se debía a una cuestión de razas era aún un tema presente en las primeras décadas del siglo XX. Con respecto a esto, Castro-Gómez (2009) detalla dos tecnologías de gobierno que se debatían en las primeras décadas del siglo XX. Una consideraba que los indígenas, negros y mestizos eran una traba para los procesos de modernización, pues racialmente su conducta era incompatible con las necesidades de la nación y se trataba de rasgos genéticos inalterables; la solución a esto era “dejarlos morir” al no preocuparse por mejorar sus condiciones de vida, y en cambio buscar una mejora racial con la inmigración de extranjeros. Por el otro lado, un pensamiento más liberal buscaba un cambio en la conducta de la población a partir del mejoramiento de sus condiciones de vida; así se comenzaban a debatir temas de educación, salud, saneamiento y trabajo encaminados a la constitución de una clase trabajadora. Esta última postura nos permite caracterizar una subjetividad nacionalista crítica con respecto a las posturas raciales e interesada en construir políticas de gobierno más incluyentes y humanas.

Otra caracterización importante que destacar sobre este contexto es la de sujeto cinético (Castro-Gómez), la cual es resultado de la posibilidad de movilidad que adquirió la población a partir de nuevas tecnologías de desplazamiento, una nueva concepción del tiempo y un estilo de vida veloz; todo esto trajo un pensamiento de abandono de los valores “tradicionales” con el fin de alcanzar el progreso. Santiago Castro-Gómez (2009) detalla este proceso al estudiar cómo el capitalismo, en las primeras décadas del siglo XX, produjo

en los colombianos una red de deseos y aspiraciones que constituyeron un estilo de vida centrado en la movilidad como medio para su realización. La tesis principal de Castro-Gómez (2009) consiste en que

el deseo por la mercancía precedió a la llegada de la mercancía misma; es decir, que el capitalismo industrial no se “enraizó” en nuestro medio primero con las fábricas y las máquinas, sino con las palabras, los signos y las imágenes. (p. 17)

De este modo, una subjetividad cinética se caracteriza sobre todo por la capacidad de deseo que lo lleva a movilizarse; una movilización que consiste en un estilo de vida veloz, en una disposición hacia el cambio, en un constante tránsito entre espacios y en la capacidad permanente de desterritorialización. Arturo Cova representa este tipo de subjetividad y el motivo de su recorrido es el resultado de sus aspiraciones y deseos, de los ideales que una maquinaria de representaciones ficcionales le había construido sobre la vida en el campo, sumado a un imaginario sobre la realización personal posible de alcanzar con su propio esfuerzo<sup>19</sup>.

Esta contextualización permite leer a Arturo Cova, además, como un sujeto nacionalista crítico en la medida en que constantemente cuestiona la idea de una soberanía e identidad nacional y se preocupa por las injusticias cometidas por las caucherías a causa de la falta de

---

<sup>19</sup> El estudio de Castro-Gómez (2009) da cuenta de cómo la exposición del Centenario en 1910 creó un imaginario sobre la idea de progreso, industrialización, ciencia, trabajo y modernidad sobre la población bogotana: “La exposición crea simbólicamente tal ilusión de progreso: si en 1810 se produjo la emancipación política frente a España, en 1910 se debe producir la emancipación económica y espiritual de la nación. Mediante una cuidadosa selección y organización de objetos emblemáticos (máquinas, textiles, motores, relojes, vidrios, aparatos científicos), presentados a la vista del público, la exhibición debía crear una *imagen de la modernidad*” (p. 32). Para la lectura de la construcción del espacio regional en las novelas, el estudio de Castro-Gómez es de utilidad, ya que el énfasis en la movilidad y deseo permite comprender los desplazamientos desde el centro hacia las periferias en la búsqueda de la modernización de Colombia.

instituciones y legislación al respecto. La crueldad que conoce en las caucherías le otorga una postura “liberal”, que busca luchar por las condiciones necesarias para el bienestar de la población, que critica el papel del Estado ante lo que está ocurriendo y, además, se personaliza de la redención de aquellos que están siendo explotados: “¡Yo he sido cauchero, yo soy cauchero! ¡Y lo que hizo mi mano contra los árboles puede hacerlo contra los hombres!” (Rivera, 1976, p. 138).

### **Imaginario del progreso en los llanos**

Arturo Cova puede ser leído como una subjetividad constituida en medio del desarrollo del capitalismo, en la etapa señalada por Castro-Gómez donde los imaginarios, deseos y aspiraciones tuvieron un peso en constituir una imagen del progreso y llevar a la población a movilizarse por su consecución. Por ejemplo, podemos ver esto en su ensoñación en el episodio en que Franco le propone pedir fiado un ganado a Zubieta para venderlo con ayuda de don Rafo. Luego de esto, Cova comienza a soñar y a dar por hecho su futuro como empresario ganadero en la región: “Cuando Alicia y don Rafael salieron al patio, abrió mi fantasía las alas. Me vi de nuevo entre mis condiscípulos, contándoles mis aventuras de Casanare, exagerándoles mi repentina riqueza, viéndolos felicitar me, entre sorprendidos y envidiosos” (Rivera, 1976, p. 35). Su actitud busca sobre todo el reconocimiento de su hazaña, ser el testimonio del progreso individual y la figura del héroe que forja su destino. No obstante, la distancia entre el tiempo narrado y cuando escribe<sup>20</sup> le permite a Cova ser

---

<sup>20</sup> Cova señala en la tercera parte de la novela el inicio del momento de su escritura de esta manera: “Va para seis semanas que, por insinuación de Ramiro Estévez, distraigo la ociosidad escribiendo las notas de mi odisea [...] Peripecias extravagantes, detalles pueriles, páginas truculentas forman la red precaria de mi narración, y la voy exponiendo con pesadumbre, al ver que mi vida no conquistó lo trascendental y en ella todo resulta insignificante y perecedero” (Rivera, 1976, p. 174). Sin entran en detalle en este tema, el estudio de Fraçoise Perus (1998) es útil para comprender cómo la novela configura este narrador “autobiográfico” a partir de los recursos narrativos que usa Rivera. No obstante, la autora coincide en señala una inestabilidad y teatralidad en los propósitos de escritura de Arturo Cova: “las apreciaciones de Cova y las posturas que éste adopta aparecen siempre desatinadas, fuera de lugar, cuando no prendidas de su sola imaginación (p. 137).



consciente de sí mismo y reconocer la candidez de sus aspiraciones: “El pensamiento de la riqueza se convirtió en esos días en mi dominante obsesión, y llegó a sugestionarme con tal poder, que ya me creía ricacho fastuoso, venido a los llanos para dar impulso a la actividad financiera” (Rivera, 1976, p. 35). Tal es el punto de la ensoñación de Cova que los demás personajes comienzan a reconocer en él esta característica. Don Rafo lo calificó como “soñador”, la niña Griselda lo llamo “ingenuo”, pues creía que todas se enamoraban de él, y para Franco era un “desequilibrado tan impulsivo como teatral”, pues los arrastró hasta la selva en busca de una mujer. Cova se configura, así, como un personaje ciudadano caracterizado por el nivel de ensoñación, por su capacidad para desear, imaginar y proyectar un estilo de vida que no corresponde con los llanos y menos con la selva.

Varios episodios son contruidos entre la imagen que Arturo Cova quiere proyectar de sí mismo y lo que le demuestra la realidad. Rivera busca sobre todo dejar en descubierto esa imagen del hombre de ciudad encargado del progreso de la nación, pero que en realidad es un conjunto de sueños y aspiraciones. Esa capacidad de ilusión y deseo resalta en la figura de Cova como seductor, pues demuestra que su motivación radica más en desear que en conseguir su objetivo:

Fama de rendido galán gané en el ánimo de muchas mujeres, gracias a la costumbre de fingir, para que mi alma se sienta menos sola. Por todas partes fui buscando en qué distraer mi inconformidad, e iba de buena fe, anheloso de renovar mi vida y de rescatarme a la perversión; pero dondequiera que puse mi esperanza hallé lamentable vacío, embellecido por la fantasía y repudiado por el desencanto. Y así, engañándome con mi propia verdad, logré conocer todas las pasiones y sufro su hastío, y prosigo desorientado, caricatureando el ideal para sugestionarme con el pensamiento de que estoy cercano a la redención. (Rivera, 1976, p. 18)

Vemos entonces en Cova una subjetividad construida por una red de imaginarios o “tejidos oníricos”<sup>21</sup> (Castro-Gómez, 2009), es decir, por una forma de desear que lo impulsa a alcanzar un ideal, pero que en el momento en que lo alcanza le produce hastío. Se trata así de un personaje en constante cuestionamiento de sus propósitos, deseos y aspiraciones, a medida que conoce una realidad diferente a su estilo de vida. En el momento en que Cova confronta la realidad de los llanos y la selva es cuando sus anhelos se quiebran. Primero, sobre su realización económica en los llanos, no tiene las habilidades para la vida de ganadero: “Franco dispuso que yo no fuera a las sabanas porque podría gangrenarse mi brazo si se encontraba la cicatriz. Además, los potros escaseaban y era mejor destinarlos a los vaqueros reconocidos. Este razonamiento me llenó de amargura” (Rivera, 1976, p. 60). Segundo, con respecto al tema amoroso, se ve forzado a complacer a Zoraida Ayram para sobrevivir en la selva: “¡Oh fatiga de la presencia que disgusta! ¡Oh asco de los besos que no se piden! Estaba obligado a disimular, en provecho de nuestros planes, esa repulsión que la madona me produce, y a no tener descanso en mi desabrimiento” (Rivera, 1976, p. 182). A lo largo de la novela encontramos que los dos ámbitos en los que buscaba su realización personal, ser un empresario ganadero y encontrar el amor, se descubren como puras ilusiones.

Podemos comprobar en Arturo Cova la representación de un tipo de subjetividad constituida por una forma particular de desear y anhelar una realización personal y reconocimiento, característica de una época en que los procesos de industrialización asentaban el capitalismo en Colombia. En palabras de Perus (1998):

---

<sup>21</sup> Con esta expresión Castro-Gómez hace referencia a los discursos como la publicidad, el entretenimiento, el urbanismo, entre otros, que se mezclaron para proclamar al progreso como meta única del hombre capitalino. Se trataba así de un mundo imaginario que precedía a la infraestructura de un mundo industrial. Como complemento a esto, es de resaltar que leer las actitudes del jardín, paisaje y territorio en la literatura es poner en relación la representación del espacio con esta diversidad de discursos que construían imaginarios de progreso y movilizaban a la población hacia las regiones.

La configuración y puesta en escena de este personaje/narrador parecieran más bien obedecer al propósito de explorar y llevar hasta los límites de lo grotesco un “tipo humano” que, a juzgar por el testimonio de los lectores de la época, no carecía de correspondencia con la realidad social y cultural de la Colombia de entonces, y de vincularlo con las profundas transformaciones que en ella se estaban gestando. (p. 156)

De este modo, *La vorágine* representa en su personaje unos deseos que se rompen y demuestran su irrealización para dar paso así a una realidad incompatible con la visión citadina; esto ocurre, gracias a la habilidad y consciencia de Arturo Cova sobre la construcción de su imagen, sobre el gesto autoreflexivo que supone la escritura de este diario de viajes. Se trata de un rasgo moderno que particulariza a Cova más allá de ser un ciudadano y se suma a su capacidad de crítica.

### **Mirada desde lo moderno a lo atrasado**

En medio de la caracterización de Arturo Cova, vale la pena revisar las categorías con las que interpreta a los otros, pues lo hace desde una concepción de lo moderno frente a lo tradicional que, a su vez, es una posición desde el centro a la periferia. Es decir, la división entre modernidad y tradición es una postura que, desde lo temporal, busca ordenar lo espacial. Un episodio que da cuenta de esto es el encuentro con los indígenas guahibos, ya que Cova se posiciona completamente en lo temporal para negarle a esta población cualquier tradición, historia e identidad:

Procuraba yo halagarlo en distintas formas, por el deseo de que me instruyera en sus tradiciones en sus cantos guerreros, en sus leyendas; inútiles fueron mis cortesías, porque aquellas tribus rudimentarias y nómades no tienen dioses, ni héroes, ni patria, ni pretérito, ni futuro. (Rivera, 1976, p. 86)

La posición adoptaba por Cova frente a esta comunidad da por hecho un estado anterior en el desarrollo cultural, una etapa “primaria” de leyendas y mitos como si se tratara de las antiguas civilizaciones occidentales. Sin embargo, no encontrar la respuesta que buscaba lo lleva a no encontrar otra forma de conocer su diferencia y a reducirlos a seres sin temporalidad, ser entidades abstractas. Del mismo modo, tras abandonar los llanos, la selva

aparece como un espacio sin temporalidad y las disquisiciones poéticas de Cova lo demuestran, pues presentan un espacio anterior a la separación entre hombre y naturaleza, es decir, se participa de un panteísmo donde no hay diferencia entre quienes habitan el espacio. Esto se descubre en la alucinación que el Pipa tiene luego de tomar yagé con los guahibos:

El Pipa les entendió [a los árboles] sus airadas voces, según las cuales debían ocupar barbechos, llanuras y ciudades, hasta borrar de la tierra el rastro del hombre y mecer un solo ramaje en urdimbre cerrada, cual en los milenios del Génesis, cuando Dios flotaba todavía sobre el espacio como una nebulosa de lágrimas. (Rivera, 1976, p. 90)

La caracterización de la selva, en este punto de la narración, se construye desde el binomio de lo moderno y lo tradicional, sinónimo también del movimiento y lo estático, que son transposiciones de una mirada desde el tiempo sobre el espacio. Se construye entonces un espacio mitológico que le arrebató a la selva cualquier historia, narrativa o participación en los procesos históricos regionales y nacionales. Sin embargo, a medida que aparecen personajes como Heli Mesa, Clemente Silva o Ramiro Estébanez y narran sus vivencias en la selva, el espacio comienza a construirse en la multiplicidad de voces e historias que configuran toda la situación histórica que representaron las caucherías.

La caracterización de Arturo Cova como una subjetividad moderna se compone, primero, de una capacidad para desear y anhelar un modo de vida que el capitalismo iniciaba a promover en Bogotá a inicios del siglo XX gracias a un conjunto de imaginarios y representaciones sobre el progreso. Estos imaginarios son traspuestos a los llanos para que Cova confronte su fantasía con la realidad de un modo de vida diferente al imaginado en la ciudad. Así, inicia una relación entre el centro y la periferia que permite resaltar las diferencias de espacios como el llano y la selva. Esta relación es permitida gracias a la capacidad de movilidad de Arturo Cova, que es una segunda característica de un ciudadano en el albor del capitalismo en Colombia. La capacidad de movilidad y deseo lo lleva a otros territorios a confrontar su idealización del mundo y conocer las problemáticas que se viven en la periferia a causa de la falta de instituciones, leyes y un Estado que ejerza su soberanía. Si bien el desplazamiento consiste en un proceso de desterritorialización, entender a Arturo Cova como una subjetividad nacionalista, caracterizado por creer en un proyecto de nación,

permite leer su escritura como un dispositivo de territorialización nacional, es decir, una forma crítica de ejercer soberanía gracias a la exposición de otra realidad a la imaginada en la ciudad y, así, hacer un reclamo por su ordenamiento, por un paso de la barbarie a la civilización, de lo tradicional a lo moderno. La complejidad de una subjetividad como la de Arturo Cova permite relacionar un conjunto de procesos históricos y de espacios para representar una problemática histórica precisa como lo fueron las caucherías.

### **Configuración del espacio en la novela: el tránsito entre jardín, paisaje y territorio**

El espacio en *La vorágine* se construye a partir de la confrontación dialéctica entre las representaciones idealizadas de Arturo Cova, correspondientes a un imaginario traído por una poesía con rasgos románticos y clásicos, frente a una realidad concebida por modos de vida diferente, pero de igual modo en transformación por el proceso histórico que eran las caucherías. Para esta lectura, se debe señalar que la idealización que construye Cova contiene todos los elementos del jardín, especialmente por el sentido utópico que imagina un espacio libre de todo conflicto, donde el amor puede realizarse sin ningún obstáculo; no obstante, la idealización de Cova se nos presenta cerrada, pues en ella no hay cabida para lo demás, su espacio imaginado no tiene relación con los demás espacios.

En contraste de esta idealización, el desplazamiento por diversos espacios le permite a Cova construir un paisaje del territorio nacional y establecer relaciones con otros espacios, personajes y conocer las voces de aquellos que han habitado estos territorios. De este modo, aquel jardín interior, que solo lograba proyectarse en su imaginación sobre el espacio, sufre una transformación en el contacto con la realidad y resulta en un proceso de territorialización en el momento en que Cova se apersona de la causa de los caucheros. La novela construye entonces un recorrido desde el jardín, un espacio interior construido por una subjetividad ciudadina, pasando por el paisaje, que es el reconocimiento de una subjetividad nacionalista que buscaba valorar lo propio, hasta el territorio, que consiste en habitar el espacio, reconocer las voces que lo componen y reclamar el reconocimiento de su diferencia.

## Jardín: amor y armonía de la naturaleza

La principal imagen que Cova construye sobre su vida en el campo se compone de una idealización de la vida en los llanos, en la cual él es un patriarca que alcanza un éxito económico y puede vivir del disfrute estético de la naturaleza junto a su amada esposa. Sus anhelos construyen la imagen de un jardín que vincula la naturaleza, el amor, la familia, la belleza y Dios:

Hasta tuve deseos de confinarme para siempre en esas llanuras fascinadoras, viviendo con Alicia en una casa risueña. Que levantaría con mis propias manos a la orilla de un caño de aguas opacas, o en cualquiera de aquellas colinas minúsculas y verdes donde hay un pozo glauco al lado de una palmera. Allí de tarde se congregarían los ganados, y yo, fumando en el umbral, como un patriarca primitivo de pecho suavizado por la melancolía de los paisajes, vería las puestas de sol en el horizonte remoto donde nace la noche; y libre ya de las vanas aspiraciones, del engaño de los triunfos efímeros, limitaría mis anhelos a cuidar de la zona que abarcaran mis ojos, al goce de las faenas campesinas, a mi consonancia con la soledad.

¿Para qué las ciudades? Quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que dice al peñón la onda que se despide, el arbol de la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios. Allí en los campos soñé quedarme con Alicia, a envejecer entre la juventud de nuestros hijos, a declinar ante los soles nacientes, a sentir fatigados nuestros corazones entre la savia vigorosa de los vegetales centenarios, hasta que un día llorara yo sobre su cadáver o ella sobre el mío. (Rivera, 1976, p. 59-60)

La carga poética con que imagina Arturo Cova dice más sobre sí mismo que del espacio donde se encuentra. La escena descrita es una oposición a la ciudad, a un estilo de vida en movimiento, agitado y centrado en el individuo, sin embargo, aquello que se opone es un conjunto de valores propios de Cova que no corresponden a los modos de vida en el llano. Estos son tomados de un conjunto de representaciones pastoriles construidas en la ciudad que asignaban a la vida campesina valores cristianos y el culto de la familia. Las imágenes poéticas que componen la escena como “el pozo glauco”, “la casa risueña”, “los bosques intactos”, todos componen una ensoñación que demuestra la capacidad de deseo e imaginación de un ciudadano como Cova, quien aparentemente lo que conoce del campo proviene de la poesía de su época.

Los cánones estéticos para entonces proclamaban una poesía bucólica que veía en las *Églogas* y *Geórgicas* de Virgilio un referente estético. Ejemplo de esto son poetas como Rafael Maya, Antonio Gómez Restrepo, Luis María Mora o José Joaquín Casas, quienes tenían una tendencia por la idealización de la vida campesina, los paisajes idílicos y las escenas pastoriles. Según David Jiménez (2002), algunos poetas representaban el habla y las costumbres populares sin tener una relación con estas; de este modo:

Hicieron casi siempre una poesía de terratenientes que fingían sentimientos campesinos y los acomodaban a sus propios presupuestos ideológicos. Una idealización de la vida rural, de tipo idílico, cuya función política consistía en oponerse a la modernización de la vida y las costumbres. (p. 44)

Esta idealización de la vida campesina hace pensar en Arturo Cova como uno de estos tipos de poeta, en especial por la posición de terrateniente a la que aspira. El juicio de Jiménez resume los referentes que sostienen, en la mente de Cova, esa imagen ajardinada de los llanos y motivan sus aspiraciones y se demuestra en su narración.

Al inicio de la novela, el amor es uno de los elementos fundamentales en la configuración del jardín. Tanto Alicia como Cova lo buscan y resueltos por su trágica situación en la ciudad deciden huir: “¿Cómo podría desampararte? ¡Huyamos! Toma mi suerte, pero dame el amor’. ¡Y huimos!” (Rivera, 1976, p. 7). Así, el desplazamiento de la futura familia es motivado por la búsqueda de un ideal y de un espacio de realización de este, como sería el campo visto como un jardín. Sin embargo, la personalidad de Cova presenta ese inconformismo e imposibilidad de alcanzar sus ideales, lo cual lo convierte en una caricatura de sus valores. Así, inicia un proceso de recriminación sobre su decisión y la irrealización de sus aspiraciones:

¿Qué has hecho de tu propio destino? ¿Qué de esta jovencita que inmolas a tus pasiones? ¿Y tus sueños de gloria, y tus ansias de triunfo, y tus primicias de celebridad? ¡Insensato! El lazo que a las mujeres te une, lo anuda el hastío. Por orgullo pueril te engañaste a sabiendas, atribuyéndole a esta criatura lo que en ninguna otra descubriste jamás, y ya sabías que el ideal no se busca; lo lleva uno consigo mismo. (Rivera, 1976, p. 8)

Como vemos, entre la ilusión y el engaño se construye la subjetividad de Cova con respecto a sus aspiraciones; sin embargo, esto no le impide hacer una representación domesticada de la naturaleza en la cual todos los elementos comparten una armonía por la gracia de la creación. En una de las primeras escenas de la novela, Cova describe la armonía que se siente en el llano:

Mientras apurábamos el café, nos llegaba el vaho de la madrugada, un olor a pajonal fresco, a surco removido, a leños recién cortados, y se insinuaban leves susurros en los abanicos de los moriches. A veces, bajo la transparencia estelar, cabeceaba alguna palmera humillándose hacia el oriente. Un regocijo inesperado nos henchía las venas, a tiempo que nuestros espíritus, dilatados como la pampa, ascendían agradecidos de la vida y de la creación.

[...]

—Es que —dijo don Rafo— esta tierra lo alienta a uno para gozarla y para sufrirla. Aquí hasta el moribundo ansía besar el suelo en que va a podrirse. Es el desierto, pero nadie se siente solo: son nuestros hermanos el sol, el viento y la tempestad. Ni se les teme ni se les maldice. (Rivera, 1976, p. 13)

Vemos entonces que en un inicio las aspiraciones de Cova corresponden a la imagen de un jardín, caracterizado como un espacio donde el amor y la convivencia armónica con la naturaleza son posibles. Este jardín es un espacio imaginado que se proyecta sobre los llanos, se trata de los sueños e imaginarios que acompañan a Cova en su llegada. El recorrido del territorio, es decir, la configuración de un paisaje es lo que le va a permitir cuestionar esa representación idealizada y romper la distancia para habitar el territorio.

### **Paisaje: horizonte del progreso y ascenso del individuo**

El recorrido del espacio es la etapa inicial para la construcción del paisaje, ya que el reconocimiento de sus límites permite su apropiación a partir de la representación. Una subjetividad como la de Arturo Cova, con un cierto sentido de patriotismo y preocupación por la configuración de una identidad nacional, hace del paisaje una herramienta para la construcción de una identidad nacional a partir de la representación de lo propio; sin embargo, el conocimiento de la realidad crea unos contrastes que cuestionan los preceptos



con los que se acercaba a la naturaleza. De este modo, la imagen que se configura del espacio en *La vorágine* consiste en un dinamismo en el que las representaciones constantemente se están cuestionando entre ellas.

En el inicio de la novela, el paisaje para Arturo Cova era una proyección de su idealización, del jardín que esperaba encontrar en los llanos. Sin embargo, la diferencia radica en que no se produce una idealización del espacio, sino que se ordenan sus elementos a favor del sentimiento patriótico de progreso. Así, el horizonte simboliza la proyección de un futuro alcanzable que llena de esperanza a quien llega a los llanos, sumado a una carga estética al simbolizar la unión entre el cielo y la tierra, un espacio donde las garzas, las palmeras y demás elementos confluyen con la mirada del poeta, que también se hace partícipe de esta unión.

Y la aurora surgió ante nosotros: sin que advirtiéramos el momento preciso, empezó a flotar sobre los pajonales un vapor sonrosado que ondulaba en la atmósfera como ligera muselina. Las estrellas se adormecieron, y en la lontananza de ópalo, al nivel de la tierra, apareció un celaje de incendio, una pincelada violenta, coágulo de rubí. Bajo la gloria del alba hedieron el aire los patos chillones, las garzas morosas como copos flotantes, los loros esmeraldinos de tembloroso vuelo, las guacamayas multicolores. Y de todas partes, del pajonal y del espacio, del estero y de la palmera, nacía un hálito jubiloso que era vida, era acento, claridad y palpitación. Mientras tanto, en el arbol que abría su palio inconmensurable, dardeó el primer destello solar, y, lentamente, el astro, inmenso como una cúpula, ante el asombro del toro y la fiera, rodó por las llanuras, enrojeciéndose antes de ascender al azul.

Alicia, abrazándome llorosa y enloquecida, repetía esta plegaria:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡El sol, el sol!

Luego, nosotros, prosiguiendo la marcha, nos hundimos en la inmensidad. (Rivera, 1976, p. 14-15)

El paisaje descrito saca provecho de la mayoría de los recursos plásticos que le son posibles. Las tonalidades descritas presentan una transición de colores rojizos: “un vapor sonrojado”, “un celaje de incendio”, “un coágulo de rubí”. Al mismo tiempo, la atmosfera de elevación

sublime comienza a construirse con la figura de las aves que alzan vuelo bajo la “gloria del alba”. Aquel “hálito jubiloso” que era “vida, acento, claridad y palpitación”, nos habla de la relación entre contemplador y naturaleza; expresa el sentimiento de unidad sublime que se da en la sensación de contemplar, y la exclamación de Alicia lo demuestra como si se tratara de un éxtasis místico “¡Dios mío, Dios mío! ¡El sol, el sol!”. “El astro inmenso como una cúpula” termina la imagen de majestuosidad religiosa atribuida al sol ascendiendo hacia el azul, en oposición al rojo que inició el paisaje. La imagen de la llanura iluminada por los rayos del sol se compara con el infinito, la inmensidad, que para los románticos significaba la unión de lo terrenal con lo espiritual.

El carácter romántico de este paisaje se aprecia en el tono sublime en el que todos los elementos ascienden hacia la unión y desvanecimiento con el horizonte. La “inmensidad” marca un destino compartido entre el hombre y la naturaleza al ser ambos partícipes del don de la creación. Se construye así una armonía de elementos que motiva al poeta a ser uno con los llanos. Como bien señala Jean Franco, en su lectura sobre el romanticismo en *La Vorágine*, (1987), “Rivera asocia claramente la llanura con el intento del espíritu por liberarse de las limitaciones terrenas, de manera que Cova experimenta en los llanos ‘una sensación de infinito’” (p. 138). Ese afán por liberarse a partir de la comunión, más allá del tono romántico, en el plano real, enaltece a la libertad como un valor común a defender por un hombre moderno.

A medida que Cova avanza en su travesía por los llanos, esta sensación de unión con el mundo a partir de lo sagrado se transmuta en un tono profano que simboliza una unión trágica con el mundo en la aceptación de la muerte como un destino en común. El episodio de la muerte de Millán, a causa de una cornada que le arrancó la mitad del cráneo, le revela a Cova este destino:

la bóveda del cráneo y las mandíbulas que le siguen faltaban allí, y solamente el maxilar inferior reía ladeado, como burlándose de nosotros. Y esa risa sin rostro y sin alma, sin labios que la corrigieran, sin ojos que la humanizaran, me pareció vengativa, torturadora, y aun a través de los días que corren, me repite su mueca de ultratumba y me estremece de pavor. (Rivera, 1976, p. 70)

La muerte aparece como un personaje que sigue a Cova y se burla de su destino; el cráneo, al estilo de una pintura vanitas, le recuerda el vacío de sus aspiraciones y que todo placer mundano no prevalece. El shock de esta escena transforma a Cova y, consigo, al paisaje, pues la última panorámica que tenemos de los llanos contrasta las idealizaciones y esperanzas de un porvenir:

La devoradora falange [el incendio] iba dejando fogatas en los llanos ennegrecidos, sobre cuerpos de animales achicharrados, y en toda la curva del horizonte los troncos de las palmeras ardían como cirios enormes.

El traquido de los arbustos, el ululante coro de las sierpes y de las fieras, el tropel de los ganados pavóricos, el amargo olor a carnes quemadas, agasajáronme la soberbia; ¡y sentí deleite por todo lo que moría a la zaga de mi ilusión, por ese océano purpúreo que me arrojaba contra la selva aislándome del mundo que conocí, por el incendio que extendía su ceniza sobre mis pasos!

¿Qué restaba de mis esfuerzos, de mi ideal y mi ambición? ¿Qué había logrado mi perseverancia contra la suerte? ¡Dios me desamparaba y el amor huía!...

¡En medio de las llamas empecé a reír como Satanás! (Rivera, 1976, p. 75)

El incendio compone una escena en la que la muerte parece arrasarlo todo, tanto naturaleza como animales. La huida de los animales, el olor a carne quemada y el sonido de todo ardiendo provocan en Cova un sentimiento individual que lo separa de los demás. Su “soberbia” supone el ascenso del héroe trágico quien se aparta de los demás para aceptar el fracaso, el abandono de los dioses, la pérdida del ideal y de su ambición. Se trata de un proceso de individuación que, a partir de este punto, le impide relacionarse con sus compañeros pues su único objetivo es la expiación. Ya en la selva, la escena de muerte se repite con unos maipureños que se ahogan en el río; Cova, todavía en su soberbia, califica la escena como magnífica y bella: “Bello morir el de aquellos hombres, cuya existencia apagose de pronto, como una brasa entre las espumas, al través de las cuales subió el espíritu haciéndolas hervir de júbilo” (Rivera, 1976, p. 103). A esto Franco le recrimina su inhumanidad hacia sus amigos, a los que Cova les pide seguir su propio destino mientras él

acepta el suyo. Vemos entonces cómo la mirada de Cova se transforma después de lo vivido en los llanos, los paisajes descritos por él dan cuenta de esta transformación en un paso de la comunión de todo lo vivo con Dios hacia la individuación del héroe trágico en búsqueda de la expiación en la selva. El ordenamiento y valoración de los llanos al cargar sus representaciones con el sentido del progreso se rompe en una imagen de fracaso y violencia.

### **Territorio: habitar la selva en la voz de los otros**

El proceso de habitar y apropiarse del territorio en *La vorágine* inicia a partir de los horrores compartidos por los personajes y por la selva misma. A medida que Cova se adentra en la selva su actitud se va transformando y su propósito va más allá de una expiación personal ante la afrenta de Barrera y pasa a ser un acto de liberación y de justicia para las poblaciones oprimidas por los caucheros. Este cambio se produce gracias al contacto con otras voces como Heli Mesa, Clemente Silva y Ramiro Estévez que le permiten conocer la realidad más allá de sí mismo.

Al inicio de la segunda parte, Cova se lamenta de la falta del horizonte ante la selva que solo le ofrece columnas de vegetación. El aspecto simbólico de este cambio señala la pérdida de todo anhelo, ilusión o proyecto que Cova pudiera considerar:

—¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos. ¿Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas? [...] ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbra las hojarascas de tus senos húmedos! (Rivera, 1976, p. 77)

Esta representación de la selva simboliza la interioridad de Cova, ese encierro en sí mismo y en su destino trágico autoasignado. Cova en este punto de la novela se siente en una cárcel, condenado a llevar un destino trágico en la búsqueda de venganza de Alicia y Barrera. La selva se configura, así, como un espacio sin futuro, sin relación y sin tiempo; para Cova se trata de un espacio mítico “donde dioses desconocidos hablan a media voz” (Rivera, 1976, p. 77); la selva es “solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae” (Rivera, 1976, p. 77) y

parece un “cementerio enorme donde te pudres y resucitas” (Rivera, 1976, p. 78). Allí vida y muerte son procesos que no se suceden, sino que pasan al mismo tiempo y quienes lo habitan hacen parte de este. Con estas categorías se constituye una oposición entre selva y ciudad, que se resume en la súplica de libertad de Cova: “Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vista no tiene obstáculos y se encumbra el espíritu en la luz libre” (Rivera, 1976, p. 78).

El punto de cambio en la actitud de Cova se da al conocer las voces de aquellos que han sufrido la esclavitud de las caucherías, quienes conocen los engaños con que someten a la gente a extraer caucho de por vida. Estos encuentros suceden en medio de los ríos de la Amazonía y Orinoquía, de tal forma que se simboliza una confluencia de voces y perspectivas que hacen del espacio un lugar de relaciones. En un inicio, la figura del Pipa juega aquí un papel importante; se trata de un personaje proveniente de los llanos, pero con una larga experiencia recorriendo la selva y sus ríos como cauchero, guerrillero y prisionero. Así, se trata del eslabón que les permite conocer a los guahibos y sus costumbres, además de enseñarles cómo sobrevivir en la selva.

Otra figura importante es la de Heli Mesa, pues nos informa del desenlace de la suerte de Alicia y Griselda y narra la historia de la indiecita Mapiripana. Se trata de la figura mitológica encargada de mantener las lluvias para dar cauce a los ríos de la Orinoquía y Amazonía, además de espantar las presas de caza a aquellos que no lo hagan en silencio. El relato presenta parte de la mitología de la Amazonía y rescata el pensamiento diferente de las comunidades y cómo ellas explican el mundo.

Sumado a esto, la segunda parte del relato construye un sentido moral, pues narra cómo un misionero lujurioso se aprovechaba de las indiecitas impúberes mientras buscaba a la indiecita Mapiripana para quemarla. La indiecita logró capturarlo en una cueva y, como castigo de su lujuria, le chupaba los labios. El misionero, logra escapar, pero la indiecita lo maldice con que sus dos hijos lo persigan, un vampiro y una lechuza, quienes se encargan de traerlo prisionero de nuevo. Ya moribundo, pide ayuda a la indiecita y esta le responde: “¿Quién puede librar al hombre de sus remordimientos?” (Rivera, 1976, p. 98). Esta

narración enmarcada, al mismo modo que en el *Quijote*, se relaciona con el sentido global de la novela, pues la reflexión moral sobre la lujuria remite a Arturo Cova y su fama de seductor y, así mismo, inicia una catarsis en el personaje con respecto a sus culpas.

La historia de Clemente Silva permite contrastar igualmente la aventura de Cova, pues los motivos de su tragedia inician a causa de un seductor que se lleva el honor de su hija y hace que Luciano, su hijo, decida escaparse a las caucherías por la vergüenza. Cova, interpelado por la historia, le pide a Clemente narrar los incidentes de la selva: “Don Clemente: no resucite esos recuerdos que hacen daño. Procure omitir en su narración todo lo sagrado y sentimental. Háblenos de sus éxodos en la selva.” (Rivera, 1976, p. 115). Así, su narración nos presenta la tragedia de los caucheros desde el Putumayo hasta Manaos y el contexto político e histórico del que forma parte. Esta narración hace de la selva un espacio diferente al que Cova había planteado, pues da cuenta de las transformaciones sociales que ocurren allí a causa de la industria del caucho, además, demuestra que el espacio responde a una relación que va desde lo global, lo nacional y repercute en lo local.

Las voces de la selva configuran un espacio atravesado por diversas trayectorias históricas, con hitos como la masacre en San Fernando de Atapabo a manos del coronel Tomas Funes, las caucherías de La Chorrera y el Encanto en el Putumayo a cargo de la Casa Arana, la muerte del “mosiú” francés<sup>22</sup>, entre otros. La actitud de territorialidad de Cova, es decir, su disposición para habitar el espacio a partir de su apropiación, parte de la escucha de estas voces, de apersonarse de su causa y exponer toda la situación política y social que componen las caucherías. Esta tragedia supera el motivo personal de venganza de Cova y es un cambio en su actitud hacia el espacio más allá de la idealización: “¿Cuál es aquí la poesía de los retiros, dónde están las mariposas que parecen flores translúcidas, los pájaros mágicos, el arroyo cantor? ¡Pobre fantasía de los poetas que sólo conocen las soledades domesticadas!” (Rivera, 1976, p. 142). Conocer el territorio, su historia y sus voces es la forma de habitarlo.

---

<sup>22</sup> Para 1904, la Casa Arana contrató a Eugenio Robuchon para documentar sus propiedades en fotografía y la vida en las caucherías del Putumayo. Tras terminar su trabajo fue asesinado por mostrar los delitos que se cometían allí.

El final trágico, “Los devoró la selva”, también se trata de un destino compartido por una subjetividad colectiva, representa a toda una comunidad que sufrió la esclavitud de las caucherías y que pereció en la selva. Así, el paso del jardín al paisaje y al territorio también supone una transformación de la subjetividad representada en la novela, una más allá del culto al individuo y que apunta al reclamo de un bienestar político y justicia para la comunidad.

De nuevo, la capacidad cinética de Arturo Cova, su forma de desear, su anhelo de progreso individual y su patriotismo al reclamar por el desarrollo de un proyecto de nación permiten que en *La vorágine* se presente un proceso de transformación del espacio. Es gracias a la mirada de una subjetividad particular que la construcción del espacio pasa del jardín, al paisaje y al territorio. Primero, una idealización construida por un imaginario traído de la poesía pastoril que domestica la naturaleza y reduce los modos de vida campesinos a unos valores feudales; segundo, un proceso de contemplación del espacio para darle un orden en el proyecto nacional a partir de una representación estética que lo carga del sentido del progreso, es decir, se crea un imaginario del horizonte y del llano como espacio de la posibilidad; por último, se habita el territorio al reconocer que el espacio es partícipe y se configura por un proceso histórico común, tanto en lo local, como lo nacional y global, pero sobre todo al dar valor a las diferentes voces que construyen un relato en conjunto de lo que es en realidad la selva. Se trata entonces de leer en la selva la confluencia de múltiples espacialidades, particularmente producidas aquí por un mismo sujeto, las cuales dan cuenta de la heterogeneidad del espacio, lo que redundará en un carácter inacabado de este, es decir, en que la selva no está históricamente determinada a ser la despensa de materia prima para los procesos de modernización global, sino que allí la multiplicidad de subjetividades, concepciones y diferencias reclaman un proceso histórico distinto que transforme constantemente el territorio.

### **Novela regional: el rescate de la diferencia**

La construcción de la novela, desde su personaje principal hasta el ordenamiento de los acontecimientos, da cuenta de un proceso de transformación de la concepción del espacio,

el cual pasa de ser una unidad estática a un fenómeno dinámico, construido a partir de las relaciones, no determinado por un proceso histórico específico, sino en transformación, donde conviven una multiplicidad de voces e identidades. *La vorágine*, como dispositivo de escritura, busca participar en el dinamismo de este espacio al ser una forma de construir una relación entre el centro y las zonas periféricas como lo son los llanos, la Amazonía y Orinoquía. La novela regional, entonces, se encarga de habitar un espacio no solo a partir de su representación, sino al dar cuenta de su diferencia reconstruyendo el tejido de trayectorias, ontologías, proyecciones históricas, imaginarios que lo constituyen como entidad en desarrollo, es decir, un espacio abierto e inacabado (Massey). En el caso de *La vorágine*, la diferencia del espacio se rescata al dar cuenta de las transformaciones sociales que una situación histórica en específico produce en estos; es decir, no se trata de un simple escenario donde ocurrirán los hechos narrados, sino de una realidad. Así mismo, la novela rescata esta diferencia en el modo en que cuestiona las concepciones de nación y soberanía para hacer un reclamo por unas instituciones que garanticen unas mejores condiciones para las comunidades representadas. Esta novela regional establece un proceso de territorialización a partir de la representación de la diferencia y el reclamo de su reconocimiento en el aspecto político.

### **Espacio en relación: transformación de los modos de vida**

Las dinámicas económicas de las caucherías hacen de los llanos y la selva dos espacios en desarrollo pues generan una transformación en los modos de vida de sus habitantes. En el caso de los llanos, se observa que las dinámicas propias de la región relacionadas con la tenencia de ganado pasaron a segundo plano a causa de las promesas de una mejor vida que Narciso Barrera les propuso a los vaqueros. Recién llegados a La Maporita, Cova escucha esas promesas en la voz de la niña Griselda:

—¡Naa! Es que nos estamos recogiendo pa dejá la tierra.

Y con el acento cálido refirió que Barrera había venido a llevar gente para las caucherías del Vichada.

—Es la ocasión de mejorá: dan alimentación y cinco pesos por día. (Rivera, 1976, p. 20)



Luego de esta escena vemos cómo se están comportando los vaqueros en el Hato grande haciendo matar los caballos, borrachos, robando y vendiendo licor. En sus palabras de Cova: “nadie corregía el desorden ni normalizaba la situación, porque ante el señuelo del próximo viaje a las caucherías ninguno pensaba en trabajar cuando estaba en vísperas de ser rico” (Rivera, 1976, p. 25). La promesa de mejorar las condiciones económicas es lo que genera un desplazamiento de los llaneros hacia la selva; aun sin conocer las verdaderas condiciones de vida, los llaneros se aventuran como subjetividades “cinéticas” a labrar su destino individual en la búsqueda de riqueza. Las caucherías, como una actividad extractiva y económica ligada a un sistema global de desarrollo industrial, operan como un motor de movilidad, pues el comercio tanto de la mano de obra como de los comerciantes exige el continuo desplazamiento<sup>23</sup>.

En la selva, los trabajadores del caucho también desarrollan un deseo de consumo y, los que pueden, van a las ciudades a gastar en licor y prostitutas. Esas ansias de consumo, de igual modo, generan un anhelo de mejorar su posición social en los caucheros y los mantienen trabajando con la promesa de ocupar la posición de quien los explota:

El ansia de riqueza convalece al cuerpo ya desfallecido, y el olor del caucho produce la locura de los millones. El peón sufre y trabaja con deseo de ser empresario que pueda salir un día a las capitales a derrochar la goma que lleva, a gozar de mujeres blancas y a emborracharse meses enteros, sostenido por la evidencia de que en los montes hay mil

---

<sup>23</sup> Ana Pizarro (2008) resume la historia de la demanda del caucho y, con respecto a este periodo, señala el gran auge debido a su necesidad para la producción de neumáticos en las grandes ciudades: “Se acelera aún más cuando J. B. Dunlop lanza la llanta neumática, fundamental para la industria automotriz. Este periodo abarca la segunda mitad del siglo XIX y se extiende hasta 1910, fecha en que se inician las plantaciones caucheras que Inglaterra tiene en Asia, en Ceilán y Malasia, luego de haber sacado 70.000 plantas secretamente de Brasil” (p. 106). La historia resulta curiosa ya que la industrialización de los dispositivos de movilidad generó una industria que movilizaría los deseos, anhelos y a las poblaciones involucradas en la extracción de esta materia prima.

esclavos que dan sus vidas por procurarle esos placeres, como él lo hizo para su amo anterior.  
(Rivera, 1976, p. 109)

El anhelo de adquirir los beneficios de quien lo está explotando es la única esperanza que tienen para cambiar su posición social. Esto también transforma las identidades y modos de vida de las poblaciones que habitan la Amazonía y la Orinoquía, pues reduce sus costumbres al consumo y este anhelo de ser amo desliga toda construcción colectiva de identidad y organización para construir individuos en búsqueda de su progreso individual.

Para Ana Pizarro<sup>24</sup> (2008): “El cauchero expresa su modernidad con su gesto ‘individuable’ con su épica personal ‘para que la posteridad admita sus hazañas llevadas a cabo como uno de los más grandes pioneros de la selva’ (p. 118). El sustento de esta empresa, bajo la dicotomía civilización barbarie, movilizaba a las personas de la ciudad en la búsqueda del reconocimiento de ocupar la figura de “barón del caucho”. En la novela, vemos algo parecido en la suerte de personajes como Arturo Cova, Ramiro Estévez y el Petardo Lesmes. Cova explica cómo este anhelo de reconocimiento y riqueza transforma su mentalidad hasta convertirlos en esclavizadores:

No obstante, es el hombre civilizado el paladín de la destrucción. Hay un valor magnífico en la epopeya de estos piratas que esclavizan a sus peones, explotan al indio y se debaten contra la selva. Atropellados por la desdicha, desde el anonimato de las ciudades, se lanzaron a los desiertos buscándole un fin cualquiera a su vida estéril. [...]

---

<sup>24</sup> El estudio de Ana Pizarro (2008) comparte el interés de esta investigación por señalar la diversidad de subjetividades, proyectos históricos, intereses políticos, imaginarios y representaciones que confluyen en la región. Así, se propone señalar los múltiples dispositivos que han intervenido en construir una imagen de la Amazonía desde la época de la Conquista hasta nuestros días cuando se hace cada vez más necesaria su defensa en un sentido ambiental. Con respecto a la época de las caucherías, el estudio ilustra el conflicto internacional entre Colombia, Perú y Brasil por la soberanía de algunos territorios de la selva; así mismo, presenta a los principales empresarios que dominaban el comercio del caucho, a los intelectuales que hacían frente a estos denunciando las atrocidades y reúne algunos testimonios de las víctimas de las caucherías.

Por fin, un día, en la peña de cualquier río, alzan una choza y se llaman “amos de empresa”. Teniendo a la selva por enemigo, no saben a quién combatir, y se arremeten unos contra otros y se matan y se sojuzgan en los intervalos de su denuedo contra el bosque. Y es de verse en algunos lugares cómo sus huellas son semejantes a los aludes: los caucheros que hay en Colombia destruyen anualmente millones de árboles. En los territorios de Venezuela el balatá desapareció. De esta suerte ejercen el fraude contra las generaciones del porvenir. (Rivera, 1976, p. 143)

El hombre de ciudad se justifica bajo el concepto de civilización, así se otorga una posición social superior a las poblaciones que habitan la selva, esto basados en la creencia de una superioridad racial; así, esa distancia sobre el otro se justifica y le permite esclavizarlo, negarle su humanidad y someterlo a las peores condiciones de vida, mientras en su imaginario él es un “empresario”, alguien que contribuye al progreso de la nación. A la cruzada contra la barbarie, se suma la destrucción de la naturaleza, que consiste en una posición del Estado de explotación de sus recursos naturales para el desarrollo industrial, sin tener una consciencia sobre lo que esto implica en términos ambientales.

La otra cara de aquellos que llegan a la selva la conocemos en quienes logran escapar. El episodio de Clemente Silva en Manaos detalla lo transformada que está su subjetividad como para reincorporarse al modo de vida ciudadano:

me sentí tan acobardado, que eché de menos la salvajez de los siringales. Siquiera allá tenía “conocidos” y para mi chinchorro no faltaba un lugar; mis costumbres estaban hechas, sabía desde por la noche la tarea del día siguiente y hasta los sufrimientos me venían reglamentados. Pero en la ciudad advertí que me faltaba el hábito de las risas, del albedrío, del bienestar. [...] La libertad me desconocía, porque no era libre: tenía un amo, el acreedor; tenía un grillo, la deuda, y me faltaban la ocupación, el techo y el pan. (p. 134)

Tras habitar en la selva, los modos de vida de la ciudad se vuelven incompatibles. La supuesta capacidad de autogestionar su vida, su futuro, de poder realizar sus aspiraciones parece estar atrofiada para aquellos que vivieron en unas dinámicas coloniales, en el sentido de hacer parte de un sistema de esclavitud que determinaba sus destinos. La libertad, como la posibilidad de un cambio, no parece ya ser posible para ellos, y esto también define a la

selva como un espacio opuesto a los valores que representan la ciudad: movimiento, bienestar y libertad.

### **Soberanías en cuestión: movilidad de las fronteras**

El tránsito entre lo nacional y su frontera se da en *La vorágine* entre sus personajes, situaciones y narraciones sobre lo que se puede denominar como propio y aquello que es un espacio en conflicto en medio de la violencia que genera “soberanías de hecho”. Tanto nación como soberanía son términos que remiten a la concepción de una unidad sobre un espacio y sobre sus habitantes. La construcción de esta unidad es para el desarrollo económico e industrial, Castro-Gómez (2009) señala: “El Estado debía ser la instancia articuladora de todos los movimientos. La soberanía estatal garantizaría que la multiplicidad de movimientos convergiera en un gran flujo arborescente que permitiera la constitución del pueblo como sujeto de soberanía” (p. 152). La articulación entre lo nacional y lo regional debería tener como base un gobierno soberano que permitiera el relacionamiento justo entre sus habitantes como una condición para la creación de una industria.

En relación con esta problemática, en la construcción del espacio literario de *La vorágine*, notamos que la narración es una forma de ejercer soberanía al recorrer el territorio, gracias al paisaje que narra Cova y, al mismo tiempo, al entender la escritura como un mecanismo de gobierno que representa el territorio. No obstante, la narración de Cova no es capaz de darle una unidad al territorio, pues la realidad se le muestra contraria a cualquier norma estética o forma de representación. Es más, deja ver la ilusión que el Estado colombiano ha construido sobre la idea de soberanía y nación; y demuestra la no pertenencia de lo regional en el proyecto de modernidad. Así, entonces, solo puede construir por medio de la crítica a las instituciones la imagen de lo que debería ser, es decir, participar de la búsqueda de un Estado moderno a partir de la configuración de su ausencia.

Ya en la narración, los personajes, las formas de comercio y los encuentros con quienes representan a las instituciones del Estado dejan ver más que una unidad un espacio de

“fronteras móviles”<sup>25</sup> (Acosta, 2020), es decir, un lugar donde lo propio se difumina y la relación del espacio con una estructura superior como lo nacional se cuestiona. Por ejemplo, varios personajes prefieren identificarse más por una identidad regional al no sentirse pertenecientes a una nación. Frente a la pregunta: “¿cuál es tu tierra?”, la mulata Sebastiana responde:

—Esta onde me hayo.

— ¿Eres colombiana de nacimiento?

—Yo soy únicamente yanera, del lao de Mare. Dicen que soy crayeña, pero no soy del Crayo; que pauteña, pero no soy de Pauto. ¡Yo soy de todas estas yanuras! ¿Pa qué más patria, si son tan beyas y tan dilataas! Bien dice el dicho: ¿Onde ta tu Dios? ¡Onde te salga el sol!  
(Rivera, 1976, p. 37)

La posición de Sebastiana deja ver la desconexión de los habitantes de las regiones con una identidad nacional, con un sentido de patria que logre dar unidad a la población. Así mismo, es señal del estrecho relacionamiento con el espacio; una forma de habitar que se nota en su apreciación estética de las llanuras. Caso contrario es la situación de Clarita, la criada de Zubieta, quien espera volver a Venezuela con sus papás con la ayuda de Barrera. Ella representa esas múltiples nacionalidades que confluyen en los llanos, pero que en sí no son más que un gentilicio, pues una nacionalidad no es garantía de bienestar en un espacio de frontera a causa de la inestabilidad política del mismo.

---

<sup>25</sup> El concepto de Acosta es útil para comprender cómo las fronteras construidas a partir de mecanismos culturales y literarios desestructuran las fronteras administrativas y políticas que se consideraban como estáticas. Dicho esto, la movilidad de las fronteras también es una forma de comprender el cuestionamiento de lo nacional a partir de las relaciones que se establecen en las regiones donde están en contacto múltiples identidades, proyectos políticos, imaginarios, etc. En *La vorágine* vemos que, a medida que el espacio se caracteriza como constituido por las relaciones, las fronteras de lo colombiano son menos claras y habitamos un espacio envuelto en un conflicto de intereses internacional.

Como ella, otros personajes de la novela son resultado de la dinámica de desplazamiento a causa del comercio del caucho. Por ejemplo, el Pipa, Narciso Barrera o Zoraida Ayram son contruidos en el recorrido de los ríos de la Orinoquía y en el comercio del caucho. Esto es lo que ha desarrollado su carácter de comerciantes y su astucia para sobrevivir en la selva. Ana Pizarro (2009) caracteriza estos sujetos como el *regatón*:

Se trataba de un comerciante ambulante de los ríos, que transitaba por los lugares poblados de los caucheros en su lancha cambiando mercadería por caucho. Existen diferentes perfiles populares de él, tanto como un sujeto autoritario, poderoso y temido, así como un personaje romántico que navegaba sólo en el atardecer por los ríos” (p. 105)

No se trata de personajes típicos o modelos de una forma tradicional de ver la región, sino de subjetividades contruidas por un contexto social específico, por unas dinámicas económicas que intervienen en el desarrollo de las identidades y en la construcción de los modos de vida.

Esta inestabilidad de las fronteras también es perceptible en cómo se desarrolla el comercio en los distintos espacios que Cova trascurre. En el inicio del recorrido, en la Maporita, podemos ver una cierta normalidad en las actividades comerciales en la figura de don Rafo, quien provee de mercancías a los hatos del Casanare, no obstante, Barrera ya desestabiliza esta normalidad pues regala objetos de valor a quienes se comprometan a ir al Vichada con él, una especie de “prestamos” contra la que don Rafo no puede competir y hace tan atractivas las promesas de Barrera. Ya en el Vichada, la novela nos presenta cómo los indígenas guahíbos comercian con plumas de garza y artesanías que serán vendidas en la ciudad y por las que no reciben un precio justo: “Los indios encargados de procurarnos la mercancía fueron estafados por los tenderos de Orocué. En cambio de los artículos que llevaron: seje, chinchorros, pendare y plumas, recibieron baratijas que valían mil veces menos” (Rivera, 1976, p. 87). Para este punto el comercio no convencional promueve el provecho unilateral y contribuye al ambiente de injusticia que se vive en el territorio. Ya en las caucherías la moneda de cambio no son solo las bolas de caucho, sino el cuerpo mismo representado en fuerza de labor, todo en un sistema no de comercio sino de esclavitud:

Cada individuo tiene una cuenta en la que se le cargan las baratijas que le avanzan, las herramientas, los alimentos, y se le abona el caucho a un precio irrisorio que el amo señala.

Jamás cauchero alguno sabe cuánto le cuesta lo que recibe ni cuánto le abonan por lo que entrega, pues la mira del empresario está en guardar el modo de ser siempre acreedor. Esta nueva especie de esclavitud vence la vida de los hombres y es transmisible a sus herederos.  
(p. 113)

El papel moneda como mecanismo de regulación de las transacciones pierde todo valor en un espacio sin instituciones que regulen su uso. Esto da pie a todo tipo de abusos y a formas de comercio irregulares basadas en la fuerza de producción del cuerpo humano, pero sin las condiciones necesarias para una vida con dignidad. El recorrido del centro a la periferia resulta en el encuentro con una industria macabra alejada de cualquier ideal de progreso, al contrario, da cuenta de todos los perjuicios del “desarrollo” como lo son la destrucción de la naturaleza, la transformación de los modos de vida tradicionales de las poblaciones y su explotación.

Sumado a esto, en este espacio de frontera las instituciones mantienen una relación “virtual” con el Estado y consisten en cargos otorgados por favores o simples títulos impuestos por conveniencia. En lo llanos, esto se ejemplifica cuando Cova se encuentra con el juez de Casanare:

Al oírlo, le averigüé si ese funcionario era el que firmaba José Isabel Rincón Hernández; e hice esta pregunta porque del tal yo sabía que de peoncejo de carretera ascendió a músico de banda municipal y luego a juez de circuito de Casanare, donde sus abusos lo hacían célebre.  
(Rivera, 1976, p. 63)

El ejercicio del poder también se mantiene en una inestabilidad y movilidad según quienes tengan el control del comercio del caucho o el favoritismo de los comerciantes. En la selva, esto lo ilustra Balbino Jácome, quien le explica el desesperanzador panorama jurídico a Clemente Silva:

Y Arana, que es el despojador, ¿no sigue siendo, prácticamente, Cónsul nuestro en Iquitos? ¿Y el Presidente de la República no diz que envió al General Velasco a licenciar tropas y resguardos en el Putumayo y en el Caquetá, como respuesta muda a la demanda de protección que los colonizadores de nuestros ríos le hacían a diario? ¡Paisano, paisanito, estamos perdidos! ¡Y el Putumayo y el Caquetá se pierden también! (Rivera, 1976, p. 130)

El término *paisano* aquí no hace referencia solamente a una nacionalidad común, sino a la tragedia que comparten los personajes a falta de unas instituciones que ejerzan el control. Esta voz de denuncia deja ver la carencia de justicia y la normalización de la esclavitud en un territorio. También ilustra que el Estado solo se relaciona con la selva para permitir la corrupción, mientras el territorio nacional se pierde en manos de empresas privadas. La escena narrada por Clemente Silva sobre las declaraciones de abusos a personas que recibía el visitador deja ver el cinismo con que se manejaba esta empresa. Ante los reclamos del visitador, el capataz de la empresa le informa:

Tiene tantas rémoras este negocio, exige tal patriotismo y perseverancia, que si el gobierno nos desatiende quedarán sin soberanía estos grandes bosques, dentro del propio límite de la patria. Pues bien: ya Su Señoría nos hizo el honor de averiguar en cada cuadrilla cuáles son las violencias, los azotes, los suplicios a que sometemos las peonadas, según el decir de nuestros vecinos, envidiosos y despechados, que buscan mil maneras de impedir que nuestra nación recupere sus territorios y que haya peruanos en estas lindes, para cuyo intento no faltan nunca ciertos escritorillos asalariados<sup>26</sup>.

[...]

—Afortunadamente —agregó el bellaco—, el Perú atenderá nuestra iniciativa patriótica: le hemos pedido a la autoridad que nos militarice las cuadrillas, mediante la dirección de oficiales y sargentos, a quienes pagaremos con mano pródiga su permanencia en estos confines, con tal que sirvan a un mismo tiempo de fiscales para la empresa y de vigilantes en las estradas. De esta suerte el gobierno tendrá soldados, los trabajadores garantías innegables y los empresarios estímulo, protección y paz. (Rivera, 1976, p. 125)

La justificación de la empresa como una forma de ejercer soberanía sobre el territorio demuestra esa falsa presencia estatal y falso gobierno de la selva. Ana Pizarro (2009) explica muy bien esta situación, pues las caucherías se justificaban bajo la idea de civilización y construcción de Patria, su “valoración está unida a un momento de construcción y

---

<sup>26</sup> En referencia a una nota escrita por el periodista Saldaña Roca en el diario *La Felpa* en la cual se denunciaban las injusticias cometidas por las caucherías.



afirmación de las naciones, más aún dentro de un espacio en dónde las fronteras están siendo demarcadas” (p. 120). Por este motivo, los dueños de las caucherías eran vistos como empresarios y patriotas que encabezaban el desarrollo económico de la nación.

Las caucherías son entonces un dispositivo de gobierno que bajo la apariencia de la industrialización del país en realidad se ocupa de la muerte de la población sobrante de la nación como lo son indígenas y pobres. Aun así, a pesar de las inexistentes instituciones que permitan la defensa de los derechos de los “colombianos” esclavizados, para estos la única esperanza para salir de la selva es recurrir al cónsul en Manaos.

La representación del espacio en *La vorágine* es un cuestionamiento a la concepción de un Estado soberano, a los mecanismos de gobiernos y su ineficacia en la periferia. Para Castro-Gómez (2009), “[l]a existencia del pueblo soberano, fundamento del Estado moderno, requería, entonces, la producción de *una población capaz de desear la ley*, de unas subjetividades aptas para tener una ‘conciencia moderna’” (p. 152); la novela se hace participe de ese proceso al dar cuenta de la necesidad de una legislación fuerte que controle este tipo de abusos. No obstante, el aspecto narrativo que mayor cuenta da de esto son los paratextos que enmarcan la narración. La carta de José Eustasio Rivera al ministro de Relaciones Exteriores, que sirve de prólogo, junto al cable del cónsul en Manaos dirigido al ministro, que sirve de epílogo, abren una discusión sobre la justicia y la ilegalidad en que se vive en la selva; el reclamo de José Eustasio es claro en este aspecto: “Creo, salvo mejor opinión de S. S., que este libro no se debe publicar antes de tener más noticias de los caucheros colombianos del Río Negro o Guainía” (Rivera, 1976, p. 3). La mezcla entre realidad y ficción en la novela sirve para hacer una crítica más directa de su contexto, pues decide ocultar el artificio estético en que consiste la novela.

Encontramos en la novela, entonces, una actitud nacionalista crítica que cree en un proyecto de unidad nacional. Esta se construiría por medio del ejercicio de una soberanía a partir de un cuerpo legislativo que garantice las condiciones de vida de una población, la cual sería el cuerpo de la nación, de esa identidad que no se busca homogeneizar en un sentido cultural, sino bajo la figura del ciudadano. La novela, como mecanismo escritural, es un tipo de soberanía que se ejerce desde la representación, un reconocimiento de la materia que

compondrá la nación; así, su crítica es un primer paso en la construcción de un Estado moderno.

## **El tránsito hacia el reclamo de la diferencia**

Esta lectura de *La vorágine* caracteriza a Arturo Cova como una subjetividad en medio de un contexto complejo como lo fue la consolidación del capitalismo en Colombia en las primeras décadas del siglo XX. De modo tal que nos encontramos ante un sujeto con la capacidad de desear una realización personal a partir de un conjunto de imaginarios contruidos en la ciudad; este culto a la realización del individuo lo lleva a moverse por el territorio nacional para su consecución, pero en el tránsito descubre una realidad de injusticia resultado de este proyecto político de progreso y desarrollo industrial. El descubrimiento de esta otra realidad para Arturo Cova supone un proceso de tránsito de tres tipos de actitudes hacia el espacio: primero una actitud de idealización, que corresponde a un jardín caracterizado por la armonía entre naturaleza y amor; segundo, una actitud de contemplación y valoración a partir de la representación de los valores del progreso en el paisaje; por último, una actitud del habitar al escuchar las voces que componen el territorio. Este conjunto de aspectos narrativos hace que la novela rescate la diferencia de una región periférica como lo son los llanos, la Amazonía y la Orinoquía, pues construye un espacio narrativo caracterizado por las transformaciones sociales que las caucherías causaron en él, además, se convierte en un dispositivo de territorialización al reclamar por unas instituciones estatales capaces de garantizar el bienestar de la población y dar una unidad a los conceptos de nación y soberanía.

## **Epílogo: aproximación a *Cuatro años a bordo de mí mismo* y *Tierra mojada***

Leer la novela regional a partir del jardín, el paisaje y el territorio es una apuesta por acercarse a la literatura de un modo en que se comprenda la diferencia del espacio representado y la multiplicidad de visiones, trayectorias y voces que lo conforman. Se trata entonces de una propuesta de lectura que “especula” (Ludmer, 2010) sobre la realidad a partir de las temporalidades y espacialidades que componen el texto literario, pues se parte de la concepción de que la literatura participa en los procesos de configuración de la región, de sus identidades, reclamos políticos y cuestionamientos a la nación. El objetivo de este apartado es extrapolar la lectura del jardín, el paisaje y el territorio a dos novelas, *Cuatro años a bordo de mi mismo* (1934) y *Tierra mojada* (1947), las cuales comparten con *La vorágine* un contexto de modernización de los modos de producción agrícola en Colombia en vías al desarrollo industrial. El resultado de este contraste es señalar lo diferente que puede ser el relacionamiento entre los conceptos de jardín, paisaje y territorio al tener en cuenta el cambio en el tipo de subjetividades y su relación con el espacio. En el caso de estas novelas se encuentra una tendencia mayor hacia una actitud que excluye las otras, lo cual demuestra de nuevo que todo ordenamiento espacial es arbitrario. Es de aclarar que esta apreciación no supone una valoración de *La vorágine* por encima de las otras dos novelas, sino que busca es dar cuenta de una diferencia en el tipo de novela. Así mismo, no se trata de señalar una transformación histórica en la forma de construcción del espacio literario en estas novelas, sino de mostrar las distintas formas que adoptan con respecto a la representación de lo regional.

## ***Cuatro años a bordo de mí mismo: jardín interior de una subjetividad capitalista***

En *Cuatro años a bordo de mí mismo* (1934), novela de Eduardo Zalamea Borda, encontramos un relacionamiento diferente de las nociones de jardín, paisaje y territorio, a pesar de que la subjetividad citadina que narra se ha constituido en un momento en que el capitalismo ya ha consolidado un modo de vida basado en la velocidad y el movimiento gracias a dispositivos como el automóvil, la bicicleta o el tranvía; sumado a una maquinaria de dispositivos de deseo como la publicidad y la moda que interfieren en las formas de sentir de la población para promover una imagen del desarrollo individual y del disfrute personal. En comparación con *La vorágine*, es de anotar que esta es la mayor diferencia entre Arturo Cova y este narrador, pues es más notorio el modo en que su deseo está construido por discursos como la moda, la belleza corporal, la publicidad sobre el éxito personal, así mismo, por la figura del automóvil y el tren que simbolizan el estilo de vida de la velocidad. Este conjunto de dispositivos que el narrador señala a lo largo de la novela deja ver una imagen de Bogotá en la que ya han sido alterados los modos de vida hacia un orden capitalista. En contraste con *La vorágine*, donde se caracteriza a Bogotá más por sus costumbres y los valores señoriales de sus habitantes antes que por su estilo de vida.

En su desplazamiento hacia La Guajira, el narrador inicia su caracterización al relacionar este estilo de vida sobre la velocidad a un nivel corporal: “El tren seguía corriendo sobre los campos y dentro del vagón la vida externa estaba inmóvil. Pero en el interior de esos cuerpos corría a mayor velocidad que el tren” (Zalamea, 1985, p. 13). Este narrador nunca nos dice su nombre, pero es un joven bogotano con una sensibilidad dirigida hacia lo erótico y sexual, el cual se caracteriza por un afán de contemporaneidad, de pertenencia al momento y de seguir un estilo de vida: “Soy —como se habrá podido observar— un muchacho —hablo en 1923— que tiene grandes facultades para aburrirse por falta de movilidad [...] es preciso ser hombres del siglo, del año, de la hora y del minuto” (Zalamea, 1985, p. 11).

Como se puede observar, esta subjetividad cinética (Castro-Gómez, 2009) valorará a La Guajira a partir de sus principios citadinos, es decir, a partir de lo temporal, el narrador ordena el espacio en medio de la dicotomía de lo tradicional y lo moderno. Así, la novela

presenta varias escenas donde el narrador se queja de la calma, la tranquilidad, la inmovilidad de La Guajira como un modo de comparación con el estilo de vida de la ciudad:

Ellos, el capitán, los marineros, los negros, la mulata, están ya acostumbrados a las calmas y al mar. Pero yo no. Ellos han visto pasar la vida entre el mar, el viento y la calma. Yo nací en una ciudad fría y distante. (Zalamea, 1985, p. 7)

Su mirada configura una imagen de La Guajira como la de un espacio atemporal, bárbaro, sin una historia más allá de ser una reserva de sal dispuesta para el comercio: “Vamos a la Guajira, a la tierra salvaje, a la vida limpia, blanca, sin civilización y sin vestidos” (30). Su escritura, entonces, va a tener la función de incluir en la civilización a este mundo por medio de la representación. En contraste con *La vorágine*, donde la novela corresponde a un dispositivo de reclamo de soberanía e instituciones, esta inclusión se da sobre todo desde la documentación, pues no hay una reflexión o posición con respecto a cómo las instituciones nacionales deberían ejercer un mayor control en este espacio o garantizar el bienestar de la población. Esta actitud de indiferencia deja una pregunta por el lugar que esta subjetividad citadina asigna a La Guajira como espacio.

Para dar respuesta a esta pregunta, se debe reconocer que la forma en que se representa la región en esta novela toma otra figura más allá de la idealización pastoril que puede ser un jardín, ya que la naturaleza no ocupa un rol importante y no se repite un conjunto de imaginarios bucólicos. Sin embargo, la búsqueda de la realización amorosa es un indicio para descubrir la valoración y ordenamiento que se quiere hacer del espacio. En el inicio de su viaje y por un momento se menciona el tema de encontrar el amor:

Todo lo mío está allá [Bogotá]. Y allá está todo lo que anhelé por mucho tiempo y no pude lograr. En alguna boca me espera el amor, tal vez en unas manos está recogida para mí la dulzura, y el descanso, y el anhelado descanso me busca inquieto en los rincones soleados de una casa tranquila, llena de flores y de niños. (Zalamea, 1985, p. 58)

Esa configuración de elementos de jardín como el hogar, la naturaleza y el amor son atribuidos a la ciudad, motivo por el cual la búsqueda personal del amor en La Guajira no es fundamental para el narrador. Sin embargo, a lo largo de la novela él será un observador de los amores y desamores ocurridos entre los habitantes de las salinas. Su recorrido,

entonces, consistirá más en contrastar lo que es posible en Bogotá frente a La Guajira. Así, al no participar en la búsqueda de la realización del amor personal se nos demuestra su aburrimiento: “Pero, ¿enamorado? ¡Enamorado? ¡No...! Yo no estoy enamorado... ¡Qué voy a estar...! Lo que sucede es que estoy aburrido de esta exactitud invariable de la vida, (Zalamea, 1985, p. 156). Sus valores ciudadanos junto al recuerdo de la vida en Bogotá conforman ese espacio interior desde el cual el narrador se sitúa para conocer a la región, un espacio que no deja de habitar, que reconoce como propio y le impide habitar lo otro. Este aislamiento en sí mismo le impedirá relacionarse con ese espacio ajeno y lo condena a una soledad donde su individualidad no se ve alterada. En *Cuatro años a bordo de mí mismo*, la actitud de jardín resalta en su caracterización como espacio cerrado, concluido y definido en el cual no coexiste la multiplicidad; esto es posible gracias a esa individualidad marcada del narrador que solo llega a ponerse a prueba en algunos momentos de la novela cuando se enfrenta a situaciones que alteran su desarrollo sensorial.

La Guajira simboliza, entonces, la frontera de esa individualidad constituida a partir de un conjunto de valores ciudadanos. Acercarse a esa frontera significa ponerlos a prueba en la búsqueda de la realización de sus aspiraciones, que en su mayoría son de carácter sexual. El énfasis de la novela en la sexualidad también corresponde al lugar que esta tomaba en el imaginario ciudadano como señal del éxito personal, pues la publicidad ofrecía la imagen de cuerpos esbeltos y saludables óptimos para las habilidades de la conquista y el romance. Bajo este imaginario, esta región se representa como un espacio del disfrute sensorial, erótico y carnal donde el narrador puede permitirse su desarrollo sexual sin ningún límite moral y sin ninguna consecuencia. Por este motivo, el cuerpo de la mujer es representado como un “sinécdoque” de la región; es decir, las mujeres indígenas son una imagen de La Guajira, un territorio que debe ser explorado y conquistado, así el hombre de la ciudad se desplaza para aprovecharse de ese cuerpo:

La Guajira, tierra de sed ardiente, de besos extenuantes, de sol agobiador, de misterio impreciso y de muerte posible. La Guajira, tierra de sol, de sal, de indias y de alcoholes... ¡Veré indias mañana! ¡Indias, más indias! Indias llenas de flechas y de plumas... (Zalamea, 1985, p. 57)

El narrador de *Cuatro años a bordo de mí mismo* proyecta sus deseos sobre el espacio desde ese jardín interior donde habita, lo cual le impide acercarse a lo regional y conocer su diferencia. En los paisajes que construye vemos cómo esa erotización y sexualidad son un prisma a través del cual representa la región:

Mujeres y montañas, campos ariscos. Campos curvados, elevados, recogidos, campos y valles. Campos y llanuras y montañas. Oteros, colinas, collados. La tierra va tomando —con el calor— la movilidad del cuerpo femenino y su gracia. Son colinas redondas y torneadas como hombres, las que hay en el fondo del paisaje. Onduladas llanuras, de donde surgen cálidos perfumes, como de vientres femeninos. Valles penumbrosos, redondos, herbosos como las axilas. El aire está cruzado por el beso de la[sic] flores que se fecundan. (Zalamea, 1985, p. 14)

Mujer y región se funden en una sola imagen construida por el flujo de conciencia del narrador. Este paisaje se trata de una contemplación que nos habla más de la mirada del observador que del objeto contemplado. Si el paisaje es el recorrido por el territorio para su apropiación en la representación y gobierno, se reafirma entonces una intención de control del cuerpo femenino, pero sin ninguna intención política, pues el narrador no parece querer habitar este espacio o apropiarlo en el reclamo del reconocimiento de su diferencia. En comparación con *La vorágine*, estos paisajes son muy diferentes no solo por su composición, sino en la ausencia de un tono nacionalista que se ubique desde una posición de lo propio (la nación) y se dirija hacia lo otro (la región). Este no es el caso, pues la individualidad del narrador se ha configurado en un estado del desarrollo del capitalismo en el que los proyectos comunitarios perdieron su validez o, en otros términos, la única forma de realizar un proyecto común es desde el desarrollo personal de cada individuo.

La mirada desterritorializada del narrador dificulta el reconocimiento de los procesos históricos, trayectorias, imaginarios y relaciones que conforman a La Guajira como región. Además, hay una ausencia de un sentido nacionalista que le permita apropiarse de una causa mayor, de una reivindicación de las comunidades indígenas o de un reclamo de mejores condiciones de vida ante la explotación laboral de las salinas. El problema principal de la novela girará en torno a esa incapacidad de relacionamiento y alteración del narrador:

Lo que sucede es que estoy aburrido de esta exactitud invariable de la vida. Sin que suceda nada que verdaderamente me hiera, me acogote, me tienda de un golpe, fuerte y enérgico. Es este ver pasar la vida a mi lado sin que a mí me corresponda nada. (Zalamea, 1985, p. 156)

Ante este nivel de abstracción por parte del narrador, varios episodios de violencia parecen ser un elemento que lo altera, aunque no logran sacarlo de su interioridad y enfrentarlo a la realidad. En un episodio donde muere un indio, el narrador señala la escena como irreal: “Era tan distante todo, que más parecía el recuerdo de una vida anterior” (Zalamea, 1985, p. 66). No obstante, estas situaciones demuestran, una vez más, el desinterés del narrador por abordar las problemáticas de La Guajira, esto sucede sobre todo porque su posición de hombre civilizado naturaliza la violencia de las regiones bajo el calificativo de barbarie, atribuido a los indígenas y lo regional. Sumado a esto, los juicios de valor sobre sus costumbres y modos de vida no buscan la comprensión del otro, al contrario, son vistos como bárbaros con los que se convive a través del comercio o como enemigos cuando intentan saquear las salinas. La postura del narrador con respecto a las costumbres indígenas incluso llega a ser irónica y caricaturesca como se muestra en la escena del matrimonio guajiro:

Me disgusta que digan: ‘Compró una india’. No. Debe decirse: ‘Se casó con una india’. ¿Por qué ha de ser menos matrimonio el guajiro que el católico o el protestante o el judío? Este es el matrimonio ultramoderno, el matrimonio del año 2050. La comercialización de la vida nos llevará a hacerlo que estos indios practican hace centenares de años. La indemnización en el matrimonio. (Zalamea, 1985, p.180)

Esta posición interpreta la realidad indígena desde los valores ciudadanos del comercio como una forma de incluir las diferencias de la población indígena al proceso de desarrollo industrial capitalista. Como este, son varios los episodios en la novela de conflicto entre los colonos que viven en las salinas y los indígenas, y entre las escenas de sexualidad y de muerte. Sin embargo, para el narrador se trata sobre todo de la soledad, de no poder relacionarse con sus compañeros, no poder asentarse en el territorio. Una imposibilidad de construir vínculos y relaciones que le permitan participar en una colectividad o forma de identificación conjunta.



En esta lectura del jardín, paisaje y territorio, en *Cuatro años a bordo de mí mismo*, tiene una mayor preminencia la imagen del jardín como un espacio cerrado, un lugar que pocos pueden habitar, donde el disfrute de los placeres tiene un mayor peso antes que la búsqueda de un reconocimiento en común. Una concepción diferente a la encontrada en *La vorágine* donde el jardín correspondía a una idealización del espacio a través de un imaginario bucólico, el cual se veía superado más adelante por el conocimiento de la realidad. Este espacio cerrado se trata, sobre todo, de la interioridad de una subjetividad ciudadana caracterizada por un afán de movilidad, una concepción veloz del tiempo, un deseo sexual fuerte sobre lo exótico y una actitud desterritorializada que le impide establecer relaciones con el espacio que habita. La incapacidad de apropiarse del reconocimiento de lo regional o incluirlo a un orden nacional es una de las mayores diferencias entre este narrador y Arturo Cova, lo cual no le permite un desarrollo como personaje, ni tomar postura con respecto a las relaciones nación-región. La imagen que se configura de La Guajira es la de un espacio aparentemente atemporal del que alcanzamos a conocer muy poco sobre su realidad, más allá del deseo sexual y erótico que el narrador proyecta sobre el territorio. Una lectura de este tipo permite dar cuenta del tipo de modernidad que se configuraba en los albores del capitalismo en Colombia, en especial en las regiones periféricas donde el proceso de industrialización se desarrollaba sin regulación, al tratarse de los espacios donde se extraían las materias primas para el comercio. La representación de *Cuatro años a bordo de mí mismo* sobre las relaciones entre el centro y la periferia demuestra lo conflictivo del proceso de construcción de nación y cómo, a medida que se consolidaba un modo de vida basado en el consumo y satisfacción de los deseos personales, este proyecto iba perdiendo más importancia. Por último, se pudo apreciar la capacidad excluyente de una de las actitudes sobre las otras lo que permite ver la arbitrariedad existente en las formas de representación, valoración y ordenamiento del espacio literario.

### ***Tierra mojada*: subjetividad comunitaria y territorio**

En *Tierra mojada* (1947), novela de Manuel Zapata Olivella, se pudo realizar una lectura diferente de la relación entre jardín, paisaje y territorio, pues el héroe de la novela aquí no corresponde a un ciudadano, sino a un grupo de campesinos desplazados de sus tierras hacia

el área de Los Secos, el único trozo de tierra habitable en la desembocadura del río Sinú que no ha sido apropiado ni invado por el terrateniente de la región, Jesús Espitia. Allí, se dará un proceso de apropiación del espacio a partir del trabajo agrícola con el cultivo de arroz y el asentamiento de múltiples familias, además de la formación de una comunidad organizada socialmente sobre la concepción del beneficio común. Se trata, entonces, de una subjetividad comunitaria configurada por la organización en conjunto para la producción de arroz y la defensa del espacio que habita. Lo comunitario<sup>27</sup> que define a esta subjetividad consiste en la relación que los sujetos establecen no solo entre ellos sino con el mundo que los rodea, con el alimento que producen, el manglar que habitan y el río por donde transcurren. Esta novela representa el carácter relacional de una comunidad que construye el mundo que habita a la vez que este mundo los constituye. En contraste con *La vorágine*, esta representación de una subjetividad comunitaria es muy importante, ya que va más allá de algo que solo aparecía esbozado en la figura de los caucheros, quienes compartían como comunidad el destino de la explotación. Aquí el modo de organización comunitario da cuenta de una actitud el territorio, del habitar el espacio, a partir de la defensa de su diferencia, de la confrontación de las fuerzas opresoras y del reclamo por una autonomía.

Con respecto a la novela, el desplazamiento de Gregorio Correa (Goyo) junto a su familia hacia Los Secos, luego de que Jesús Espitia les arrebatara las tierras, comienza a construir un anhelo de utopía en la búsqueda de un mejor espacio para vivir. En la novela esto se

---

<sup>27</sup> Rafael Bautista (2014) define lo comunitario al reconocer en la producción agrícola un modo de relación particular que integra al sujeto a una comunidad. En sus palabras: “la *comunidad* aparece como una noción *metafísica* que integra el mundo humano con todo aquello que le rodea y forma parte de ese mundo como *comunidad*; integración que afirma el *sujeto* en la propia producción. La comunidad no es algo *dado* sino *lo que se produce*” (p. 143). Esta concepción de lo comunitario permite pensar en subjetividades que se construyen a partir de su relación con el mundo, enfatizando que se trata de una relación de producción en la que sujeto y mundo se constituyen mutuamente. Una subjetividad comunitaria entonces se caracteriza sobre todo por su capacidad de territorialización en su relacionamiento particular de producción. Un aspecto que permite leer y caracterizar en el texto literario un personaje comunitario como lo son los pobladores de Los Secos.

desarrolla en la organización armónica entre los habitantes y la naturaleza, lo cual configura una forma diferente de habitar el espacio y una “ontología política” campesina representada en una cosmovisión particular del cultivo del arroz y del modo de vida cerca al río.

Aquí el territorio es una forma de dirigirse hacia el espacio en la búsqueda de una utopía a partir del habitar al apropiarse de este por medio de unos valores construidos en conjunto por sus habitantes. Se comienza a configurar entonces en Los Secos una forma de organización comunitaria en contra de un estilo de vida feudal impuesto por los gamonales. Gregorio Correa se lo hace saber a su amigo Currao:

Po muy mal que me vaya es mejó sé libre que esclavo, que no son otra cosa los que se entregan a Espitia como animales de carga. No Currao, perdóneme que lo tuté pero no conozco su gracia, yo viviré fregao pero libre, ¡me asusta la esclavitud! (Zapata, 1947, p. 49)

De esta cita resalta el reclamo por la libertad como forma de emancipación de un sistema de explotación colonial. Un rasgo en común con *La vorágine*, pero que de nuevo aquí se le da mayor relevancia al ser enunciado por quienes lo sufren y ser un motivo que los lleva a la acción. Esto último diferencia más la configuración del territorio en *Tierra mojada*, pues no se construye solamente desde las múltiples voces que narran la situación del espacio al personaje principal, como sucede en *La vorágine*, sino que se caracteriza por el sentido político de confrontación, negociación y conflicto en la búsqueda de una autonomía y de formas de autogestionar unas condiciones de vida favorables para todos.

El proceso de colonización de Los Secos junto a demás familias campesinas que se unieron al proyecto de Gregorio Correa lleva, entonces, a la construcción de una sociedad comunitaria en búsqueda de su bienestar común. Cuando inician la siembra de arroz queda claro que se están gestando nuevos valores, diferentes a aquellos de los gamonales:

[Serafín] No podía sustraerse a su raciocinio de siervo y a pesar de que Arcadio López le dijo que allí en Los Secos, todos eran iguales y hermanos, él sentía que algo lo separaba de aquellos que habían llegado los primeros a las bocas. Consideraba a Gregorio Correa como el amo de todo, aunque éste fuera el primero en confesar que sólo el río mandaba allí. (Zapata, 1947, p.108)

Como la cita lo señala, hay un cambio de paradigma en los valores que se construyen en Los Secos y esto significa una transformación en la mente de los campesinos. Esta subjetividad comunitaria se organiza en una de las zonas más apartadas para permitirse vivir bien de sus cosechas: “Los únicos que por vez primera se vieron libres de estafa, que pudieron quedarse con la totalidad de la cosecha o con el valor de la venta, fueron los moradores de Los Secos (Zapata, 1947, p. 125)”. El proceso de apropiación del territorio gracias a los años de trabajo desarrolla un sentido de la existencia en relación con la tierra, la naturaleza y el río:

[Gregorio Correa,] Contento de que todo marchaba bien, quiso volver a la cama, pero fuerzas extrañas lo mantuvieron en contacto con la naturaleza. El amor que sentía por la tierra, la afinidad de su cuerpo con el agua, de su espíritu con el aliento de la noche, lo hicieron átomo de las fuerzas que se combinan en él como vientre de los ámbitos, manteniéndolo despierto, vivo, alerta. En esa hora tuvo la impresión de que definitivamente se había enraizado en Los Secos, como las matas de arroz que hundían sus raíces con firmeza y elevaban sus tallos por encima de las aguas. (Zapata, 1947, p. 105-106)

La relación con la naturaleza aquí toma una dirección diferente a como se veía en *La vorágine*, ya que no hay una idealización, ni domesticación de esta a partir de modelos estéticos. El jardín como un acervo de representaciones estéticas de la cultura occidental no tiene lugar en *Tierra mojada*, aunque el desplazamiento de la familia de Gregorio Correa y la colonización del espacio hace eco con la figura católica del migrante. No obstante, es el sentimiento de correspondencia con la naturaleza donde se puede apreciar un sentido estético en la narración.

En línea con esta correspondencia, el río Sinú cobra una gran importancia para la comunidad de Los Secos, ya que en el proceso de territorialización este pasa a formar parte de su cosmovisión al ordenar sus creencias, modos de producción y sentido de vida. En un punto de la novela, Gregorio Correa siente compartir el destino del río, ordena los acontecimientos de su vida siguiendo el fluir del Sinú: “Maravillado por el eterno fluir, pensó que él también era como el río, a cada momento otro, en todo tiempo distinto y sin embargo ¡era el mismo! La vida toda se parecía al río” (Zapata, 1947, p. 127). Los hijos de los sequeños también son conscientes de la importancia del río y demuestran el paso de esta cosmovisión de generación en generación:

El río es la salvación para nosotros. ¡Qué hubiera sido de nuestros padres, después que Espitia les quitó sus tierras, si él no hubiera acumulado estos arenales para que pudieras vivir? Él nos trae desde muy lejos los peces que comemos; lucha encarnizadamente con el mar para impedir que el agua salada pudra el arroz. Todo se lo debemos, por eso el maestro lo llama Padre Río. (252)

Con respecto a esto, es bueno traer a colación el concepto de “ontología política” (Escobar, 2014), pues es de utilidad para comprender que el mundo que construye la comunidad se da de manera relacional. Para los sequeños el río ordena su mundo y garantiza el modo de vida comunitario. Así, la construcción epistemológica de su realidad se produce de una manera diferente a la occidental, pues no se da a través de un sistema binario que ordena los espacios, sino que se reconoce cómo el espacio mismo transforma a las comunidades y estas a su vez construyen el mundo. El sentido político de esta configuración diferente del mundo está en el cuestionamiento hacia las instituciones públicas que permiten el beneficio de los gamonales, a la vez que ponen en peligro esa forma de organización diferente. Los testimonios de los habitantes de Los Secos dan cuenta de las injusticias cometidas por los gamonales en nombre de la ley, en especial en lo que respecta a la tenencia de tierras.

¡La justicia! Gregorio Correa no imaginaba que hubiera gente que creyera en tales cosas. desde que supo en carne propia lo que significaba ser pobre, no tener amigos en el gobierno y ver la ley apoyando los intereses de los ricos, perdió la fe en la justicia. (Zapata, 1947, p. 67)

No obstante, para resistir los intentos de Jesús Espitia por arrebatarles los terrenos de Los Secos la comunidad deberá organizarse a partir de los recursos legales a su alcance para reclamar la propiedad de su tierra. Esta apropiación de las leyes se da gracias a la figura de Marco Olivares, antiguo habitante de San Bernardo quién vuelve de estudiar en la capital y se convierte en el profesor de su pueblo. Este personaje desarrolla acciones de carácter político como la creación de una organización campesina y el trámite de tutelas para defender los derechos de propiedad de los sequeños. La vuelta de un “letrado” como Marcos Olivares señala otro tipo de relación entre centro y periferia, ya que él se apropia de los mecanismos legales instituidos en Bogotá para compartirlos con su comunidad y darles uso en la defensa de su territorio. De este modo, podemos ver que la relación centro y periferia

se da desde el otro lado, en el momento en que las organizaciones campesinas hacen uso de las leyes para garantizar el respeto de su modo de vida particular.

En *Tierra mojada* encontramos una lectura del jardín, el paisaje y el territorio diferente, en especial, por la configuración de una subjetividad comunitaria campesina, que corresponde a una mirada desde la región, contraria a la subjetividad cinética desarrollada en la capital, como se podía observar en *La vorágine* y en *Cuatro años a bordo de mí mismo*, que se dirige desde el centro hacia la región en búsqueda de su desarrollo personal. Esto permite vislumbrar otra forma de lectura de la relación jardín, paisaje y territorio en la que toma mayor valor la apropiación y defensa de las diferencias regionales. La comunidad campesina de Los Secos, en su organización, representa un pensamiento utópico en la medida en que busca una vida en comunidad sin conflicto, sin relaciones jerárquicas y con un modo de producción autónomo que le permita un buen vivir. La actitud del territorio en esta novela, de habitar el espacio en su apropiación, se desarrolla en el papel que la producción agrícola representa para la comunidad como una forma de apropiarse del espacio, no solo en la construcción de imaginarios por medio de la representación. Esto consiste en otro rasgo importante y diferenciador de *Tierra mojada* con *La vorágine*, pues da cuenta de otras formas de apropiación del espacio, lo cual pone el énfasis no en los imaginarios que se construyen, sino en las subjetividades que se configuran junto al espacio. Se da, así, una “ontología política” en el sentido en que las formas de comprensión del mundo se crean a partir de las prácticas de las comunidades en este, el ser se configura haciendo el mundo. Son las interrelaciones entre las subjetividades y el espacio las que configuran esta diferencia, así como su defensa hace político su relacionamiento con otras ontologías. La novela configura así un espacio en medio del conflicto por la tenencia de la tierra, pero rescata las cosmovisiones particulares de las comunidades campesinas del río Sinú, sus formas de organización política, los hitos de sus luchas sociales y su constitución como una subjetividad comunitaria.

Por otro lado, en la lectura diferente que nos deja *Cuatro años a bordo de mí mismo*, encontramos un espacio individual, cerrado y aislado, construido para el disfrute sensorial y protección del individuo, un espacio psicológico donde el desarrollo sexual es el único elemento que entra en contacto con el mundo. Ese conjunto de elementos lo caracterizan

como un jardín, en la medida en que es un espacio cerrado, definido y concluido que no permite la construcción de una relación. Esta característica contrasta con lo presentado sobre *La vorágine*, donde el jardín se construía sobre la idealización del espacio por medio de unos modelos estéticos, pero que, en un punto del desarrollo de la novela, se superaba esa idealización y se permitía el reconocimiento de la realidad. El narrador de *Cuatro años a bordo de mí mismo*, aunque también es ciudadano y se caracteriza como una subjetividad cinética deseante, desarrolla una actitud hacia el espacio diferente a la de Arturo Cova. Esto se debe a su configuración subjetiva en un momento histórico donde el estilo de vida capitalista en Colombia estaba más afianzado, de modo tal que el culto a la individualidad y búsqueda del éxito personal le impiden establecer un relacionamiento común y, así mismo, transformarse como subjetividad. Descubrimos así que los rasgos de una subjetividad no determinan su acercamiento hacia el espacio.

El ejercicio crítico de leer los conceptos de jardín, paisaje y territorio en *Cuatro años a bordo de mí mismo* y *Tierra mojada*, en comparación con *La vorágine*, deja entrever un entramado de imaginarios, de proyecciones políticas, de anhelos y problemáticas sociales que componen la realidad regional a partir de su relación con unas subjetividades específicas. Se trata de un modo de lectura relacional, en la que los conceptos se transforman y configuran según las subjetividades y particularidades del espacio literario a leer. Esto se traduce en la lectura de la diferencia, pues en cada novela se descubre un espacio heterogéneo, en conflicto por el proceso histórico que comparten y con unas subjetividades particulares que responden a su manera a estas circunstancias. Esta forma de leer la diferencia en el texto literario reconoce otros modos de ser diferentes al occidental, rescata las visiones del mundo relacional, propias de las comunidades olvidadas en el proceso de modernidad. Así mismo, leer el jardín, paisaje y territorio en las novelas regionales detalla que el espacio nunca es neutro, sino que en él y en su representación se desarrolla un conjunto de intereses, conflictos y reclamos; también, que la relación entre estos tres conceptos puede darse en la asimetría o ser excluyentes unas de otras. Una mirada heterogénea, múltiple y plural del espacio como esta debe llevar a reclamar una concepción igual de nuestros procesos históricos, en el sentido en que cuestionan la linealidad y absolutismo de la modernidad, pues dan cuentas de otras formas de construir un proyecto de bien común y que ocurren de manera sincrónica

a esta. Así mismo, en el campo literario, es una lectura que supera la comprensión de la historia literaria como una sucesión de momentos y etapas para resaltar la coexistencia y simultaneidad de modos diferentes de representación, con subjetividades que construyen tramas más allá del desarrollo individual.



## Conclusiones

La propuesta de lectura de lo regional a partir de los conceptos de jardín, paisaje y territorio tuvo como objetivo establecer un conjunto de relaciones entre las espacialidades y temporalidades que existen en el texto literario, las cuales pudieran dar cuenta de la coexistencia de la multiplicidad, heterogeneidad y diferencia. Como resultado de esto, se descubrió que el espacio literario es un lugar de confrontación, allí se establecen fronteras mientras que otras se desestructuran, se configuran puntos de vista al tiempo que se excluyen otros y está en constante conflicto la construcción de imaginarios. De este modo, la novela regional se presentó como un dispositivo en el cual el espacio se configura a través de un tejido conformado por múltiples trayectorias, proyecciones históricas, ontologías políticas, imaginarios, fronteras y subjetividades.

Todos estos aspectos permitieron afirmar la tesis de Doreen Massey sobre el espacio como relacional, abierto e inacabado. Al mismo tiempo, dieron cuenta de una visión más allá de las posturas esencialistas que ven las identidades como definidas, también en contra de los determinismos históricos que hacen de la modernidad, en su fase de globalización, el único camino realizable para América Latina. De nuevo, el rescate de la diferencia permite una autonomía epistemológica en la lectura de nuestros procesos literarios, culturales e históricos; así como su reconocimiento lleva a un reclamo en el ámbito político por una autogestión de nuestras realidades.

En sintonía con esta necesidad de una autonomía epistémica, esta propuesta de lectura se desarrolló a partir de una metodología que no encasillara su objeto de estudio en categorías fijas, sino que permitiera dar cuenta de sus diferencias sin alterarlas. Así, la figura de una constelación entre los conceptos de jardín, paisaje y territorio permitió demostrar la posibilidad de transitar, en las novelas regionales, entre las distintas actitudes con las que

una subjetividad configura el espacio. Esto daba cuenta, al mismo tiempo, de un carácter relacional de este tipo de lectura y, para salirse del esquematismo crítico, un pensamiento desde la especulación (Ludmer). El cual más que acercarse a los textos literarios a partir de conceptos como género, corriente estética, periodo, se interesaba por la participación de la ficción en la configuración de la realidad (lo regional).

Para postular este tipo de lectura, primero fue necesario la caracterización de tres momentos precisos de la configuración espacial de América Latina, lo cual permitiría comprender nuestro proceso espacial y las posiciones e intereses políticos que tuvieron participación en su configuración. El primer momento consistió en leer la época de la Conquista como un periodo en el que, a partir de la escritura como mecanismo de ordenamiento de la realidad, América Latina se representó a partir de un conjunto de imaginarios, mitologías y valores europeos. Nuestra realidad aparecía, entonces, para los conquistadores como una hoja en blanco donde podían desarrollar la construcción de una utopía a imagen y semejanza de sus imaginarios. El segundo momento consistió en la creación de las repúblicas y la aparición de la nación como un proyecto a desarrollar. De tal modo que, en una necesidad de diferenciación de Europa y Norteamérica, se debía crear una identidad homogénea que fuera capaz de igualarse a las demás naciones. La literatura aquí fue un mecanismo que se apropiaba de las diferencias de las regiones (raza, lengua, oralidad, tradiciones) y las igualaba. La literatura y la nación reproducían los mecanismos de coloniaje que España había usado con ellos. No obstante, esa necesidad de diferenciación permitió un acercamiento a lo regional que instauró una dinámica de confrontación entre las fuerzas homogéneas (nación) y lo diferente (región). El espacio latinoamericano así era un lugar de la confrontación, del establecimiento de fronteras y la omisión de otras. Por último, el tercer momento correspondió a la segunda mitad del siglo XX, cuando América Latina desarrolló un pensamiento que reclamaba una autonomía epistémica y una autogestión de su proceso histórico. Así, América Latina era un espacio habitado por un pensamiento propio que daba cuenta de su heterogeneidad, multiplicidad y pluralidad.

En línea con la propuesta de una lectura del jardín, paisaje y territorio en la configuración de lo regional. El objetivo de este capítulo era mostrar tres momentos de la configuración espacial latinoamericana que se relacionaban con estos conceptos. De este modo, estos se

pueden relacionar con momentos históricos, así, la coexistencia de estos tres conceptos en una novela puede ser leída como la permanencia de tres situaciones históricas, tres modos como se ha configurado el espacio latinoamericano que se extienden, puede ser en simultaneo o de manera excluyente, en el texto literario.

El segundo capítulo de esta investigación buscaba participar de este proceso de configuración espacial de América Latina al presentar una discusión teórica alrededor de los conceptos de jardín, paisaje y territorio como formas de leer lo regional. Pero antes de esto, era necesario conceptualizar formas diferentes de comprender las temporalidades y espacialidades latinoamericana. De modo tal que se discutieron los postulados de “modernidades plurales” (Restrepo), “mundo relacional” (Glissant), “ontologías políticas” (Escobar) y “espacio relacional” (Massey), las cuales comparten una postura crítica ante todo determinismo, ante la postulación de un único proyecto histórico, y aquello que se presenta como absoluto y universal, para lo cual desarrollan un pensamiento basado en las relaciones entre lo diverso y múltiple. Son un conjunto de herramientas conceptuales que permiten reconfigurar la idea de espacio latinoamericano y leer su configuración heterogénea, abierta y relacional.

Para dar paso a ese desarrollo teórico al plano literario, se propusieron los conceptos de jardín, paisaje y territorio como actitudes que cruzan el espacio literario y dan cuenta de esa multiplicidad de espacialidades y temporalidades que configuran la realidad de lo regional. Estos son desarrolladas como actitudes que una subjetividad en específico dirige hacia el espacio. El jardín corresponde a una actitud de idealización, pues construye el espacio a partir de un acervo cultural occidental que reúne las imágenes del paraíso, el edén, la arcadia, la poesía bucólica, entre otras representaciones donde el hombre y la naturaleza viven en armonía sin preocupaciones. Se trata de la búsqueda del hombre por el disfrute de lo mejor del mundo. No obstante, el jardín se suele configurar como un espacio cerrado el cual pocos pueden habitar. El paisaje corresponde a una actitud de contemplación que surge en el recorrido del territorio, se trata de caminar un espacio, conocer sus fronteras y definir sus límites. La mirada en el paisaje es la encargada de trazar una línea entre lo propio y lo ajeno; así, el paisaje se concibe sobre todo como una actitud de contacto con lo otro la cual permite un proceso de identificación y diferenciación. En este sentido, el paisaje al ordenar el espacio

en la representación se convierte en una herramienta de gobierno sobre aquellos territorios en la frontera de su mirada. El territorio corresponde a una actitud del habitar, se trata de la apropiación del espacio no solamente desde la representación, sino que agrupa otro conjunto de fenómenos sociales, políticos y culturales como la configuración de una cosmovisión, la transformación del espacio a partir del trabajo agrícola, los vínculos que se establecen con las demás especies que comparten ese mundo, la organización social en defensa del espacio apropiado, entre otros. Esta actitud es desarrollada especialmente por las comunidades excluidas de lo nacional, las cuales deben defender sus territorios de los intereses externos a estos.

La constelación que conforman jardín, paisaje y territorio deja ver múltiples actitudes que se dirigen hacia la configuración del espacio; la existencia de una de estas no limita a la otras —como nos ilustra el epílogo que hemos dedicado al contraste de *La vorágine* con *Cuatro años a bordo de mí mismo y Tierra mojada*—, pues el objetivo es comprender que esta multiplicidad puede coexistir en un espacio específico como lo regional. Así, leer el jardín, paisaje y territorio en los textos literarios es una forma de leer las relaciones, espacialidades y temporalidades que confluyen en el espacio literario.

Para poner a prueba esta propuesta de lectura se decidió estudiar la novela *La vorágine* de José Eustasio Rivera. Primero, se caracterizó a Arturo Cova como una subjetividad cinética (Castro-Gómez) constituida en medio de un proceso complejo de industrialización e instauración del capitalismo en Colombia. Esta situación supuso la configuración de un estilo de vida basado en el deseo y la movilidad que impulsaba a los ciudadanos a la búsqueda de la realización personal en las regiones. De este modo, se leyó a Cova como un ciudadano con un nivel de ensoñación, deseo e imaginación superior a sus capacidades para realizarlo. No obstante, a medida que Cova recorre el territorio, su subjetividad adopta una postura nacionalista crítica, pues la ruptura de la ensoñación lo lleva a mirar el espacio no como lugar de su realización personal, sino como un lugar donde habitan un conjunto de problemáticas sociales y políticas alrededor de las caucherías que deben ser denunciadas. Esta transformación del espacio a partir de la subjetividad representa el tránsito del jardín, el paisaje y el territorio en la configuración de una imagen de los llanos, la Amazonía y la Orinoquía como un espacio constituido por las relaciones. Así, el jardín lo notamos en la

idealización que hace Cova de la vida del campo; el paisaje se desarrolla en la contemplación del territorio, pero también en la valoración de este espacio por medio de una representación que simbolizaba una mirada del progreso económico posible en la región; por último, el territorio se configura a partir de habitar la región en las voces que lo componen, los testimonios de las caucherías permiten conocer una realidad de abusos que debe ser denunciada. Como novela regional, *La vorágine* hace un rescate de la diferencia de una región como los llanos, la Amazonía y la Orinoquía al dar cuenta de la multiplicidad de proyectos, subjetividades, imaginarios y problemáticas que coexistían en una situación histórica como lo fueron las caucherías. El sentido crítico de la novela ante esta situación, la convierte en un dispositivo de territorialización al hacer un reclamo por instituciones y leyes que garanticen un bienestar para las poblaciones que habitan estos espacios.

El epílogo que acompaña a esta lectura permitió observar que los conceptos de jardín (idealizar), paisaje (contempla) y territorio (habitar) se desarrollan de una manera relacional por lo que cambian constantemente entre novelas, contextos históricos y subjetividades. En *Cuatro años a bordo de mí mismo* vimos que la relación entre jardín, paisaje y territorio puede desarrollarse diferente a como sucede en *La vorágine*, pues la particularidad del narrador no permite el tránsito entre distintas actitudes sobre el espacio, al contrario, su posición excluye las otras formas de configurar el espacio. Su caracterización como subjetividad cinética, constituida en un momento en que el capitalismo ya había afianzado un modo de vida particular, hace que se defina como una individualidad incapaz de relacionarse. Así, el espacio regional que se configura es cerrado, aislado y sin relación, construido para el disfrute sensorial del narrador y la protección de su individualidad. Estas características configuran un concepto diferente del jardín, pues no se trata de una idealización a partir de representaciones bucólicas, como se pudo observar en *La vorágine*, sino que se resalta la imagen de un lugar al que no todos tienen acceso. Por otro lado, en la lectura de *Tierra mojada* encontramos la particularidad de representar el espacio a partir de una subjetividad comunitaria campesina, un rasgo muy diferente a lo encontrado en *La vorágine* y *Cuatro años a bordo de mí mismo*. Esto resalta otras formas de acercarse al espacio, ordenarlo y apropiárselo diferente a los modos binarios occidentales, pues el territorio, es decir, el proceso de habitar el espacio se configura más allá de las formas de

representación y la creación de imaginarios para dar mayor importancia a los modos de producción agrícola. Así, tanto la subjetividad como el espacio se configuración por medio de las relaciones en conjunto, lo que desemboca en una ontología política que se percibe en una cosmovisión alrededor del río como figura que ordena su modo de vida. Estas lecturas demuestran la no neutralidad de las representaciones y ordenamientos espaciales; así mismo, reafirma que el jardín, paisaje y territorio deben ser entendidos como actitudes, pues no se trata de definiciones fijas y determinadas que puedan ser aplicadas de igual manera a todas las novelas. Por último, se reafirma la idea de leer la diferencia en los textos literarios, pues cada novela descubre un espacio heterogéneo con unos procesos históricos particulares, subjetividades en conflicto, algunas con un punto de vista por encima de las demás y otras en confrontación con los modos de vida que impone la modernidad como proceso histórico. Se abre entonces la posibilidad de pensar formas de lectura de nuestros procesos literarios que den cuenta de los diferentes modos del ser latinoamericano.

## Bibliografía

- Acosta Peñaloza, C. E. (Ed.). (2010). *Representaciones, identidades y ficciones. Lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana*. Universidad Nacional de Colombia.
- Acosta Peñaloza, C. E., Fajardo Valenzuela, D., Padilla Chasing, I. y Trujillo Montón, P. (2007). *Leer la historia: caminos a la historia de la literatura colombiana*. Universidad Nacional de Colombia.
- Acosta Peñaloza, C. E. y Viviescas Monsalve, V. (2016). *Topo/grafías. Literatura y región: el caso de Bogotá*. Universidad Nacional de Colombia.
- Acosta Peñaloza, C. E. y Viviescas Monsalve, V. (2020). *Escrituras del territorio/ Territorios de la escritura*. Universidad Nacional de Colombia.
- Adorno, R. (1988). El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 14(28), 55-68.
- Adorno, R. (1994). Periodización y regionalización. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 20(40), 366-368.
- Adorno, R. (1995). Posiciones simultaneas y sucesivas del sujeto colonial. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 21(41), 33-49.
- Ainsa, F. (2006). *Del topos al logos. Propuestas de geopoética*. Iberoamericana.
- Ainsa, F. (2014). Nueva cartografía de la pertenencia. La pérdida del territorio en la narrativa latinoamericana. *Iberoamericana*, 14(54), 111-126.  
<https://doi.org/10.18441/ibam.14.2014.54.111-126>

- Bautista S., R. (2014). *La descolonización de la política. Introducción a una política comunitaria*. Agruco.
- Benjamin, W. (1990). *El origen del drama barroco alemán*. Taurus.
- Blanco Puentes, J. A. (2008). Modernidad: voces en *La vorágine* de José Eustasio Rivera. *Anclajes*, 11, 21-40. [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-46692008000100002&script=sci\\_abstract&tlng=es](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-46692008000100002&script=sci_abstract&tlng=es)
- Castro-Gómez, S. (2009). *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Cornejo Polar, A. (1983). Literatura peruana: totalidad contradictoria. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 9(18), 37-50. <https://www.jstor.org/stable/4530110>
- Cornejo Polar, A. (1993). Ensayo sobre el sujeto y la representación en la literatura latinoamericana: Algunas hipótesis. *Hispanamérica*, 22(66), 3-15. <https://www.jstor.org/stable/20539734>
- Cornejo Polar, A. (1996). Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno. *Revista iberoamericana*, 62(176-177), 837-844.
- Cornejo Polar, A. (2001). Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisivo. En S. Mojica (Comp.), *Mapas culturales para América Latina. Culturas híbridas – no simultaneidad – modernidad periférica* (pp. 247-249). CEJA.
- Curtius, E. R. (1955). El paisaje ideal. En *Literatura europea y edad media latina* (pp. 263-289). Fondo de Cultura Económica.
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar la tierra*. Ediciones Unaula.
- Fernández Christlieb, F. (2017). Caminar dibujar. La marcha como origen del paisaje. En *Decir el lugar. Testimonios del paisaje colombiano*. Banco de la República.
- Fernández Retamar, R. (1995). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Instituto Caro y Cuervo.



- Guillén, C. (1992). Paisaje y literatura, o los fantasmas de la otredad. *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Barcelona, 21-26 de agosto de 1989* (pp. 77-98). Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias.
- Glissant, É. (2016). *Introducción a una poética de lo diverso*. CERMI.
- Gómez Echeverri, N. (2017). Decir el lugar. Testimonios del paisaje colombiano. En *Decir el lugar. Testimonios del paisaje colombiano*. Banco de la República.
- Gudynas, E. (2011). Imágenes, ideas y conceptos sobre la naturaleza en América Latina. En L. Montenegro (Ed.), *Cultura y naturaleza. Aproximaciones a propósito del bicentenario de la independencia de Colombia* (pp. 296-306). Jardín Botánico José Celestino Mutis.
- Hernández-Ávila, L. (2011). Territorios, territorialidades y multiculturalismo. En L. Montenegro (Ed.), *Cultura y naturaleza. Aproximaciones a propósito del bicentenario de la independencia de Colombia* (pp. 268-293). Jardín Botánico José Celestino Mutis.
- Hunt, S. (2006). Language of Stateness. A study of space and El Pueblo in the Colombian state. *Latin American Research Review*, 41(3), 88-121.
- Jiménez, D. (2002). *Poesía y canon: los poetas como críticos en la formación del Canon de la poesía moderna en Colombia 1920-1950*. Editorial Norma.
- Marín Colorado, P. M. (2010). Modernidad en Colombia: propuesta histórico-metodológica para el establecimiento del campo de la novela colombiana. *Estudios de Literatura Colombiana*, 27, 179-196.
- Massey, D. (2005). La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones. En L. Arfuch (Comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias* (pp. 101-127). Paidós.
- Mazzotti, A. (2021). Heterogeneidad. En B. Colombi (Coord.), *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina* (pp. 231-243). Clacso.
- Milani, R. (2006). Estética del paisaje: formas, cánones, intencionalidad. En J. Maderuelo (Dir.), *Paisaje y pensamiento* (pp. 55-82). Abada.

- Montaldo, G. (1994). El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento. *Hispanérica*, 23(68), 3-20.
- Ludmer, J. (2010). *Aquí América Latina. Una especulación. Eterna cadencia*.
- Pastor Bodmer, B. (2015). *Cartografías utópicas de la emancipación*. Iberoamericana.
- Pérez Mejía, Á. (2017). El paisaje: un relato inconcluso. En *Decir el lugar. Testimonios del paisaje colombiano*. Banco de la República.
- Perus, F. (1997). En torno al regionalismo literario. Escribir, leer e historiografiar desde las regiones. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 1, 33-42.
- Perus, F. (1998). *De selvas y selváticos. Ficción autobiográfica y poética narrativa en Jorge Isaacs y José Eustasio Rivera*. Plaza y Janes.
- Perus, F. (2019). *Transculturaciones en el aire: (en torno a la cuestión de la forma artística en la crítica de la narrativa hispanoamericana)*. UNAM.
- Pizarro, A. (Coord.). (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Centro Editor de América Latina.
- Pizarro, A. (Coord.). (1987). *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. Universidad Simón Bolívar.
- Pizarro, A. (2009). *Amazonía el río tiene voces*. Fondo de Cultura Económica.
- Rama, Á. (1991). *La narrativa de Gabriel García Márquez. Edificación de un arte nacional y popular*. Colcultura.
- Rama, Á. (1998). *La ciudad letrada*. Arca.
- Rama, Á. (2008). *Transculturación narrativa en América Latina*. Ediciones El Andariego.
- Restrepo, E. (2014). Articulaciones coloniales, modernidades plurales: aportes al enfoque decolonial. En J. G. Gandarilla Salgado (Coord.), *América y el Caribe en el cruce de la modernidad y la colonialidad* (pp. 303-325). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rincón, C. (1995). *La no simultaneidad de lo simultáneo: posmodernidad, globalización y culturas en América Latina*. Editorial Universidad Nacional.

- Rincón, C. (2014). *Íconos y mitos culturales en la invención de la nación en Colombia*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Roger, A. (2007). *Breve tratado del paisaje*. Biblioteca Nueva.
- Sánchez, L. A. (1940). El paisaje en la literatura americana, elemento desconocido aunque dominante. *Revista Iberoamericana*, 2(4), 389-399.  
<https://doi.org/10.5195/reviberoamer.1940.824>
- Sánchez Prado, I. M. (2020). The persistence of the transcultural: a Latin American theory of the novel from national-popular to the global. *New Literary History*, 51(2), 347-374. <https://doi.org/10.1353/nhl.2020.0022>
- Satz, M. (2017). El paraíso, símbolo y utopía. En *Pequeños paraísos. El espíritu de los jardines*. Acantilado.
- Teglia, V. M. (2021). La utopía de América. En B. Colombi (Coord.), *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina* (pp. 231-243). Clacso.
- Tito Rojo, J. (2011). El paraíso es un jardín. En J. Calatrava y J. Tito Rojo (Eds.), *Jardín y paisaje, miradas cruzadas* (pp.71-85). Abada Editores.
- Ulloa, A. (2012). Los territorios indígenas en Colombia: de escenarios de apropiación transnacional a territorialidades alternativas. *Scripta Nova*, 16(65).  
<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-418/sn-418-65.htm>
- Viviescas, V. (2016). Las polémicas literarias: poder institucionalizador de Bogotá e impugnación desde las regiones. En V. Viviescas y C. E. Acosta (Ed.), *Topo/grafías. Literatura y región: el caso de Bogotá* (pp. 133-188). Universidad Nacional de Colombia.
- Zalamea Borda, E. (1985). *Cuatro años a bordo de mí mismo*. Oveja Negra.
- Zapata Olivella, M. (1947). *Tierra mojada*. Ediciones Espiral.